Marcas en la pared

ALASTAIR BRUCE

armaenia

narrativa

MARCAS EN LA PARED

ALASTAIR BRUCE

Traducción de Cristina Lizarbe

armaenia

www.armaeniaeditorial.com

Título original: *Wall of Days*

Edición original: *Umuzi, an imprint of Random House Struik Ltd.*, Johannesburg, 2010
Primera edición: marzo 2018
Primera edición ebook: agosto 2021

Ilustración de cubierta: © Lee Jeffries, 2013
Fotografía de solapa: © Tabatha Bruce, 2010

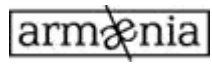
Copyright © Alastair Bruce, 2010

Copyright de la traducción © Cristina Lizarbe Ruiz, 2017

Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S.L., 2018, 2021
Armaenia Editorial, S.L.
www.armaeniaeditorial.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-18994-09-8



Para Tabatha y Sophia, con amor

1

No ha dejado de llover desde hace diez años. Llevo una escrupulosa cuenta del tiempo y puedo afirmar esto sin miedo a contradecirme. Ha habido días en los que no ha llovido nada y la mayoría de veces suele parar durante unas pocas horas. Pero son pausas en una caída incesante que promete sumergir esta isla algún día. Ya hay zonas saturadas. Las ciénagas son el doble de grandes desde que llegué y los acantilados del norte están derrumbándose sobre la bahía, sus muros de barro no casan con la lluvia. Es un lugar, esta isla, a medio camino entre el agua y la tierra, un mundo entre mundos, un mundo en transición. Cuando camino por las praderas y las ciénagas rumbo a las turberas del sur, puedo sentir cómo el suelo cede bajo mis pies, como si flotara. Tarde o temprano, lo único que quedará será la colina rocosa donde he establecido mi hogar. La cueva de la colina es el único lugar de la isla que permanece seco, y es cálida. Mantengo vivo el fuego y he fabricado una especie de puerta usando la balsa que me trajo a esta isla.

A veces, la lluvia es tan ligera que parece bruma. Puedo ver cómo se cuela en la cueva por debajo de la puerta. Llega desde el océano y se instala sobre las ciénagas. Se arremolina, se revuelve, empiezan a formarse rostros.

Al final del día, hago una pequeña marca en la pared de la cueva con una piedra. La séptima raya que dibujo cruza las seis anteriores. Cuando llego al final de la número cincuenta y dos, más una o dos marcas adicionales cada cuatro años, empiezo una nueva hilera. Anoche llegué al final de la décima. Esta noche empezaré otra. Todos los años, cuando marco la última raya, recuerdo que me contaron por qué medíamos el tiempo de esta manera, incluyendo el asunto de los días adicionales, pero todos los años me doy cuenta de que he olvidado el motivo. Supongo que tiene algo que ver con la luna, una luna que no he visto desde hace una década. Mucho de lo que hago, de lo que solíamos hacer, se debe a razones que no puedo recordar. Me atrevo a decir que nadie las recuerda.

Marcas en una pared. Es la segunda vez en mi vida que hago marcas en una pared. Significan más que simples días. Eso es algo que

no olvido.

Hay madera en la isla. En el este hay un pequeño bosque. Es un lugar oscuro. Aún más oscuro. La luz parece no penetrar hasta el suelo, a pesar de que los árboles están dispersos entre sí. Por alguna razón, el bosque no se ha extendido. No he visto árboles jóvenes, solo maduros. Me permito cortar uno cada ocho semanas. Eso y la turba que extraigo son mis fuentes de combustible.

He fijado este periodo de ocho semanas por una simple razón. Mis cálculos demuestran que en esta isla me quedan como mucho unos veinte años, y la última vez que conté los árboles había ciento treinta y tres. Eso es aproximadamente uno cada ocho semanas. Llevo con esta práctica desde la decimoséptima semana de mi llegada. Al principio era muy derrochador y corté más de los que debía, antes de darme cuenta de que no crecían árboles nuevos que los reemplazaran.

Comencé por el centro del bosquecillo, por la parte más oscura, y poco a poco voy abriéndome camino.

Las turberas están a una milla de mi cueva, en dirección al bosque. También las he medido. También me he asegurado de que duren veinte años.

La cueva, los acantilados, el bosque, las ciénagas, las turberas — islas en un mar de hierba húmeda. Islas dentro de una isla. Un día dibujé un mapa de la isla en la pared de la cueva, enfrente de la de la cuenta de los días. Marqué la cueva con una x. Este es mi mundo.

No sé si me harán falta veinte años. Ya no soy joven. Dentro de veinte años yo tendré setenta y tres. Muy pocos llegan a esa edad. Debería marcharme antes.

La isla es silenciosa. Solo se oye la lluvia, el suave viento. Cuando camino por las praderas, mis manos, colgando a cada lado de mi cuerpo, se llevan la humedad de las briznas de hierba. Oigo el sonido de mis pies en el barro y el suave canto de la hierba en la brisa. También hay gaviotas, bastantes menos que al principio. De vez en cuando, encuentro alguna tirada en un charco. Si las encuentro antes que los gusanos, suelen ser comestibles. Las lavo con agua de mar, les corto la cabeza, les saco las tripas. Si envuelvo la carcasa con barro y la cocino en el fuego, las plumas salen con el barro endurecido.

Caminar por el barro es complicado. Te absorbe, te sujeta por los tobillos. Solo si te mueves puedes sentir que escapas. Es más una ilusión que otra cosa. La ciénaga es traicionera si no te andas con cuidado. Algunos charcos son más profundos de lo que parecen y están llenos de barro espeso. Pero sé dónde están. Si no fuera así, y me pillara débil, podría acabar resbalando dentro de una ciénaga,

quedaría atrapado por el agotamiento y el frío, tragando barro sin parar.

Podría haber construido caminos por toda la isla si hubiera tenido madera o piedra suficientes. Un camino desde mi cueva hasta las turberas, otro hasta el bosque. Otro hasta mis zonas de pesca, y hasta los acantilados del norte, otro rodeando la isla. Podría haber construido muchas cosas. Pero habría necesitado más de lo que la isla me ofrece, y tal vez también una mano extra.

Ya no hablo solo. Fue la única forma de no volverme loco cuando llegué aquí. Ahora, el sonido de mi voz sería extraño en medio del silencio. Si hablara, nadie podría escucharme, nada salvo el viento, la lluvia, el mar. No es un mundo para hablar. No tengo a nadie que me ayude. No creo que eso sea algo malo.

Tampoco hablo porque imaginaría respuestas. Una voz detrás de una roca, detrás de un árbol, desde lo alto de un acantilado. El interlocutor escondido, animándome a encontrarlo, esperándome.

De las dos fuentes de combustible, prefiero recoger turba que cortar árboles. Troceo la turba en pedazos casi del tamaño del torso de un hombre: un pie de largo, un pie de ancho, un pie de profundidad. Uso una pala que me traje a la isla. Llevo tres trozos a la cueva para que se sequen. Si están completamente secos cuando los uso, arden durante mucho tiempo y producen poco humo. Utilizo más turba que madera porque hay más cantidad, y usando ambas cosas en esta proporción me durarán veinte años. Es una suerte. No estaría bien irse antes de tiempo, antes de estar listo.

Excavar turba es una de las actividades de las que más disfruto en esta isla. Hay cierta uniformidad satisfactoria en la tarea, una precisión matemática que encaja conmigo. No pienso en el hecho de que cada extracción es un paso más hacia el final. Prefiero sentirme orgulloso de mi trabajo. Si alguien echara un vistazo alrededor, vería que estoy trabajando en un círculo irregular alrededor de los bordes del lecho de turba. Al final, las espirales serán visibles claramente, aunque puede que los bordes se hayan cubierto de hierba o, lo más probable, de agua. Por lo que sé sobre la turba, se trata de un lecho pequeño. Hay una capa fina de hierba y barro antes de llegar a ella, y la profundidad es de poco más de un pie. Aunque suficientemente grande para mí. Además del orden y de la simplicidad de la tarea, me gusta el sonido de la pala abriéndose paso por la turba. Un sonido visceral, más poético que el sonido del hacha contra la madera.

Cada pedazo o cada árbol que corto es un paso más hacia el final. No me da miedo. Espero estar listo para irme antes de que llegue ese momento.

Veinte años no es tanto tiempo. Ya llevo diez aquí. Si hubiera

tardado tres veces más en cada tarea, en cada paso, en cada movimiento de hacha y en cada palada, puede que a estas alturas se me hubiera acabado el tiempo. Me imagino ralentizado. Haría que este mundo fuera aún más silencioso.

Mis noches aquí son tranquilas. Hay muy poco que hacer después de comer. A la luz del fuego, arreglo mis redes de cangrejos, remiendo mi ropa, hago anotaciones en el mapa. Tengo dos diarios y un poco de tinta que traje conmigo, y es en estos diarios donde registro mis medidas, mis observaciones, mi letra cada vez más pequeña, las líneas cada vez más cerca unas de otras. Allá donde puedo uso carboncillo, como en el mapa de la isla. Para operaciones sencillas, como la cuenta del tiempo, raspo las paredes con una piedra como si fuera un cavernícola. O como un convicto. Ambas son descripciones acordes con mi persona.

En cuanto acabo estas pequeñas tareas, no tengo nada que hacer excepto irme a dormir. No tengo vino que beber ni tabaco que fumar. Aquí llevo una vida de monje.

A veces me cuesta dormir. Al principio era difícil y últimamente me está costando aún más. Un signo de la edad. Tengo una técnica. Cuando es la hora, cierro los ojos y escucho. Escucho el sonido de la lluvia, el sonido del viento, las distantes olas, las gaviotas. Intento apartar cualquier otro pensamiento y recuerdo. La mayoría de las veces suele funcionar, pero de vez en cuando veo caras, personas detrás de mis párpados, y el chillido lejano de una gaviota se convierte en el grito de un niño, y me pongo alerta, helado hasta la médula.

Arreglo mis redes y hago mis cálculos, marco el tiempo en las paredes de mi cueva. Duermo, cuando puedo, desde el atardecer hasta el amanecer, y cuando estoy despierto me mantengo ocupado. No puedo hacerlo de otra manera. No tengo por qué estudiar la isla tal y como lo he hecho. No tengo por qué ser tan meticuloso con la turba y los bosques. Podría atiborrarme, encender fuegos, secarlo todo, hervir agua para asearme. Pero me aferro a ciertas normas con las que siempre he vivido. Cada mañana, nado en el mar, como, generalmente los restos de la comida de la noche anterior, y después de eso voy a buscar combustible. Paso las tardes pescando o recogiendo comida de algún tipo. Hay unas pocas hojas y tubérculos comestibles en el bosque, brotes de hierba, hongos. Esto, junto con el pescado, los cangrejos, las gaviotas, los tubérculos y los gusanos, es lo que me alimenta.

Cuando camino por la costa mantengo la cabeza gacha, buscando cangrejos y peces muertos. Si veo alguna especie nueva de pez o de crustáceo y está relativamente fresco, lo meto en mi bolsa para

revisarlo más a fondo en la cueva. Una vez lo he examinado, me lo como si creo que no me sentará mal. Hasta ahora he tenido suerte, aparte de las tres variedades de hongos que me dieron náuseas. Hay una zona de la costa donde crecen algas. Suelo cortar algunos trozos y me los llevo también. Meto moluscos en su interior y lo dejo cerca de un fuego vivo. Los moluscos se cuecen por dentro y salen tiernos y con sabor a océano. Es uno de mis escasos lujos en esta isla.

Cocinar con algas es algo que aprendí hace años. Estábamos en el noroeste, navegando por la costa hacia otra isla en nuestras pequeñas barcas, volvíamos de una campaña para encontrar tierra fértil. En eso parecía consistir todo nuestro mundo: unas pocas islas separadas por grandes océanos. Algunas son desiertos, otras marismas muertas, la mayoría inhabitables. Muy pocas son capaces de desarrollar vida. No habíamos encontrado nada. La mayor parte de la unidad había perdido la vida y el enemigo estaba acosándonos. Mis hombres estaban hambrientos. Hasta entonces la línea de costa había resultado estéril, pero esa noche tocamos tierra cerca de un tramo rocoso de playa y envié a varios hombres a ver qué podían encontrar. Regresaron con un festín recogido de entre las rocas y lo cocinamos dentro de las algas. Era poco frecuente encontrar comida como aquella y resultó ser el último bocado que probamos en días. Moríamos tanto de hambre y de enfermedad como por las lanzas, las flechas y las armas del enemigo.

En cuanto he recogido comida, compruebo mi suministro de agua. Tengo tres recipientes para el agua. En la isla no hay arroyos, pero conseguir agua es fácil. En un lugar donde nunca deja de llover, sería difícil morir de sed. He formado un círculo con piedras y he puesto una tela encima. El centro de la tela está más bajo que los bordes. Coloco uno de los recipientes bajo la tela. Casi todos los días se desborda.

Cuando consigo comida y agua suficientes, me dedico a estudiar la isla. Estoy clasificando las plantas y los animales que hay aquí. Hasta ahora, he contado cinco variedades de peces, dos anémonas, algas, lapas, dos tipos de cangrejos, siete tipos de hongos, cuatro comestibles, tres que provocan náuseas, tres tipos de hierba, un tipo de árbol, ocho clases distintas de plantas, una especie de gaviota y una de gusano.

No hay mucha vida en la isla. No hay ratas, ni conejos, ni topos. Las gaviotas están desapareciendo y no hay más aves. Pero eso suele ser frecuente y se trata de una isla pequeña. Como si la hubieran cortado. Probablemente ocurrió hace miles de años, a diferencia de la mayoría de islas que conozco, que parecen haberse formado en un pasado bastante más reciente.

He recorrido cada milímetro de esta isla, desde los acantilados

hasta las praderas, desde el bosque hasta los lechos de turba, luego alrededor de la isla, por la costa rocosa y embarrada, pasando por la bahía donde pesco y la costa oriental, más salvaje. Se puede recorrer mucho terreno en diez años. He tocado todas las rocas, todas las plantas, he mirado detrás de cada árbol y dentro de cada charco. He saboreado sus raíces, su agua, su vida. Cada vez tiene menos sorpresas para mí. Somos viejos compañeros.

Estoy midiendo la costa de la isla, una tarea difícil cuando parte de ella se sumerge en el mar cada día. Estoy obsesionado con la representación de la isla a escala, con mantenerla a escala, y borro líneas de carboncillo cuando tengo que hacerlo.

Hacer un circuito completo de la isla, que ahora tiene unas quince millas de circunferencia, lleva cuatro horas. Puedo dar una vuelta por la playa o las rocas si la marea lo permite. Si está alta cuando llego a los acantilados del norte, tengo que escalarlos y esquivar la costa durante un buen rato. Esto hace que el paseo se alargue media hora. Por supuesto, si estoy tomando medidas me puede llevar más tiempo.

Cuando llegué, la isla tenía una circunferencia mayor, de unas dieciocho millas. He perdido tres millas en diez años. Si esto continúa al mismo ritmo, la isla durará otros cincuenta años. Pero no lo hará. A medida que la circunferencia de la isla disminuye, el área relativa expuesta al mar y a los elementos crece, acelerando así la erosión. Los acantilados están desapareciendo más rápido que hace diez años, más rápido hoy que ayer. Cuando el mar se abra paso por las ciénagas, el proceso se acelerará aún más y la isla desaparecerá en poco tiempo. He fantaseado con la idea de construir un dique y, de hecho, pasé un mes trabajando en ello hace unos años, pero he abandonado esa idea. La isla no es mía y no puedo controlarla. Un día desaparecerá y yo también tendré que marcharme, si no lo he hecho para entonces. El final de nuestras dos historias.

La idea de que un círculo disminuye de tamaño más rápido cuanto más pequeño se hace es algo en lo que pienso a menudo. He pasado tardes calculando el ratio de aceleración y tratando de precisar el momento en el que la isla desaparecerá. Veinte años es la cifra que he obtenido. Dentro de veinte años la isla seguirá aquí, pero tendrá un tamaño que ya no me permitirá mantenerme con vida. Pasaría mis últimos minutos echado sobre la isla, los dedos de los pies en el océano del sur, los dedos de las manos en el del norte. Al menos, es así como parecería.

En realidad, no sé si esto es correcto. No soy matemático y no tengo a nadie que les dé el visto bueno a mis cálculos. Cuanto más pienso en ello, menos obvia es la idea. Se podría decir que cuanto más pequeña se hace la isla, más despacio desaparecerá. Hoy se hunde menos rápido que ayer, menos que el día anterior. Tal vez llegue un

día en el que la isla deje de hundirse del todo, y seguirá ahí mucho después de que yo haya desaparecido.

Así es como lleno mi tiempo. Y es una buena forma de emplear el tiempo. Cuando me vaya dejaré un registro para futuras generaciones, si es que las hay. Puede que sea poca cosa en una isla pequeña de una parte olvidada del mundo, pero dejaré un legado, dejaré una crónica de este lugar.

He marcado algo más en mi mapa. Otro lugar que suelo frecuentar. Unos tres años después de llegar aquí, y durante dos años y medio, cada día al anochecer cogía una piedra con un tamaño del triple de mi puño y la colocaba en una zona de las praderas donde apenas crece nada comestible. Al día siguiente colocaba otra al lado. Después de una ronda de treinta, comenzaba otra. Treinta y una rondas, la última solamente con diecisiete piedras en ella. Cada día durante novecientos diecisiete días. Y ahora vuelvo allí cada día. No parecen muchas. Mi campo de piedras parece insignificante. Todos los días me planto delante y contemplo las piedras salpicadas de lluvia. Reflejan las nubes. Al anochecer, con la cabeza inclinada y los ojos entrecerrados, todas las piedras cobran vida, se convierten en espíritus. Nadan a mi alrededor, me engullen, me sumergen en las aguas grises.

Una vez, escuché una historia que hablaba de un humo negro que cubría la tierra. La gente nacía en él, lo respiraba, moría en él. Estuvo tanto tiempo ahí que la gente olvidó la causa, si es que la supieron alguna vez. Muchos se mudaron bajo tierra, empequeñecieron, se alimentaban de raíces y de un barro asqueroso. Poco a poco, empezaron a salir. Algunos murieron, atrapados entre el aire oscuro y la asfixiante tierra. Los imaginaba con las piernas incrustadas en el barro, los brazos alzados hacia el cielo. Otros despertaron y la tierra comenzó a moverse bajo aquella luz gris. Pero esto solo es una historia.

Estando aquí, con las sombras a mi alrededor, imagino que esto es lo que aquello debió de ser para ellos. La media luz, no poder respirar.

Este lugar está justo en el límite de los territorios bajo el nombre de Bran. Hacia el este se encuentra Axum, su único rival y el otro único asentamiento que el mundo conoce.

Existen rumores, leyendas de otras cosas y de otros lugares. Existen medidas del espacio y del tiempo que nosotros no hemos establecido, existen palabras para cosas que nadie ha experimentado, existen cosas que damos por ciertas pero que no podemos demostrar. Digo que llevo una vida de monje. El mundo no conoce monjes, pero yo conozco la palabra y sé, o creo saber, que describe a un hombre que vive de forma ascética. Tenemos plástico, tenemos la palabra «plástico», pero

ni lo producimos ni sabemos cómo producirlo. Sabemos que el norte y el sur no son habitables, pero no podemos recordar qué los hizo así. La historia del humo. Fragmentos de conocimiento, fragmentos de recuerdos colectivos. Hay historias de una época con muchos más de nosotros, una época de abundancia. Pero aquello ocurrió mucho antes de que nuestra historia comenzara, y mucho antes de lo que puedo recordar. Mi papel en Bran implicaba que había visto más, que había visto cosas que pocas personas creerían. Un barco enorme semienterrado en un desierto. Edificios en ruinas en el fondo de un lago. Todas estas pistas hacia un pasado que no podíamos leer por miedo a lo que podrían significar, por miedo a descubrir lo que éramos antes. He visto muchas cosas que reflejan un pasado mucho mayor que nuestro presente. Pero nunca estuvimos listos para el pasado. El presente ya era problema suficiente.

De camino aquí, después de una semana de navegación desde mi partida, el mar se volvió cristalino. Me asomé al borde de la balsa y pude distinguir varios metros de profundidad. Pasé mucho tiempo observando, sin ver nada, solo agua. Y entonces aparecieron formas oscuras. Me dejé llevar entre ellas. Algunas llegaban hasta arriba y pude ver ruinas, siluetas de edificios, los espacios entre ellos. Pasé sobre una columna que llegaba casi hasta la superficie. En lo alto de la columna se encontraba la estatua de un hombre. Me estiré para tocar el agua, sumergí el brazo hasta el hombro, intenté tocarlo. Llevaba un sombrero. Tenía el porte de un militar. Su rostro era inexpresivo, su cara de piedra. Las puntas de mis dedos rozaron la parte superior de su cabeza y luego desapareció. El océano se lo tragó. De nuevo y para siempre sin tocar, oculto. Seguí navegando.

He sido abandonado aquí. Nadie se aventura en el norte ni en el sur. Bran está al oeste, Axum al este. Las fronteras de los dos asentamientos, ambos islas, aunque mucho más grandes que esta, no están vigiladas. No teníamos los recursos necesarios y probablemente ahora tampoco, y cuando me marché hacía años que no había intrusos en nuestra región. Las dos facciones se dejaron en paz la una a la otra. Dejamos que cada uno se las arreglara solo. Durante un tiempo, se enviaron embajadores de una región a otra para garantizar que el Programa se llevara a cabo según los términos del acuerdo de paz. Sin embargo, a medida que se hacía evidente lo bien que funcionaba el Programa, lo beneficioso que era para ambos grupos, no hubo necesidad de monitorizarnos los unos a los otros.

Eso fue hace mucho tiempo. Mientras estoy aquí sentado, pescando, con la lluvia cayendo suavemente sobre mi lona impermeable, tengo la sensación de que puede que todo eso no haya ocurrido. El sonido de la lluvia sobre su superficie me reconforta.

Tengo calor, tengo comida, he encontrado una forma de salir adelante.

Me imagino como si estuviera a distancia: un hombre en cuclillas sobre una roca húmeda, bajo una lona amarilla, con una caña de pescar estirada dentro del mar. Tras él, la arena, los acantilados desmoronados, las praderas y una inmensa extensión de cielo gris. Estoy subido al acantilado, mirándome a mí mismo, observando el océano, y esto es lo que veo.

Algo da un tirón a la caña y regreso, vuelo sobre el borde del acantilado.

El pez es grande. Me servirá para dos días. Lo saco del agua, cojo una piedra y lo golpeo en la cabeza. Lo limpio allí mismo, coloco mi cuchillo justo debajo de su mandíbula y lo abro con un solo movimiento. He hecho esto muchas veces. Saco las tripas con los dedos y se las arrojo a una gaviota solitaria posada sobre una roca. Lavo la cavidad en el mar y meto el pez en mi bolsa.

Mientras me incorporo y me giro hacia el camino que conduce al acantilado, algo me llama la atención. Lo veo desaparecer detrás de la cumbre. Durante unos pocos segundos, me asusto y creo haber visto una cabeza. No dura mucho. Me doy cuenta de que no estoy seguro de lo que he visto, si es que de verdad he visto algo. Me ha pasado otras veces. He visto cosas. Cada vez es más frecuente. Pero tiene que haber sido la hierba ondeando al viento, una gaviota o simplemente la vista deteriorada de un hombre mayor. Retomo el camino que conduce a la cueva.

Por la noche, vuelvo a pensar en la criatura de la cumbre. Por la noche cambia. Siempre lo hace. La cabeza se convierte en una cara, una cara con los huesos visibles a través de agujeros en la piel y los dientes arrancados.

No duermo y espero hasta el amanecer. Es una de esas mañanas más luminosas de lo habitual. Cada día es un tono de gris. Varía desde el casi blanco hasta el casi negro. No he visto el sol desde hace diez años, pero de vez en cuando puedo ver un disco de color blanco intenso a través de las nubes. Hoy es uno de esos días. Nado, como, me pongo el abrigo y me dirijo a recoger combustible.

El abrigo, ropa de repuesto, un cuchillo, un trozo de cuerda, impermeables, hilo de pescar y anzuelos, una lona que sirve de vela, recipientes para el agua, galletas, cordeles, un par de botas de repuesto, una pala, un hacha, mis materiales de escritura, una brújula y una carta de navegación antigua. Esto es lo que se me permitió. Esto es lo que traje a la isla y lo que tengo ahora, algunas de esas cosas las he reparado varias veces.

Tuve que sustituir el mango de mi hacha unos pocos meses después

de mi llegada. El original se rompió mientras cortaba un árbol. No se astilló. Se partió en dos trozos limpios. Mi mano, impulsada por el movimiento de mi brazo, pasó rozando el mango roto. Hizo un corte profundo en las puntas de mis dedos. Los puse a contraluz y durante un instante pude ver el hueso antes de que saliera la sangre. Sangré abundantemente y observé cómo goteaba sobre la tierra. No había nada que pudiera hacer. En mi lista de provisiones no había ni aguja ni hilo. Me sorprendió lo mucho que sangró. Asediado por el bosque oscuro, olí las agujas húmedas de los pinos, la madera fresca, oí mi propia respiración acelerada, el silencio, sentí la calidez de la sangre sobre mi piel. No podía hacer nada que evitara que me desangrara hasta morir, nada que me permitiera vivir. Pero era un corte en los dedos y nadie había muerto nunca de algo así. Rasgué un trozo de tela de mi camisa y enrollé mi mano con él.

Tras parar la hemorragia, caminé hasta la costa y lavé la herida en agua de mar. Escoció durante un instante, pero no mucho. Me senté en las rocas un buen rato, observé el mar. Pensaba en cómo había reaccionado. Aunque fuera durante un minuto, había sentido miedo. Cuando pisé este lugar por primera vez, me puse a trabajar enseguida. Sabía lo que tenía que hacer y lo hice. Sabía que podría salir adelante en la isla y la idea de una vida a solas era algo a lo que ya había tenido tiempo de acostumbrarme. Y nunca fui una persona sociable. Pero eso, en aquel momento… No supe qué pensar. Fue entonces cuando dejé de hablar solo, cuando la isla se volvió más silenciosa. Hace mucho de eso, en tiempo isleño.

El mango que fabriqué funciona de maravilla. Tal vez no sea tan fino como el primero, puede que no tenga un agarre tan cómodo, pero es mío. Ya está hecho a mi tacto y me gusta su sensación en la mano. Cada vez que lo uso recuerdo el día en el que se me rompió el primero.

El bosque no es mi sitio preferido de la isla. Todo el mundo tiene un lugar así en las zonas por las que se mueve. Da igual lo mucho que te guste el lugar donde vives, siempre hay un rincón oscuro, siempre hay algún sitio al que preferirías no ir. Voy con la cabeza gacha, respiro con pesadez, el golpe seco del hacha hace eco entre los pinos. Me siento fuera de lugar. Me siento rodeado. El sonido del golpe final en el tronco siempre me coge por sorpresa. Miro a mi alrededor siempre que cae un árbol, como si creyera que hay alguien mirando. Miro hacia arriba por si hay algún cuerpo en las ramas. Pero sé que no hay nadie que pueda verme. Si cierro los ojos en ese lugar, aparecen formas detrás de mis párpados. Cuando me marcho del bosque y regreso a la luz, siento cómo la brisa me seca el sudor. Me da escalofríos.

Al final del día, dibujo otra raya en la pared.

Cuando llegué, fantaseé con la idea de ponerle un nombre a la isla, de poner una señal que se viera desde el océano por si alguien venía a buscarme. Pero abandoné esa idea. Está mejor sin un nombre. De todas formas, ¿cómo la habría llamado? Un nombre para un lugar sin historia no habría tenido sentido.

Llueve con fuerza mientras me dirijo a la costa para nadar. No llevo nada encima y bajo por el camino del acantilado desnudo. Cuando llegué, me sentía cohibido haciéndolo. Ahora no pienso mucho en ello. Mantiene mi ropa seca y, además, aquí el frío nunca es insoportable. Mis pies se han endurecido y no siento las piedrecitas bajo las plantas.

Hay un arrecife a una media milla y suelo nadar hasta allí, hasta donde puedo sentir la espuma de las olas contra la cara. La espuma y, en medio, las gotas de lluvia. El océano es cálido, la lluvia es fría. Floto de espaldas sobre el agua, saboreando la sal, antes de emprender la vuelta despacio. Hoy, al llegar a la orilla y detenerme para recuperar el aliento, veo algo más allá, también en la costa. El mar nunca ha arrastrado nada hasta aquí, nada aparte de peces y pájaros muertos. No sabría decir qué es, pero el color es rojo oscuro y parece fuera de lugar sobre la arena gris. Me aproximo y, a medida que me acerco, me doy cuenta de que es un abrigo, un abrigo de hombre, totalmente empapado, roto y cubierto de caracoles marinos. Lo sacudo y lo pongo a contraluz.

Me planteo cómo puede haber aparecido esto. Hace mucho tiempo que la marea no trae algo, y de repente esto, tan fuera de lugar. Las rutas por las que navegábamos rumbo a la guerra estaban más al norte, y varios años después de la paz dejaron de usarse. Ya nadie se molesta en intentar pescar en barco. Los pocos peces que hay se concentran cerca de las costas. Un hombre puede pasarse días en un barco sin pescar un solo pez. Tuve la suerte de atrapar unos pocos de camino aquí. Cuando me marché de Bran, habíamos estado hablando sobre enviar barcos en viajes de exploración para buscar regiones de las que nos habíamos olvidado, regiones cuyo clima había cambiado a mejor. Tal vez hayan empezado a hacerlo. Pero ¿aquí? Navegar tan cerca de Axum es el equivalente a una declaración de guerra según los términos del Tratado de Paz. Puede que un barco se extraviara, que su tripulación pasara hambre, su capitán vacilara y perdiera el poder. Tal vez hubiera un motín, arrojaran al capitán por la borda y sus hombres se repartieran sus cosas. Excepto el abrigo, que cayó al agua durante una riña.

¿O son los restos de otro exiliado? Una pequeña parte de un naufragio de un mundo olvidado.

Siento un escalofrío. Miro a mi alrededor. No sé si espero ver a alguien.

Pienso en las sombras sobre el horizonte, en los ojos mirándome fijamente. Contemplo cómo se acerca la bruma. Una gaviota chilla.

De repente, vuelo de nuevo. Miro hacia abajo y veo a un hombre sujetando un abrigo rojo. Echo un vistazo a la isla. Cuanto más alto vuelo, más puedo ver, pero también con menos detalle. ¿Es eso una roca o un hombre en las sombras de la pared del acantilado? ¿Una pendiente en la hierba o un cuerpo apretándose contra el suelo para no ser visto? No lo sé. Oscurece y la figura con el abrigo rojo en la orilla se desvanece con la bruma y la última luz.

2

Ya en la cueva, extiendo el abrigo sobre una roca. Me siento enfrente y pico algo de mi comida. No me he secado.

El abrigo parece parte de un uniforme. Rojo. Botones metálicos. No es de Bran. No es algo que llevaría uno de los míos. El uniforme de nuestros soldados era marrón.

Me hace recordar.

Recuerdo haber matado a un hombre. Un hombre que llevaba un abrigo como este, pero más sencillo, peor hecho. Recuerdo haber matado a varios, cuando era soldado y después de ello, pero recuerdo a este en particular. Habíamos rodeado una casa de un asentamiento calcinado. Si había ardido en algún enfrentamiento reciente o hacía décadas, eso ya no lo sé. Habíamos seguido a un pelotón enemigo que se había refugiado en las ruinas. Nuestras órdenes eran atacar la casa donde se escondían los soldados y matar a los ocupantes. No podíamos hacernos cargo de ningún prisionero. Nuestra caridad podía dedicarse a los refugiados, no al enemigo. Yo crucé la puerta principal, otros entraron por las ventanas, por los huecos en las paredes. No tenían ninguna posibilidad. El enemigo disparó tres tiros. Tres entre los siete que eran. Uno estaba demasiado asustado para disparar. Se quedó en un rincón, sujetando su rifle, estremecido ante los sonidos de los disparos. Nadie excepto yo pareció reparar en él. No le quité ojo durante los escasos segundos que duró el enfrentamiento. Cuando los otros estuvieron muertos, grité que dejasen de disparar. Me acerqué a él. Era un chiquillo. No lloraba. Se había colocado a cierta distancia de mí, temiendo un golpe. Clavó los ojos en mi barbilla. Mi arma lo apuntaba. Hice un movimiento rápido con la cabeza, indicándole que tenía que darse la vuelta. Vi cómo su respiración se calmaba y asintió. Lo entendió. Aquello se me quedó grabado y lo vi muchas otras veces después de esa. Le dije que se arrodillara. Con el arma apuntándole todavía a la cabeza, estiré la mano hacia su cinturón. Le quité el cuchillo. No se nos permitía malgastar balas. Si era posible, había que matar a la gente de otra forma. Enfundé mi pistola. Sujeté su frente con mi mano izquierda. Con el cuchillo en la derecha, dibujé una línea a través de su garganta. Lo hice rápido, pero sentí cómo se cortaba

cada tendón, cada músculo. No hizo ningún sonido. Lo solté y se desplomó. El resto puede ser ligeramente distinto, pero recuerdo el gesto de asentir con la cabeza. El momento en el que el miedo se convirtió en aceptación. Me quedé con el cuchillo. Toda una eternidad después, sigo teniéndolo.

Esto ocurrió al principio de la guerra, que se alargaría otros once años. Al final, me convertí en el líder de toda la fuerza: mil hombres.

En gran medida, las guerras se resolvieron a golpes. Seguimos matándonos unos a otros, seguimos muriendo, hasta que nuestras poblaciones se redujeron a un nivel en el que la tierra pudo empezar a mantenernos a todos. Negociamos una paz cuyos términos garantizaban la sostenibilidad. Digo «negociamos»; fui yo quien negoció esa paz junto con mi homólogo del otro bando. Era una paz tensa y no sin tristeza, no sin consecuencias, pero paz al fin y al cabo. Duró hasta que me fui, y probablemente más tiempo.

Recuerdo haberme despedido de Bran. Poca gente nos acompañó a los soldados y a mí hasta la costa. Había algún que otro funcionario, el juez, mis vecinos y, por supuesto, el nuevo alguacil, mi sucesor y protegido, Abel. Mi amante también estaba allí, aunque para entonces ya no lo era.

El alguacil no me miró a los ojos. En lugar de eso, me miró por encima del hombro. Sus labios eran una línea fina. Recuerdo el tacto de su mano mientras estrechaba la mía. Era suave. El apretón, la piel. Sin duda, la mía también. La vida de un alguacil en nuestro puesto avanzado no era físicamente exigente. Hacía muchos años habíamos sido guerreros. Pero la paz nos había suavizado. Nos dio más tiempo para la contemplación, más tiempo para pensar en lo que habíamos hecho.

Imagino a la gente de tierra firme, aquellos a los que he dejado atrás. Están de pie en la playa pedregosa, al sol y observando el mar, las olas lamiendo sus pies. Me pregunto qué pueden estar pensando. Me pregunto, si pudiera ver más allá, si nos saludaríamos o si simplemente nos miraríamos en silencio. Pero nadie puede ver a tanta distancia. Pasé tres semanas en la balsa antes de tomar tierra.

Ya no soy capaz de describir a mucha de mi gente. Recuerdo cosas sobre ellos, pero sus figuras son borrones, imágenes que se desvanecen, fantasmas. Hablan, gesticulan, pero no puedo ver sus ojos.

A la mujer, en cambio, sí puedo recordarla. No era especialmente guapa. Tenía treinta y cinco años cuando me fui, pero parecía mayor. Creo que todos parecíamos mayores. Toda una vida trabajando en las cocinas, lavando y estando de pie durante doce horas al día la había envejecido. Tenía unas manos callosas y la piel apagada. Sus ojos, sin embargo, cuando te miraban, te atravesaban. No había manera de

esconderse de ella. Tener a alguien que te conoce de verdad te hace sentir completo, da igual lo que sepa de ti, aunque sea algo muy oscuro.

Llevábamos doce años viéndonos. Pasábamos juntos la noche de los miércoles, su noche libre. Era casi el único momento en el que podíamos vernos. Yo trabajaba durante el día, ella acababa a las tantas. Durante todos esos años, solamente nos saltamos dos miércoles. La primera vez fue culpa mía, aunque no pude hacer nada para evitarlo. Estaba en una conferencia de paz con el líder de Axum —había muchos hombres con abrigos como este— concretando los detalles del Programa. La segunda vez fue por la muerte de su madre. Me dijo que necesitaba algo de tiempo a solas. No esperaba volver a verla. Pensé que lo que había hecho descartaría esa posibilidad. Pero a la semana siguiente, a las siete, a nuestra hora, alguien llamó a la puerta, y era ella. Noté que estaba triste y distante, pero verla de nuevo hizo que mi corazón pegara un brinco. No podía compartir esto con ella. No podía. ¿Cómo hacerlo? Se quedó en la entrada, no me miró y simplemente dijo: —No hablaremos de ella—. Asentí con la cabeza. Y no lo hicimos.

El nombre de la mujer era Tora. Vivía en un piso cerca de las cocinas. Era pequeño, con lo básico, pero siempre estaba limpio y tenía todo en su sitio. En su dormitorio había una cama, un armario de madera oscura y un tocador. No sé si limpiaba el piso cuando sabía que yo iba a venir o si siempre estaba así. Supongo que nunca lo sabré.

Dos años después de empezar la relación, le pregunté si quería mudarse conmigo y hacerlo oficial. Dijo que no. Al principio no entendí por qué. Dijo que era innecesario. No volví a preguntárselo y acabé entendiendo a qué se refería. Teníamos todo lo que necesitábamos y todo lo que queríamos. Cualquier otra cosa habría roto el equilibrio. Era una mujer sensata, una cualidad que yo admiraba. Ella siempre me mantuvo a cierta distancia, pero tal vez las difíciles circunstancias de nuestra época hacían que muy poca gente fuera capaz de sentir profundamente.

Cuando estábamos en la cama, solía cerrar los ojos y morderse el labio inferior. La última vez yo también cerré los míos porque no podía soportar mirarla, no podía soportar mirar. Había un abismo entre nosotros.

No sabía con seguridad si sería la última vez, pero el juicio no había ido bien y no esperaba que me fuera favorable. Al final, no fue una pena de muerte sino algo peor. Era un exilio de por vida, una muerte en vida. Una vida en la muerte.

Y para entonces, ella ya no estaba del todo conmigo.

Supongo que no me ejecutaron debido a mi reputación y, tal vez,

debido a una sensación de complicidad. Cuando me fui, alejándome de la playa con la barca, clavé los ojos en ellos deseando que me miraran. Muy pocos lo hicieron. Una pequeña victoria.

Mi relación con Tora, aunque los ciudadanos no la desaprobaban, se consideraba algo poco convencional. Pero no causaba muchos problemas. El resto de mi vida era convencional. Cumplía con mis deberes de forma rigurosa, mantenía el contacto con mis tenientes, lucía mis medallas en los aniversarios de batallas clave y durante el acuerdo de paz, y durante doce años vi a la misma mujer a la misma hora y en el mismo lugar. Tenía rutina.

Cultivaba la actitud distante que la gente percibía. Era necesario, dado el papel que tenía que desempeñar. Incluso cuando me presenté al puesto de alguacil gracias al Programa, esa gran idea, y conseguí convencer a tres cuartos de la población para que me respaldaran, sabía que no era a mí a quien estaban votando, que no era a mí a quien seguían. Era el orden que podía traer, la promesa del final de una matanza innecesaria.

Nunca fui un hombre del pueblo. Incluso con Abel, la persona con la que más tiempo pasaba, mantenía las distancias. Aunque creo que él lo prefería así. Tampoco es que él fuera muy jovial. Fui a su casa alguna que otra vez para quedar con él, pero no muchas. Le presenté a Tora. Caminábamos por las cocinas, Tora estaba fuera, sentada al sol. Fue al principio de nuestra relación. Me acerqué a ella y la besé. No sabía muy bien qué hacer con Abel mirando, lo admito. Ella me apartó un poco. Le presenté a Abel y seguimos nuestro camino.

Una vez, después de esto, me preguntó si quería llevar a alguien cuando fuera a visitarlo. Dije que no. No volvimos a mencionarla.

Aquel día en la playa, la besé de nuevo. Todo el mundo miraba. No hubo ningún ruido, ninguna falta de respeto. Simplemente miraron. Mi marcha fue un asunto silencioso. Todos querían que me fuera, pero todos sabían el papel que ellos mismos habían desempeñado en aquello. Porque la mayoría se quedó en sus casas, se quedó en la ciudad, mientras metían en un barco al antiguo alguacil con las provisiones y las herramientas más básicas.

La besé. Esta vez no me apartó. Sigo agradeciéndoselo.

A cerca de media milla de la costa, me volví para mirarlos por última vez. Dos de ellos, Abel y Tora, se habían ido. Se habían girado el uno hacia el otro. Puede que estuvieran hablando. Todavía me pregunto qué estarían diciendo.

Cuando la besé, sentí el olor del jabón fuerte que usaban en los platos. Puedo olerlo ahora.

Me pregunto si los ciudadanos me reconocerían. Llevo barba y el cabello largo. Me corto el pelo de vez en cuando, pero es imposible

conseguir un afeitado apurado usando solo un cuchillo. Mi piel tiene un color más oscuro, como la isla, y estoy delgado. Aunque como con regularidad, no es el tipo de comida que pone carne en los huesos. En Bran, estaba pálido debido a mi vida sedentaria y tenía un ligero sobrepeso, un hombre fofo con una vida fácil. A pesar de no tener mucha comida, solía llenar mucho. Ahora, sin embargo, tengo unos hombros más anchos, las piernas fuertes y no me sobra peso. En general, soy un hombre en mejor forma.

Tal vez desearan que muriera de camino aquí. No hay culpables si un hombre se ahoga solo a millas de ninguna parte. Pero no lo hice. Sobreviví. Bebí rocío y agua de lluvia. Comí algas. Atrapé algún que otro pez. Una vez encontré uno muerto en la superficie de ese océano estéril. Llegué a la isla y he conseguido subsistir. Solo. Imagino a gente. Imagino a otros. Caras de otros. Voces. Pero sé que no son reales. Sé que no están vivos.

Y ahora este abrigo. Lo han llevado hace poco. La comida y el combustible tendrán que esperar hoy. Tengo que dar una vuelta por la isla. Tengo que comprobar si sigo estando solo.

Llevo mucho rato sentado en la cueva, y para cuando salgo ya es por la tarde. Tras cerca de una hora de caminata, los acantilados aparecen ante mí. Podrían verse desde más lejos, pero habría que rodear un risco. Es una vista impresionante, al menos según los estándares de esta isla. Son grandes, grises y se vienen abajo, como el monumento en ruinas de un líder olvidado. Aunque su declive representa la cuenta atrás de mi tiempo aquí, me siento intimidado, no agitado, cuando estoy cerca de ellos. El mar que rodea los acantilados está contaminado por el barro y siempre está revuelto. A veces creo que parece sangre.

La marea está baja hoy. El mar ha retrocedido dejando una larga franja de playa gris. Aquí, las mareas son extremas. En unas pocas horas, las olas estarán golpeando los acantilados desde abajo, y la lluvia lo hará con más suavidad desde arriba. Más allá, a lo largo de la orilla, veo un objeto mucho más claro, tanto que es casi blanco. Una roca quizá. Pero es distinto a cualquier cosa que haya visto en la isla hasta ahora.

Comienzo a descender a la playa.

Unos minutos después, estoy más cerca y tengo los ojos clavados en el objeto. Aminoro, me detengo. Ahora ya sé lo que es. Ahora solo puedo oír el viento. El viento y las olas. Todo se ha ralentizado. Se ha detenido. Tomo aire, algo que parece llevarme minutos. Cojo una piedra y reemprendo la marcha. Corro hacia el montículo. Paro otra vez. Corro. Me desvío hacia unas rocas y me agacho tras ellas, mis ojos siguen fijos en él. Mi respiración se ha acelerado. Suena como

cuando he estado cortando leña. No se mueve.

Observo durante minutos. La lluvia cae en franjas a lo largo de la playa. La noto caer por mis ojos y por la parte de atrás de mi cuello. Es intensa y a veces él desaparece detrás de las cortinas de agua. Tengo que limpiarme la lluvia de los ojos para poder ver bien.

Es la primera persona que veo desde hace una década. Es grande, parece repleto de grasa. No es un obrero. Su cara mira hacia otro lado. Está echado sobre su estómago, los pies vueltos el uno hacia el otro, las palmas hacia arriba. No tiene pelo. Una ballena blanca, y posiblemente una ballena blanca muerta.

El abrigo tiene que ser suyo.

Durante los últimos diez años solo he visto sombras. Esto es distinto, es sólido, nada que ver con un espejismo. Pestañeo, mantengo los ojos cerrados unos segundos. Cada vez que los abro, él sigue ahí.

Salgo despacio de detrás de las rocas. Abro la boca para hablar. No me salen las palabras. Es como si hubiera olvidado cómo hacerlo. Lo intento de nuevo. Esta vez es una exhalación, poco más fuerte que el sonido del viento. Trago y lo intento una vez más. Al final, la palabra sale: —Hola—. Es un susurro, un graznido. Otra vez. La palabra no es más que un gruñido. Sigue sin sonar como la palabra que sé que es. No se mueve. Ahora estoy a tres metros de él. Camino en círculo a su alrededor, manteniendo la misma distancia, mi mano sigue agarrando la piedra. Un perro con su presa. Solo puedo ver una parte de su cara. No tiene barba, pero sí unos grandes carrillos y papada. Tiene los ojos cerrados. Sé por su cara que no está muerto.

Me pongo en cuclillas y observo su rostro de cerca. Respira. Su cuerpo sube cada pocos segundos y sus labios se abren cuando exhala. Parece estar en paz. Un hombre dormitando en una playa.

Sus gordos dedos descansan sobre la arena. Gusanos blancos en barro negro. Está cubierto de gotas de agua, de lluvia o de mar. Relucen con la última luz.

Me incorporo, me acerco a él y lo empujo con el pie en la zona de las costillas. No se mueve. Me inclino y lo sacudo bruscamente por el hombro. Está frío como una piedra. Sus párpados se abren. Tiene los ojos rojos, sus iris son oscuros, casi negros. Durante unos segundos, no se mueve. De pronto, se asusta, se revuelve, intenta apartarse de mí usando sus brazos para moverse. No puede levantarse. Su respiración se acelera. Alzo las manos para mostrarle que no supongo ninguna amenaza y doy un paso atrás. No digo nada. En vez de eso, vuelvo a ponerme en cuclillas para no estar por encima de él. Eso parece calmarlo un poco y su respiración se vuelve más regular. Nos miramos. Sigo viendo solamente la mitad de su cara.

Unos instantes después, lo digo otra vez: —Hola—. Ahora puedo reconocer la palabra, pero siento la lengua espesa en mi boca. Él no responde. Me presento. No sé qué decir, si mi título o mi nombre de nacimiento. Decido usar ambos. —Soy Bran. Alguacil. Vivo aquí—.

Me doy cuenta de que hablo en ráfagas cortas. Tengo que acostumbrarme a hablar. Sus ojos no me transmiten nada. No estoy seguro ni de si me ha oído. Lo intento de nuevo. —¿De dónde eres? ¿Axum?—. Es más una afirmación que una pregunta.

Aún nada. —Estás a salvo. Habla—.

El hombre cierra los ojos. Puede que esté conmocionado. No tengo ni idea de lo que tiene que haber padecido. Le pongo mi abrigo encima para mantenerlo caliente. Mientras me inclino y me acerco, capto su aroma. Huele a mar. Pero no el olor agradable.

No tenemos mucho tiempo. La marea está baja, pero quedan pocas horas para que vuelva a subir y si nos pilla aquí nos ahogaremos los dos. Y la luz se está apagando. Puedo dejar que duerma un poco antes de que nos pongamos en marcha y volvamos por donde he venido. Hay una zona más alta y accesible a media milla de allí. Sé, con toda probabilidad, que tendré que medio cargar con él por lo débil que parece. Me dirijo a la zona alta y me llevo la bolsa, de forma que no tenga que cargar con nada más cuando vuelva.

Cuando lo hago ya está oscuro. Lo encuentro en la misma postura. Vuelvo a despertarlo. —Te vas a ahogar aquí—. Aunque no responde, parece entenderlo y trata de levantarse. Coloco mi mano debajo de sus brazos y lo levanto. Tropieza conmigo, no tiene fuerza en las piernas. Me recuerda a una larva blanca, alguien cuyo único propósito en la vida es comer. Ignoro mi disgusto, pongo su brazo sobre mis hombros y mi brazo bajo el suyo. Así, caminamos despacio por la playa. En un momento dado, sonrío para mí mismo pensando en la pinta que tenemos. Para cualquier criatura que vuele sobre nosotros, o que nos mire desde el risco de hierba, o apretada contra el barro negro de los acantilados, tenemos que hacer una pareja muy extraña. Uno alto y fibroso, curtido y bronceado, medio cargando con el otro, un hombre abotargado y que trastabilla, en la oscuridad, pálido como la lluvia.

Ahora llueve con fuerza. Hay algo de luz de luna detrás de las nubes, pero es débil.

Me resigno a una noche de frío y humedad. Sin fuego, sin comida caliente, es simplemente cuestión de esperar a que deje de llover, a que amanezca.

Me arrastro por el último tramo del acantilado y camino cien metros tierra adentro hasta una zona de hierba con el hombre aferrado aún a mí. Lo dejo caer. Ahora parece dormido o inconsciente. Mi sujeción es mala sobre su piel mojada. Cae en un charco y su cara aterriza en el agua, el barro salpica su mejilla. Un ojo y parte de su

boca están bajo el agua. Farfulla, intenta moverse, pero no consigue desplazar su cuerpo. Lo observo atragantarse. Respiro con pesadez por el esfuerzo. Deja escapar un grito, un gorgoteo. O sea que no es mudo. Lo cojo del brazo y le doy la vuelta. —Construiré un refugio —le digo. —Tengo comida. Descansaremos—. Me mira sin ninguna expresión.

Paso la noche tiritando, abrazándome a mí mismo, y duermo poco. El hombre está sentado frente a mí, recostado contra una roca. Parece no importarle el frío y me mira inexpresivo. Cuando despierto, después de un sueño de apenas unos pocos minutos, él sigue mirándome con sus ojos negros e imperturbables. Está oscuro, pero estoy lo suficientemente cerca para verle los ojos. También puedo olerlo. No es algo a lo que esté acostumbrado, al olor de otro ser humano. El olor de la hierba húmeda, del barro, de los pájaros podridos, de los pinos del bosque, el olor a veces frío y húmedo del humo de la turba: a estos sí estoy acostumbrado, estos se han vuelto míos, se han convertido en mi olor, el olor del hombre de una isla. Pero el suyo, un olor penetrante a océano en descomposición, a piel mojada, casi dulce pero desagradable, me es ajeno.

A medida que amanece y su rostro se vuelve nítido, tengo la sensación de reconocerlo. Busco en mis recuerdos. No puedo ubicarlo.

—Hola —intento de nuevo. Mi voz regresa. —Soy Bran. Vivo en esta isla. ¿Cómo te llamas?—. Sigue mirándome, pero no dice nada.

—¿Quién eres? ¿Cómo has llegado hasta aquí?—. Me siento cada vez más molesto con ese silencio.

—¿Qué eres? ¿Axumita? ¿Qué eras allí? —vuelvo a preguntar. Suspiro al ver que vuelve a no responder y mira la entrada de la tienda de campaña.

—Lo has pasado mal. Lo entiendo. No hace falta que hables ahora —. Estoy molesto, pero tengo un deber para con este hombre. Está en mi isla. Es responsabilidad mía. —Hay una cueva al otro lado de la isla. Es ahí donde vivo. Es cálida. Puedo encender un fuego y cocinar. Debemos irnos ahora. Tardaremos horas en llegar hasta allí—. Sé que será un viaje de vuelta complicado. Ahora tengo que cargar con todo mi equipo y, como veo que no está más fuerte que ayer, también tengo que llevarlo a él.

Me pongo de pie y empiezo a recoger la lona. Él no se mueve y lo arrastro como si no estuviera allí. Me echo la bolsa a los hombros, me pongo detrás de él y, sin mediar palabra, lo levanto por las axilas. Es un peso muerto y cuando se pone de pie se tambalea, vacilante. Lo sujeto por el brazo. —¿Puedes andar?—. Intenta caminar, da unos pocos pasos, pero sus piernas tiemblan y lo cojo por el brazo de nuevo.

De esta forma, emprendemos la marcha despacio hacia la cueva, parando cada pocos minutos para descansar. Yo también estoy cansado, apenas he comido en los últimos dos días. Para cuando llegamos, ya es primera hora de la tarde. Tendré que pasar sin ir a recoger combustible. Cuento con unas pocas reservas, pero no durarán mucho.

Ya en la cueva, lo miro de nuevo. Rebusco en mis recuerdos. No consigo encontrar nada. Preparo el fuego, lo llevo a mi cama, cojo mi equipo de pesca y me marcho por el camino cerrando la puerta tras de mí.

Mi mente deambula mientras pesco. Casi se me escapa uno de los peces. Me descubro a mí mismo inventando historias que puedan explicar la presencia de este hombre. Un embajador de Axum enviado para restablecer el contacto con Bran. Un refugiado. Un hombre de una parte del mundo aún sin descubrir, un lugar perdido hace siglos, al que no han llegado nuestras guerras, nuestras hambrunas, nuestros climas destructivos. Un lugar de dragones y reyes legendarios. Ha caminado desde el fondo del océano, medio hombre, medio pez. Enterrado en el barro durante siglos, liberado ahora por las olas, traído de vuelta a la vida por las tibias lluvias. Mi imaginación no conoce límites. Un asesino. Un hombre de quién sabe dónde guiado por la venganza, la codicia y la sed de sangre. Un hombre en silencio, conspirando incluso ahora para arrebatarme mi isla. O, como yo, un exiliado, un visionario, un líder caído en desgracia por culpa de sentimientos cambiantes, desterrado para probar suerte en alta mar. Más el ofendido que el ofensor. Dejo que mi cabeza deambule demasiado.

Teniendo en cuenta su tamaño, el abrigo y la blandura de su carne, lo más probable es que sea una persona de alto rango en Axum.

Y tal vez también sea un criminal. Aunque yo, legalmente, lo soy.

Pienso en él en la cueva y me pregunto qué estará haciendo. Doy la espalda al acantilado. Empiezo a sentir sus ojos mirándome desde el risco. Echo un vistazo rápido a mi alrededor. No hay nada que ver.

Y entonces lo sé.

Y entonces sé quién es. Me viene a la cabeza. Han pasado unos veinte años desde la última vez que lo vi y ha cambiado mucho, y no he podido verlo con claridad hasta esta mañana. Por eso me ha costado tanto. Pego un brinco, me giro como si fuera a echar a correr hacia él, pero vuelvo a tomar asiento. No tengo por qué dejar que se dé cuenta de que ya sé quién es. Necesito ver si puedo descubrir sus intenciones, ver si puedo hacerlo hablar.

Se llama Andalus. Era gobernante de Axum. Cierto, un personaje

de alto rango. Es el hombre con el que cerré la paz entre nuestros territorios, el hombre junto al que formulé el Programa, aunque la mayor parte de él fuera idea mía. Me sorprende que esté aquí. Me sorprende mucho. Es un mal presagio en potencia. Tendré que averiguar su historia, hacer lo que sea para mantener en secreto que conozco su identidad y esperar que no me reconozca.

Pesco un segundo pez. Los dos son pequeños pero suficientes para una noche. En la cueva, los cocino con varias raíces que coloco cerca del fuego. La parte exterior de la raíz queda chamuscada pero el interior se mantiene tierno. No sé qué es, pero sabe a boniato. Cuando le doy la comida la devora con hambre, rápido. Es el movimiento más rápido que le he visto hacer desde que lo encontré. Me sorprende que no se queme la boca. Acaba antes que yo y le doy un poco de lo mío. Mientras come, lo observo y los recuerdos vuelven a mí. Debajo de esa mole, en algún lugar dentro de esa larva gorda, está mi enemigo, un enemigo que se convirtió en mi amigo, o algo parecido. Bajo esa apariencia cambiada existe una conexión con lo que soy, con lo que fui.

Nos lo comemos todo y para cuando hemos acabado ha anochecido y nos ponemos cómodos para pasar nuestra segunda noche.

Él sigue dormido cuando salgo de la cueva a la mañana siguiente. Está tendido de lado, hecho un ovillo como un bebé. Me preocupa que mi rutina se haya trastocado. Si pretendo alimentarlo, tendré que recoger más combustible y recoger o conseguir más comida. Tendré que trabajar más rápido. Me llevo mi ropa cuando salgo a nadar y voy directo a los lechos de turba.

Cuando Tora vino a mí aquella tarde de miércoles después de la muerte de su madre, supe que duraríamos. Y lo hicimos; casi hasta el final. Mientras la abrazaba -ella no me abrazó a mí- tuve que respirar hondo varias veces para intentar no emitir ningún sonido. No sé si ella se dio cuenta. Lo sabía porque si una relación puede sobrevivir a eso, puede sobrevivir a casi todo. No pensé en preguntarle si quería acompañarme en mi exilio. Sospecho que Abel lo hubiera vetado, pero no le hubiera hecho esa pregunta. Hasta donde yo sabía cuando abandoné el asentamiento, estaría muerto en cuestión de días. No, no quería a Tora a mi lado. Me pregunto qué habría dicho, pero en realidad lo más probable es que hubiera respondido que no. Se había apartado, aunque sospecho que aún sentía algo por mí. No me arrepiento. Si hubiera estado aquí, las provisiones tendrían que haberse dividido entre dos, haciendo más breve nuestro tiempo juntos. Y si hubiéramos tenido un hijo habría sido todavía más breve. Habría llegado un momento en el que, de haber sido un patriarca con una mujer satisfecha y varios hijos, el nacimiento de otro más habría

reducido nuestro tiempo a horas. Puede que tal vez, aunque esto es matemáticamente imposible, un nacimiento hubiera hecho que el tiempo fuera hacia atrás y estaríamos ya muertos. No habríamos existido nunca.

Este hombre reducirá mi tiempo en la isla, pero al menos se acabará aquí. Al menos solo es una variable.

De vuelta en la cueva, descubro que no se ha movido.

Me dirijo a él. —¿Estás listo para decirme por qué estás aquí?—. Tiene los ojos abiertos, pero no pestañea. No ha dado señales de haberme reconocido. —Voy a necesitar ayuda para recoger comida y combustible—. No responde. Estoy empezando a perder la paciencia, pero le daré algo más de tiempo. Después de todo, es un invitado. Y un conocido. Durante la guerra, y después de ella, la gente de Bran mantuvimos un espíritu de generosidad, aunque durante la época del Programa tuvimos pocas oportunidades para demostrarlo.

A pesar de tener poca comida, siempre abastecimos a los refugiados que seguían llegando durante la guerra y después de ella. Allí donde pudimos, acogimos en nuestra sociedad a los que estaban sanos, los introdujimos en el sistema de racionamiento. Al pueblo no se le permitía tener comida en sus casas, la cocina comunitaria permitía reducir los despilfarros. Así que hacíamos cola junto a estos refugiados, estas personas que no nos habían dado nada, y comían lo mismo que el resto, lo mismo que aquellos que estaban sanos al menos.

Decido volver a la playa a pescar en vez de ir a recoger brotes de hierba y raíces. El pescado hará que Andalus recupere su fuerza más rápido.

Machaco las semillas y las cuezo hasta conseguir una especie de gachas. Es menos apetitoso que el pescado, pero si tengo la intención de aprovechar cada momento en la isla necesito una dieta equilibrada. Así es como cuido de mí mismo. Me temo que no tendré tiempo suficiente para recoger semillas si tengo que pescar el doble de peces. Si me quedo atrás y no consigo reunir comida suficiente, perderé fuerza y me iré debilitando aún más rápido, y puede que no sea capaz de salir de esa espiral. El equilibrio se iría al garete.

He conseguido ahumar pescado, pero con la humedad resulta difícil almacenar comida y los gusanos y los insectos parecen capaces de encontrar todo lo que dejo fuera. También he intentado comerme estos gusanos, pero son repugnantes y prefiero la comida que tanto los atrae.

Podría mantener un fuego vivo en la cueva. Con el tiempo, la humedad de las paredes desaparecería y el ambiente sería seco, pero

conseguir esto agotaría muy rápido mis reservas de combustible.

Esta vez capturo cuatro peces pequeños. Son los que solía comer cuando era joven, pero tienen un sabor más amargo y un poco fuerte. Los considero de la especie «tres» porque son la tercera variedad que capturé. El tema de los nombres se lo dejo a otros. Reviso mis redes de cangrejos, colocadas cerca de allí. Una de ellas alberga un par de cangrejos y los saco con cuidado.

Andalus está sentado en el suelo cuando vuelvo a la cueva. —¿Quién eres? —pregunto. No habla. Me acerco a él. Me da la espalda. —¿Quién eres? —susurro. Me arrodillo y susurro en su oreja con aún más suavidad. —Puedo adivinarlo, si es así como quieres hacerlo. Puedo adivinar tu nombre—. No se mueve. Parece que sigue sin reconocerme. Doy un paso atrás y lo rodeo para mirarlo a la cara. Sujeto los peces. —¿Sabes qué se hace con esto?—. Aún no los he limpiado. —Puedes hacer un gesto con la cabeza. No hace falta que hables—. No se mueve. —Te daré un cuchillo. Pones la punta aquí—. Le enseño a qué lugar me refiero. —Y cortas hacia abajo así. Tienes que hacer esto para que podamos comer—. Me doy cuenta de que le hablo como si fuera un niño.

Coloco los peces sobre el suelo, cojo su mano y enrollo sus dedos en torno al mango del cuchillo. Lo sujeta con firmeza, pero no hace ningún gesto para coger los peces. Veo cómo sus nudillos se ponen cada vez más blancos. Me alejo un poco de él. No tengo miedo. Aunque es más grande que yo, es lento y está débil, y como ex soldado estoy acostumbrado al combate cuerpo a cuerpo. La verdad es que me intriga ver qué hace. Pero no hace ningún esfuerzo por levantarse y un minuto después afloja la presión. El cuchillo se escurre y cae al suelo. Se le resbala, el filo le corta uno de los dedos. Una gota de sangre cae sobre los peces. —Presiónalo. Parará pronto —le digo. Él obedece. Sentado a la entrada de la cueva mientras limpio el pescado, me doy cuenta de que no baja la mano. Parece como si se hubiera quedado congelado a media frase, haciendo hincapié en algo. Sonrío para mí mismo.

La madre de Tora tenía sesenta y ocho años cuando murió. Es una buena edad. Siguió trabajando hasta el final, cuidando de un pequeño jardín adyacente a las murallas de la ciudad. Un día no se levantó de la cama. Cuando Tora la encontró esa tarde, apenas podía moverse o hablar. Era una sentencia de muerte. Su jardín pasó a otra persona, ella se despidió y Tora siguió adelante. No hubo mucho tiempo para llorar su muerte.

Conocía bastante bien a su madre. Yo le asigné el jardín, le encantaba. Era una parcela minúscula, pero la llevaba de forma

eficiente y todo el mundo tenía que hacer algo. Cultivaba patatas y calabacines y tenía un pequeño naranjo. Al final del día, solía sentarse a la sombra, bajo el árbol, y hablaba con sus vecinos, sus colegas jardineros. De vez en cuando solía pasarme por allí e intercambiábamos algún comentario. Sospecho que yo no le gustaba mucho. Siempre fue educada conmigo porque le había conseguido este trabajo, estaba viendo a su hija y era el alguacil, pero no tuvimos conversaciones más allá de sus verduras y del tiempo. Nunca hablamos de Tora.

Tengo que reconocer que la extraño más que a otras personas. Pienso en ella a menudo. Es un símbolo de lo que yo habría sido. Me habría gustado retirarme, pasar las tardes al sol, cuidando de mi huerta de verduras y pensando en el pasado solo para evocarlo con conocidos. El sol es lo que más echo de menos, quedarme dormido a última hora de la tarde con el sonido de las abejas en las flores del naranjo. Un idilio que se me negó. Aun así, podría haber escogido un lugar peor al que exiliarme. Nada ha sido fácil aquí, pero he conseguido salir adelante con trabajo duro y una planificación cuidadosa. Despedido, desacreditado como líder, y ahora, diez años después, les he vuelto a mostrar cómo sobrevivir en un mundo en el que a primera vista la supervivencia no parece posible. Pero ellos no están aquí para verlo.

Durante la cena, por la noche, clavo los ojos en él y no me devuelve la mirada. De nuevo, engulle con ganas, rápido. Me recuerda a todos nosotros, a como solíamos ser. Comíamos rápido por pura necesidad. Recuerdo haberlo visto devorar así antes. Lo observé durante una comida. No alzó los ojos ni una sola vez, solo cuando acabó el último resto del plato. Incluso se chupó los dedos, cosa que me pareció desagradable.

—Mañana vendrás conmigo al bosque. Puedes ayudarme a traer algo de leña —digo. No creo que me ayude mucho, pero estoy seguro de que ya puede andar bien y tiene que empezar a recuperar las fuerzas si pretende salir adelante.

Por la mañana, después de volver de la playa y de haber acabado juntos el desayuno, le lanzo el abrigo que encontré. Lo coge. Ahora estoy seguro de que es suyo. Toquetea el tejido, los botones de latón, sus labios se abren ligeramente, como sorprendido. Parece un niño. —Póntelo. Es tuyo, ¿no? El abrigo de un general —digo. No es una pregunta. Él no muestra ninguna reacción. Aparta mi abrigo, se incorpora y se pone el otro. Le queda como un guante. Se ajusta el cuello y estira la espalda. Lo observo con interés; es como un soldado preparándose para la batalla.

—Venga. Vamos a buscar leña —digo y bajamos por la colina. Me

sigue, aunque mantiene una distancia de unos diez pasos. Ha recuperado algo de fuerza pero todavía arrastra los pies como si cada paso fuera un esfuerzo enorme. Escucho sus pasos en el barro, la suavidad de la succión, su sonido. Cada vez que paro, el sonido para también. No se acerca a menos de diez pasos.

En el bosque, sin decir palabra, le lanzo la bolsa que uso para la leña, la coge y yo desengancho el hacha de mi cinturón. Camina en círculo, a mi alrededor, mirándome todo el rato. Llega a colocarse enfrente de mí. Está sobre un pequeño montículo, la bolsa al hombro, la cabeza alta, el abrigo parece sangre sobre su piel pálida. Mientras derribo el árbol y corto las ramas, él se limita a estar ahí, contemplándome.

Paro cuando me quedo sin aliento, me apoyo sobre las rodillas con las manos. —Tu turno —digo y le tiendo el hacha. —Puedes ocuparte tú un rato. Estoy cansado—. Me pongo derecho y camino hacia él hacha en mano, la hoja en su dirección. Él deja caer la bolsa y se aleja de mí despacio, arrastrando los pasos, alzando un poco sus brazos. Sus pies forman surcos entre las agujas de los pinos. Paro. —¿Qué estás haciendo?—. Soy cortante. —¿Qué estás haciendo? —repito. —¿Crees que voy a hacerte daño? ¿No crees que ya habría hecho algo si quisiera hacerlo?—. No dice nada. —Te salvé, te he alimentado, te he vestido. ¿Por qué iba a matarte ahora?—. He alzado la voz. Suena extraña en medio del silencio. Creo que puedo oír un eco. Agito el hacha con exasperación y vuelvo a donde está el árbol. Él está encogido de miedo, agazapado, sus manos levantadas aún. Tal vez espero mucho demasiado pronto.

Ahora vuelve a llover. Corto el árbol en leños a ritmo lento pero constante. Puedo mantener mi respiración bajo control y seguir avanzando. El agua gotea de la punta de mi nariz. También puedo sentirla bajar por mi espalda. Un halo de vapor asciende de mi cuerpo. El aroma a pino húmedo inunda el aire. Andalus sigue agazapado bajo un árbol, a resguardo de la lluvia. Ahora parece más tranquilo. La verdad es que puede que se haya dormido. Del pánico al sueño en cuestión de minutos. No entiendo a esta persona. Ojalá hablase.

Andalus solía hablar todo el rato. De hecho, a veces deseaba que hablara menos. Teníamos estilos de negociación distintos. Era todo fanfarronería, todo promesas, todo camaradería. Detrás de esta fachada, sin embargo, había tenacidad y determinación para conseguir lo que quería. Daba impresión de ser un imbécil, pero estaba muy lejos de serlo. Era un duro oponente y llegué a respetarlo mucho. Hacia el final, en la época de la firma del acuerdo y del último contacto oficial entre ambos grupos, entablamos una especie de amistad. Cierto, se basaba en un respeto a regañadientes entre ambos

bandos y no un vínculo emocional profundo, pero al final comencé a conocer al hombre que había detrás, el hombre que, como yo, se preocupaba por su pueblo, y se preocupaba tanto que detuvo la guerra, a cualquier precio.

Hubo un momento en el que bajó la guardia. Estaba sentado a la mesa, frente a mí, la cabeza entre sus manos. Nuestros ayudantes se habían ido. Permaneció inmóvil durante una eternidad. Pensé que se había quedado dormido y fui a levantarme de la mesa cuando dijo: —¿Qué hemos hecho, Bran?—. Tenía la voz agitada. Durante un instante no supe qué decir. —¿A qué precio? —añadió—. ¿A qué precio una cosa se convierte en un lujo que no deberíamos tener?

—Esto no es una cosa —dije—. Esto no es un lujo. Esto es paz.

—Hemos puesto fin a la guerra, Bran, no hemos traído la paz. Llegará un día en el que el mundo no podrá perdonarse a sí mismo, ni a nosotros. Será imposible que exista la paz.

No dije nada. Me incorporé, di un rodeo hasta llegar a él, me planté detrás de su hombro izquierdo. Tenía la cabeza entre las manos. Acerqué mi mano derecha y la coloqué sobre su hombro. Me sujetó la mano. Sentí cómo su hombro se estremecía. Creo que estaba llorando. No sabría decirlo. Pero no había duda de que estaba agitado. Apreté su hombro, le di una palmada en la espalda y dije:

—Hemos hecho un buen trabajo, Andalus. Hemos luchado por nuestra gente, por nuestros intereses. Y ahora hemos asegurado un futuro para ellos. No tengas miedo del futuro. Hemos sido enemigos, hemos sigo guerreros. Ahora somos amigos y hombres de Estado. Esta noche nos hemos ganado el descanso.

Dicho esto, me fui. Fue un breve momento de intimidad, pero lo agradecí. Horas después, nos encontramos en la cena de celebración y volví a ver su lado jovial, aunque evitó el contacto visual conmigo.

Me acerco a Andalus y le doy un toque con el pie. Levanta la vista, adormilado. Le doy un pequeño haz de leña para que lo lleve. Se levanta y me sigue a varios pasos de distancia. Como un perro.

Más tarde, recojo turba y hierba de un segundo lecho, guardo los brotes y las semillas para comer. Lo dejo en la cueva cuando hago esto. Cuando salgo, le pido que encienda un fuego. No da muestras de haberme oído. No vuelvo a pedírselo.

En las praderas comienzo a sentirme sin aliento. También me duelen los brazos por haber estado cortando leña. Me siento sobre una roca. Mantenernos a los dos me está pasando factura y empiezo a sentirme viejo. Aún estoy en forma, pero hay muchas cosas que ya no puedo hacer. Un hombre, de carne y sangre, en contraste con las aguas ascendentes, el deslizamiento de los océanos, las garras del

barro. Si miro hacia el futuro, resulta desalentador. Aun así, esto es lo que tengo que hacer. Mantengo un registro de la desaparición de la isla. Así, sabré exactamente cuándo se acabará el tiempo y podré estar despierto, enfrentar el muro de agua cuando llegue. Podré morir con orgullo. Ahora que tengo que recoger más comida y más combustible, me queda menos tiempo para trabajar en mi mapa, en mis cálculos, en mis anotaciones. Antes sabía en qué momento exacto iba a acabarse todo, pero ahora no estoy tan seguro. Solo han pasado unos días y este hombre es mi responsabilidad, pero también una carga. El deber nunca había sido una carga para mí, hasta ahora. Nada me obliga a cuidar de Andalus, nada me impide dejarlo a su suerte. Como no hay ningún sitio al que ir, eso implicaría matarlo. Nadie lo juzgará, nadie me detendrá si me deshago de mi carga. Nada excepto el sentido del deber, nacido no de algún sentimiento trivial -acabamos con eso hace mucho tiempo- sino de la necesidad. Éramos diligentes porque teníamos que serlo, porque fue así como sobrevivimos. Los supervivientes obedecían.

El deber es algo que jamás abandonaré. Es lo que me sostiene, lo que conecta mi pasado con mi futuro.

Nunca hice planes de volver a Bran. Sobrevivir al viaje no es el problema. Me he vuelto un experto en trucos de supervivencia. Pero he sido desterrado y lo acepto. Sería una falta de respeto hacia las leyes que yo creé. Andalus, sin embargo, es un enigma. ¿Qué está haciendo el líder del asentamiento axumita en territorio de Bran? O han empezado a expandirse o han derrocado el antiguo orden. Puede que los Maverick hayan tomado el poder y hayan empezado a planear un reinicio de la guerra en un esfuerzo por hacerse con el control de Bran y sus recursos. Aunque puede que simplemente estuviera navegando entre islas y una tormenta fuerte lo desviara. Se pueden inventar mil historias. Independientemente de cuál sea, se han roto las reglas del Programa y mi deber es informar de esto. Tengo que intentar averiguar algo más sobre él, sobre por qué está aquí. Pero es imposible si no habla.

Hay un mito en mi tierra. Uno de los antiguos dioses -ya no creemos en dioses- fue desterrado por el consejo de los Cielos. Su crimen fue discrepar. Navegó durante semanas hasta los confines de la tierra. Cuando finalmente tomó tierra, se quedó allí el resto de sus días, arrojando rayos y tormentas a los barcos que pasaban. Cuando murió, sus restos petrificados se convirtieron en una montaña en cuya cima quedó grabada la cara del dios, como advertencia, una maldición, de que todo aquel que la mirara también se convertiría en piedra en tierra extranjera.

Otro, cuenta la historia de un rey legendario con el mismo nombre

que yo. Violento y siempre victorioso en la batalla, a su muerte sus compatriotas le cortaron la cabeza, la clavaron en una estaca y la colocaron mirando al mar. Así quedó, a modo de hechizo protector para todo el país frente a ejércitos invasores.

Los mitos están hechos de recuerdos y los recuerdos son falibles, pero ambas cosas eran pilares de Bran. Aunque no teníamos ninguna religión y nuestro sentimentalismo era escaso, estas historias, que se siguen contando a veces, son indicativas de lo que somos como personas; de nuestro sentido del deber y del respeto, y de que nuestro orgullo y determinación son imposibles de vencer.

Aunque para mí significan mucho más que eso. Soy consciente de algunos paralelismos. Hablan de rechazo y de veneración, de la facilidad con la que las cosas pueden torcerse. Dos rostros mirando hacia el mar. Uno vengativo, el otro protector.

Tal vez la presencia de Andalus signifique que, una vez más, tengo el deber de proteger. Puede que su presencia signifique que tengo que marcharme de la isla.

Cuando vuelvo a la cueva el fuego se ha apagado. Andalus está echado en la cama, dándome la espalda. Solo se gira más tarde, cuando le doy comida. Vuelvo a llamarlo general. Le pregunto sobre Axum. Pero no me mira.

Me despierto al alba, miro a mi alrededor y veo que Andalus ha desaparecido. Pego un brinco.

Fuera de la cueva corre una brisa cálida y las nubes son escasas. No lo encuentro. Trepo a lo alto de la cueva, desde donde puedo ver más, incluidas las praderas. Pero no hay rastro de él. No puede haber ido lejos, en su estado no se habrá alejado más de una milla. Desde la cueva no se puede ver la zona de las rocas donde pesco y creo que es allí donde puede estar. Me desvío por el camino de los acantilados.

Caminando despacio por el borde, echo un vistazo. Está sentado dándome la espalda, mirando el mar. No pesca, solo está sentado. Lo contemplo durante un minuto. Su cabeza empieza a girarse hacia un lado, poco a poco. Parece un giro demasiado amplio para ser natural. Me agacho, me escondo. No hago ningún gesto brusco. No creo que pueda verme, pero su cabeza sigue vuelta. Tal vez esté mirando alguna otra cosa, algo más allá del acantilado, algo detrás de mí. Miro a mi alrededor. Estoy echado sobre la hierba y ruedo sobre mi espalda. Una gaviota vuela en círculos sobre nosotros.

Tora no quería saber nada sobre la guerra. Sabía en qué consistía, todo el mundo lo sabía, pero no quería saber nada de la vida del soldado, de las cosas que yo había visto. Ni sobre las matanzas ni

sobre los vestigios enterrados de una época olvidada. Yo quería hablarlo con ella, pero siempre que lo intentaba se alejaba de mí. Si estábamos en la cama, se daba la vuelta y se echaba de lado dándome la espalda. Yo paraba, me acercaba a ella y le acariciaba el muslo. No le reprochaba que no quisiera escucharme, y con el tiempo dejé de intentarlo. Supongo que necesitaba distanciarse de eso. No he conocido a nadie tan dulce como ella y siempre pensé que le parecía desagradable compartir su cama con un hombre que había matado. No le molestaba mi vida anterior, no me culpaba por ello, pero sabía que no lo aprobaba. Puede que mis intentos por meter historias de mundos pasados hicieran que ella lo relacionara con asesinatos, o al menos con la muerte.

En tal caso, sin embargo, ¿por qué se permitiría involucrarse con alguien cuyo trabajo consistía en aquello? Era un misterio para mí. Había varias cosas de ella que me resultaban misteriosas. Tal vez, aunque no lo aprobase, fuera capaz de ver la necesidad del Programa. En realidad, nadie podía aprobarlo, solo los locos, pero todos sabíamos que era necesario. Esta era otra parte de mi vida de la que no hablábamos mucho. A pesar de ello, me daba fuerzas, era alguien con quien podía contar, alguien cuyos sentimientos y reacciones podía predecir y de los que podía fiarme. Supongo que creía que si alguien tenía que hacerlo, mejor que fuera yo, un hombre entregado a los ideales de la justicia y el deber.

Le habría costado encontrar a un hombre que no hubiera matado. Eso era lo que hacíamos, lo que teníamos que hacer. Ella formaba parte de ese mundo olvidado del que no quería oír hablar, una vuelta a una época más amable.

Unos minutos después, me pongo de pie, regreso a la cueva a por mi sedal y mis anzuelos y vuelvo al lado de mi compañero. Puede que si coloco una caña en sus manos se ponga a pescar. No es el mejor momento del día, pero sigue siendo mejor que no pescar. Puedo sentarlo aquí todos los días y dejar que pesque algún pez mientras yo hago el resto del trabajo: recoger combustible, excavar turba, encontrar semillas y continuar con mi estudio. Esa podría ser la solución. Me gusta pescar, pero si es lo único que él puede hacer eso será mejor que nada. Me dejará tiempo libre para planificar el futuro.

No mira a su alrededor a medida que me acerco. Me siento a su lado, lo saludo y, como de costumbre, no responde. Levanto sus manos. Coloco la caña sobre ellas. No la sujeta. Me levanto, se la quito. —Mira —digo, y la lanzo al agua. De nuevo, intento que la coja. —Este es tu trabajo. Si quieres comer, conseguirás la comida. Así es como debe ser—. Me observa mientras digo esto. Pero ahora gira la cabeza y vuelve a mirar el mar. Levanto la voz. —No soy tu cuidador.

No puedo dártelo todo como si fueras mi invitado. Tendrás que trabajar si quieres quedarte aquí—. Lo intento otra vez y ahora sujeta la caña, aunque con poca firmeza. Decido dejarlo solo con la esperanza de que lo intentará cuando yo no esté allí. Me dirijo a los lechos de turba. Ya no me da tiempo a nadar.

Para cuando vuelvo a la cueva, arrastrando un saco de turba, él también ha regresado. No hay peces y me doy cuenta de que la caña de pescar tampoco está. Me acerco a él y lo agarro del brazo. Mis dedos se hunden en su carne como si fuera un cojín. —Te dije lo que pasaría. A partir de ahora, lo único que comerás será lo que consigas tú mismo —digo entre dientes.

La caña está tirada sobre las rocas, donde la dejé. Aunque puedo fabricar otra con bastante facilidad, soy cuidadoso con los anzuelos. Traje varios de reserva, pero con el tiempo se acabarán y no me habrá dado tiempo a aprender a pescar con un arpón. Aprenderé dentro de unos años, cuando se me acaben los últimos anzuelos. Me siento sobre las rocas esperando que pique algo.

Me llevo el primer pez que capturo. También encuentro un cangrejo en una de las trampas. Esta noche cenaré bien.

De vuelta en la cueva, enciendo un fuego. Cuando está listo, coloco el pez y el cangrejo sobre una piedra plana encima del fuego. Andalus está sentado en la cama y observa cómo se cocina la comida. No tarda mucho en estar listo. Como directamente de la piedra, cogiendo los pedazos de pescado con los dedos. Aparto el cangrejo a un lado y dejo que se enfríe. Andalus se mueve hasta el borde de la cama, mirándome con expectación. Le devuelvo la mirada mientras mastico. Finalmente, baja la mirada y me da la espalda. Se echa de lado, mirando hacia la pared. Me siento un poco culpable.

—Dime qué ha pasado —digo sin esperar una respuesta. No contesta—. Dímelo o muérete de hambre.

Con el estómago lleno, recostado contra la cueva y sintiendo calor por primera vez en días, intento explicar de nuevo la presencia de Andalus. No deseo compañía. No la de alguien así, desde luego. No me gusta acostumbrarme a tener a alguien dependiendo de mí. Pienso en cómo llegó hasta aquí. Si los axumitas han empezado a explorar otra vez, el pueblo de Bran tiene que saberlo. Nadie querría una reanudación de las hostilidades. Puede que Bran también haya comenzado a explorar. No entraba dentro de nuestros planes cuando me marché, pero eso era entonces. Quizá el mundo haya cambiado. O esté a punto de hacerlo.

Y entonces me permito pensar en lo que la presencia de Andalus exige. Pienso en volver.

3

Ese pensamiento me oprime el estómago. Soy como un hombre enamorado que no conoce los sentimientos de la mujer que ama, emocionado, pero demasiado nervioso como para estar contento. No me sorprende haber decidido volver casi sin darme cuenta.

También sé que Andalus es una excusa, una razón que puedo usar para explicar mi regreso. No me hago falsas ilusiones. Lo más probable es que volver signifique la ejecución o, por lo menos, la cárcel, seguido de un nuevo destierro. Cumplir con mi deber y devolver a este hombre no me servirá de mucho. No albergo esperanzas irracionales, pero tal vez me dé tiempo a atar algunos cabos sueltos, a ver a Tora y a Abel una vez más, a conseguir algunas provisiones más. Puedo dejarles a las autoridades una copia de mis diez años de trabajo para que puedan estudiarlo y ampliar, aunque sea un poco, el fondo de conocimientos. Deberían apreciarlo. Reanudaré el trabajo con renovado vigor en cuanto vuelva. Habré hecho las paces y habré dejado allí a Andalus, quitando de en medio todas las variables. Los hombres son más felices cuando no tienen dudas.

Diez años. Podía ser toda una vida, también podía ser muy poco tiempo. Diez años. Menos tiempo del que había pasado Bran en guerra, menos tiempo del que hacía que conocía a Tora, menos tiempo del que llevaba como alguacil, del tiempo que tardó el Programa en seguir su curso. Más tiempo del que nos llevó poner fin a la guerra, reducir las matanzas, el despilfarro. Más tiempo del que duró mi juicio, del que tardé en llegar aquí, del que tardé en despedirme.

¿Cuánta gente ha muerto en estos diez años? ¿El juez que me desterró? ¿Mis ayudantes? ¿Abel? Tal vez incluso la propia Tora, y la idea me da escalofríos. Si no ha muerto, volver podría ser cruel. Puede que un día se despierte con alguien llamando a su puerta. Soy yo, con el pelo revuelto y agotado después de días en el mar. He venido directamente, nada más bajar de la balsa. —Tora —digo, aunque es más un graznido y puede que ni siquiera sea una palabra. Sus ojos, inexpresivos al principio, adormilados, cobran vida de repente al reconocerme. ¿Y entonces qué? ¿Una sonrisa? ¿Lágrimas? ¿Se echa en mis brazos o da un paso atrás? ¿Un hombre aparece por las escaleras,

una niña pequeña por el pasillo? Cualquier cosa es posible. Puede que vuelva y encuentre su piso entablado, a los vecinos con las puertas cerradas y yo escudriñando a través de unas cortinas corridas.

No se ha movido. Respira rápida y superficialmente. Está dormido, supongo, soñando. Observo cómo su cuerpo sube y baja. Cuento los días desde que llegó. Tres días y dos semanas. Parece no haber perdido nada de peso. Tal vez lleve más tiempo. Pienso en cuando yo llegué, pero hace mucho de eso.

Me pregunto cómo ha acabado así. ¿Tenían un racionamiento jerárquico en Axum? ¿Asignaban la comida según el rango social? Jamás habríamos permitido algo así en Bran. Se suponía que el Programa se aplicaba independientemente de la posición social. Si eras productivo no tenías nada que temer. Pura suposición. No puedo sacar nada de su silencio.

He conocido hombres enmudecidos por los horrores de la guerra. Algunos se vuelven silenciosos, otros no pueden parar de hablar. Con el tiempo, todos tienden a recuperar la calma. El tiempo cura todo tipo de heridas.

Necesitaré unas pocas semanas para preparar el viaje. Tengo que ahumar todo el pescado que me sea posible, recoger semillas y tubérculos. Aunque podríamos pescar de camino, hace diez años había grandes franjas de océano sin ningún tipo de vida (he tenido suerte con mi isla) y podríamos navegar durante días sin conseguir atrapar nada. Tendré que construir una balsa más grande. Después de todo, ahora somos dos. Puedo fabricar un nuevo mástil y algunos remos. Puedo dedicarme a remar, reducirá el tiempo del viaje. Pero aun así tengo que contar con tres semanas. Cuento con una brújula, pero sigue siendo posible desviarse uno o dos días. Además, aunque rememos y tenga una vela mejor, la balsa pesará más y se hundirá más en el agua. Necesitaremos cincuenta litros de agua. Llueve todo el rato, pero no quiero recoger agua de lluvia en una embarcación inestable. Quince peces de buen tamaño, un puñado de semillas y un tubérculo al día: eso será suficiente y me permitirá despreocuparme de las provisiones en el camino. Tendré cosas más importantes en las que pensar.

Pongo agua a hervir y añado semillas y granos machacados para hacer gachas, que acompaño con los restos de la pinza del cangrejo. De nuevo, no le ofrezco nada a Andalus. Lo dejo en la cueva cuando bajo a la playa para mi baño matutino.

Mientras nado, sigo pensando en el viaje. En las semillas y los tubérculos que puedo recoger de una sola vez. Se conservan bien. El pescado ahumado tarda tres semanas en volverse incomible. Hay pocas cosas verdaderamente incomibles, pero preferiría evitar el

pescado podrido. Si tardo dos semanas en prepararlo todo, el primer pez durará hasta la primera semana del viaje, y para entonces ya hará tiempo que nos lo habremos comido. Un pez capturado dos días antes de marchar durará casi hasta el final del viaje.

Contarle mis planes a Andalus puede animarlo a trabajar y a hablar. Que sea motivado por el miedo o por la emoción, eso ya no lo sé. Ambos tenemos prohibido entrar en el territorio del otro, pero si tiene un pretexto razonable, después de años de paz, no tienen por qué encarcelarlo. Puede que incluso se haya derogado la prohibición durante todo este tiempo. Pero si las cosas han empeorado, si el final del Programa ha provocado que vuelvan las tensiones y que las provisiones disminuyan, la presencia de Andalus aquí podría servir como pretexto para la reanudación de las hostilidades. Y si se niega a hablar, lo encarcelarán con toda seguridad. Lo imagino de pie, en silencio, cara a cara con la cólera del asentamiento. No lo hará. Haré que sea consciente de esto. Decido seguir negándole comida durante otro poco más. Puede que eso también consiga soltarle la lengua.

Vuelvo a la cueva. Andalus me mira fijamente, me observa coger el hacha. Puedo sentir sus ojos sobre mí, pero cuando lo miro a la cara no veo hostilidad. La única emoción que he visto es miedo. Aparte de eso, es inexpresivo. Un hombre sin voz y un hombre sin cara.

Decido contarle ahora mi plan de regreso. Me siento cerca de él. Al principio ladeo la cabeza. Todavía no voy a decirle que sé quién es. Comienzo: —Nos vamos. Vamos a irnos de viaje en una balsa que voy a construir. Espero que me ayudes—. Sus ojos se encuentran con los míos. Miro sus pupilas. —Iremos a un lugar llamado Bran. Era conocido allí. Era muy conocido. Bran decidirá nuestro destino. Espero que sea uno bueno—. Me aparta la mirada. Lo tomo de la barbilla y se la levanto. —¿Me ayudarás? —pregunto. Entreabre la boca. Creo que va a hablar. No lo hace. En vez de eso, se pone de pie y se arrastra lejos de mí, a la entrada de la cueva. Descubro algo en el lugar donde estaba sentado: un trozo de pescado. ¿Ha estado cogiendo comida en secreto mientras estaba en el bosque o en las turberas? Me enfado. —No vas a saquear mi isla. No vas a robarme —le grito. Me incorporo y cruzo la entrada. Ha bajado un buen trecho de la colina y no puede oírme. Se ha movido sorprendentemente rápido.

El enfado se me pasa enseguida. Mi ira nunca dura. Estoy demasiado contento con la idea de volver como para preocuparme mucho por Andalus. Pero seguiré mi plan para hacerle hablar. Y no dejaré que se escabulla. Ahora es imprescindible para mí.

Si no voy a contar con la ayuda de Andalus, tendré que aprovechar al máximo los días. Me levantaré un poco antes y renunciaré a nadar. Alternaré días construyendo la balsa con días recogiendo comida y turba. Con menos tareas por día, puedo dedicar más tiempo a cada

una y hacer más avances. Aun así, será duro y me quedará poco tiempo para mi estudio.

Hoy está oscuro. Cuando salgo hacia el bosque, las nubes son tan gruesas que bloquean casi toda la luz. Parece un atardecer. Aunque la zona de la cueva sigue seca, he visto la lluvia caer sobre las praderas en franjas, mecida por el viento. No suele llover con tanta intensidad, pero hoy lo hará. No es un buen comienzo para mis labores.

Estoy en lo cierto. El lecho del bosque está húmedo. La lluvia parece amortiguar el sonido que hace la brisa.

Lo primero que hay que hacer es construir la balsa. Necesitaré al menos dos árboles para la base. El mástil y los remos puedo fabricarlos con un tercero. Para media tarde, he talado tres árboles y les he quitado la mayoría de las ramas. En cuanto estén secas, haré una buena hoguera. O tal vez sirvan para que pueda sentarme en una cueva cálida y completamente seca durante unas pocas noches. Pero, salvo que haya hecho mal los cálculos, no estarán secas del todo para cuando me vaya. Desprenderían demasiado humo. Dejo los troncos donde están. Convertirlos en tablones puede esperar a pasado mañana.

En la cueva, pongo algo de turba en el fuego. Estoy agotado y no vuelvo a salir en todo el día. Me doy cuenta de que puede que me lleve un poco más de tiempo adaptarme a una rutina nueva, más enérgica. Paso la última hora de luz haciendo anotaciones. Apunto el número de árboles que he talado, cuántos quedan, la edad de los que he cortado. Todos los árboles que he talado parecen tener una edad similar. Según mis cálculos, hay una diferencia de una década entre unos y otros y tienen alrededor de cincuenta años. Tengo tres teorías para esto. La isla experimentó un clima más cálido durante varios años, cuando los retoños echaron raíces, y la falta de luz actual ha atrofiado su crecimiento. Son de una variedad que solo alcanza la madurez sexual a una edad avanzada, lo que explicaría por qué no hay más retoños. Los plantó un náufrago anterior, un hombre armado solamente con semillas de alguna parte abandonada del mundo, semillas que engendraron una progenie estéril.

No le he dado muchas vueltas a esto, a que la isla estuviera habitada antes de mí. ¿Y por qué no? Puede que llueva constantemente, pero se filtra la luz suficiente para que crezca vegetación aparte de los árboles. Hay turba. Está rodeada por el océano, que alguna vez debió de ser más abundante que ahora. En definitiva, no es un mal lugar para vivir. Podría haber escogido un sitio peor en el que naufragar. Tal vez hubiera gente al principio. La edad similar de los árboles es una posible pista. Podría haber señales por todas partes de antiguos habitantes, cosas que están ahí pero que no puedo ver. Podría estar viviendo en medio de una ciudad en ruinas rodeada de un parloteo espectral. A fin de cuentas, vemos lo que

queremos ver. Pero no me convence. Siento que soy la primera persona aquí, el primero en dejar su huella en esta prisión acuática.

Sin embargo, siento que no estoy solo. Las figuras entre los árboles, las cabezas asomándose por lo alto de los acantilados, los cuerpos fundiéndose con las negras paredes de los acantilados. Una consecuencia de estar solo, me digo. Y de la vida que he llevado. Cuanto más alejado estoy de las personas, más las imagino, más siento que estoy siendo observado. Por supuesto, ahora no estoy solo. Andalus, o la sombra de Andalus, está conmigo. Es posible que me siga de forma que no puedo verlo, pero lo dudo. Él no sería capaz de esconderse de mí, un hombre que lleva una década viviendo en esta pequeña isla. Es demasiado grande para ser sigiloso y, aunque no lo fuera, la isla es prácticamente plana y tiene poca vegetación alta. Salvo que se arrastrase sobre su vientre por el barro, podría verlo fácilmente.

No le doy de comer por la mañana. Sigue sin decir nada. No puedo matarlo de hambre, no con buena conciencia. Además, no sería capaz de volver sin él. Mi plan actual es darle de comer una vez al día a horas desiguales. Deduzco que si puedo crear incertidumbre sobre si comerá o no, eso lo impulsará a cuestionar mis acciones. A mayor escala, este fue el motivo de la guerra. Nuestra incertidumbre sobre si había o no recursos suficientes para todos nos condujo a luchar por nuestra parte. Nos llevó a enfrentarnos con el pueblo de Andalus y nos llevó hasta el Programa, que fue, después de todo, una forma de garantizar que no volviera a haber guerras por la comida, la tierra y el agua, una forma de garantizar lo que nos deparaba el futuro. El Programa se puso en práctica para evitar que volviera a ser necesario, una contradicción con la que mi gente vivió durante muchos años.

No voy a matarlo, pero lo provocaré. Será por su propio bien, ya que es poco probable que se gane simpatías en el asentamiento si no es capaz de explicarse. Que lo trate como a un animal no significa que no lo aprecie. Hasta que no se comunique conmigo, esa es la única forma en la que debo tratarlo, ya que no merece nada mejor.

Quiero que me hable antes de revelarle que sé quién es. Es una buena táctica para mantener algo en secreto hasta el último momento. Por supuesto, le he dado pistas de que lo conozco. Me pregunto si es eso lo que lo mantiene en silencio. Si estuviera aquí solo, ¿hablaría? ¿Le hablaría a todo, a las plantas, a los pájaros, a las rocas? Soy yo quien le está tapando la boca y le impide hablar. Puede que sea él el que está jugando a algo. Me reconoce y está buscando mis puntos débiles, reuniendo fuerzas para atacar, un intento por hacerse con esta isla.

No es posible saberlo. Parece no tener ni idea de nada, ni sobre sí mismo ni sobre mí. De nuevo, pienso en lo que puede haberle causado

esto. Alejado de unas personas que se volvieron en su contra, ya no es capaz de expresarse, ha dejado de ser un hombre.

Dejaremos las cosas claras antes de irnos. Acabaremos con los juegos.

Tengo agujetas del trabajo de ayer. Las siento mientras observo el mar, sentado, durante siete horas. Apenas pica nada. Aprieto el abrigo contra mi cuerpo. Cabeceo. No tengo frío. Lo único que puedo oír es el mar, el sonido de las olas. Me muevo una o dos veces solo para comprobar que los acantilados siguen a mi espalda.

Dejo que mi cabeza vaya inclinándose hasta que la barbilla choca contra mi pecho. Siento cómo se me cierran los ojos. De repente, doy un respingo, obligo al aire a entrar en mis pulmones. Es como si hubiera dejado de respirar. Son unos instantes de pánico. Mi sedal sigue como estaba, en esas aguas melosas, como si no me hubiera movido. Aquí no hay margen de error. Un ataque al corazón, una apoplejía y me quedaré aquí solo, abandonado. Tal vez incapaz de moverme, esperando hasta que la marea suba y se lleve mi cuerpo. Andalus no sería de ninguna ayuda.

Regreso con la tranquilidad de la última hora de la tarde. Andalus me da la espalda, está en medio de la cueva. Parece que no me ha oído llegar. Se balancea ligeramente. No sé si está bailando o simplemente no tiene mucha estabilidad. Tropieza al intentar girarse. Así que no está bailando. Me contempla. Rompo la mirada. —Pescado —digo mostrando mi captura. ¿A esto es a lo que he llegado? He aquí un hombre con el que una vez debatí sobre el futuro de nuestros asentamientos, sobre el futuro del mundo conocido. De un debate sobre los derechos de los hombres, sobre el derecho a un futuro seguro, el derecho a la vida, el deber hacia la vida de otros; de esto a un gruñido monosilábico dentro de una cueva en una isla de la que nadie se acuerda.

Andalus se da la vuelta y se echa una vez más. Esta noche no le doy de comer. Se acuesta sobre su espalda y lo observo en la penumbra. Ronca un poco.

La tarea de cortar un tronco en tablones es pesada y exige habilidades que no he perfeccionado. De alguna manera, al final del día he conseguido transformar dos troncos en tablones útiles y he talado otro árbol más. Mis cálculos iniciales sobre la cantidad de madera que necesitaré han resultado ser incorrectos. Me harán falta dos árboles más. Estoy decidido a construir mi barco mejor que el que me trajo hasta aquí. Tuve suerte durante el viaje. El mal tiempo pudo haber volcado la embarcación con facilidad. Cierto, ya no hay tantas tormentas como antes, pero no son insólitas. Eso era lo que quería el asentamiento. Como les faltaban coraje y convicción para condenarme

a muerte, esperaron que la naturaleza hiciera el trabajo por ellos. Tenían que haber recordado que la naturaleza rara vez hace lo que nosotros queremos. El crimen por el que se me desterró se debió a circunstancias que exigían una intervención en la naturaleza, una aceleración de sus procesos para evitar sobrecargarla. Al menos así fue como se presentó el Programa y lo usé como base de mi defensa. La naturaleza puede mantener una cantidad limitada de vida.

Pero estoy siendo injusto con mi gente. No son personas violentas ni vengativas, a pesar de lo que sufrieron. Pragmáticos es una palabra que les va bien, civilizados y pragmáticos.

Fue un juicio inusual. No estrictamente justo. Se me permitió una defensa, pero fui condenado meses antes de que el juicio comenzara. Sabía que no saldría de allí libre. El número de detractores del Programa había crecido demasiado rápido. Había indignación. Pedí enviar emisarios a nuestros rivales para ver qué había ocurrido allí, pero me lo negaron. Debieron de sospechar que iba a traicionarles. Quise preguntar a mis denunciantes cómo podían acusarme cuando había sido su apoyo lo que me había permitido cumplir con mi deber. Quise señalarles y decirles: —¡Vosotros! ¡Vosotros también tendríais que estar aquí!—. Quería avergonzarlos, hacer que fueran conscientes de su culpa, coger sus manos y decirles: —¡Mirad! ¡Vuestras manos también están manchadas de sangre!—. Pero no soy un hombre melodramático y aquello no hubiera jugado a mi favor. Entiendo que me sacrificaron en aras de un bien mayor. Quemado en la hoguera mientras la multitud aullaba a mi alrededor. Pero no ocurrió nada parecido. En conjunto, fue un asunto más silencioso. Tora, sentada en un rincón, apenas me miraba, pero me apoyaba viniendo al juicio cada día y permaneció allí sentada durante cada minuto. Vinieron otras personas, pero no muchas. Y la mayoría fueron respetuosas. Sin embargo, tuvieron que sacar a un hombre a rastras del tribunal. Hacia el final del juicio, empezó a venir regularmente y se sentaba dentro de mi campo visual. Podía sentir su mirada fija. Un día, en medio del pleito, se levantó y comenzó a gritarme. Usó un lenguaje que yo nunca hubiera tolerado en las oficinas o de mis conocidos. Un comportamiento deplorable. Entiendo que había perdido a varios miembros de su familia. Durante este episodio, Tora alzó la vista hacia mí. Creo que pude ver lágrimas en sus ojos. Pero no con claridad. Los guardias estaban plantados delante de mí mientras sus colegas sacaban a ese hombre de allí, pataleando y gritando. Miré a Tora y no a él, la miré a ella, intentando verla mejor, intentando ver algo a través de esa cortina de hombres corpulentos.

El día ha pasado rápido. Ha sido uno de mis días buenos. He trabajado duro y he hecho muchos avances. Es una sensación

satisfactoria. Está ya anocheciendo cuando me doy la vuelta para irme. Y entonces veo a Andalus. Está detrás de mí, a unos diez metros. De pie, mirándome. No sé durante cuánto tiempo. —¿Qué haces? —le pregunto. —¿Cuánto tiempo llevas ahí? ¿Qué quieres?—. Me ha asustado. No espero respuestas y no las recibo. Camino hacia él y se pone de lado como si estuviera cediéndome el paso. Es un gesto. Recuerdo habérselo visto hace años. Siempre fue educado, nunca tuve queja en ese sentido. Esta vez, sin embargo, lo único que siento al pasar es un escalofrío.

Puedo oírlo mientras camina detrás de mí de vuelta a la cueva. Aún es de día. Mientras tanto, oigo cómo sus pies hacen los sonidos de succión que también hacen los míos. Solo que los suyos son más ruidosos. Cuando yo paro, él para, justo detrás de mí. Como mi sombra.

Más tarde, se toma la comida sin mostrar demasiado entusiasmo ni hambre. Acabo antes que él y me acuesto. Estoy cansado y me quedo dormido casi al momento.

Dedico el día siguiente a recoger comida. Vuelvo a la costa y pesco durante varias horas. Paso la tarde recolectando brotes de hierba y semillas.

Es una buena rutina, un día de trabajo intenso seguido de uno de buscar comida y de recoger turba, y la seguiré durante otra semana más, para entonces casi habré terminado la balsa y habré reunido más o menos la mitad de la comida que necesitaremos. La balsa está colocada un poco más abajo de la marca de marea alta. Me he asegurado de arrastrar los tablones desde el bosque hasta ese punto. Es un trabajo duro, pero es mucho más fácil que mover una balsa entera desde el bosque hasta el mar. Cuando pesco puedo verla con el rabillo del ojo, amarrada a las rocas. Con la marea alta, puse a prueba su equilibrio y evalué su peso en el agua. La imagen de la balsa hace que mi corazón se acelere un poco. El prometido regreso a mi tierra está más cerca cada día. A veces me preguntó por qué no he intentado volver antes, pero en el fondo sé que no podría haberlo hecho.

A la balsa le falta un mástil. Estoy decidido a conseguirle uno. No solo me permitirá hacer el viaje más rápido, sino que se trata de una cuestión de orgullo. Verán que he llevado una buena vida, que el destierro ha avivado mi ingenio, mis ganas de vivir, en vez de quitármelo todo.

Me preocupan las reacciones, aunque también estoy emocionado. Quiero volver victorioso, un regreso que muestre que he prosperado y que no les guardo rencor. Pero no soy tonto. Sé que tendré que acercarme con cautela, tal vez pasar desapercibido durante unos días hasta que esté seguro de cómo andan los ánimos. Sin embargo,

Andalus podría mandar ese plan al traste. Resulta difícil esconder a alguien como él, ocultar su mole blanca en los matorrales. Si los exploradores siguen estando activos, nos encontrarán enseguida. Dos hombres mayores, uno delgado, otro gordo. Como hace años: Andalus y Bran, mano a mano.

A pesar de que le doy poca comida, mi compañero de isla no adelgaza. No he visto más indicios de comida aparte de la que yo he recogido, pero supongo que debe de estar encontrando algo en alguna parte. Además, tampoco se mueve mucho. Tendría que hacer ejercicio para adelgazar. Hace semanas que la marea lo arrastró hasta la orilla. Semanas, y no ha dicho una sola palabra, no se ha comunicado conmigo de ninguna forma. A veces me sigue por la isla. Lo he visto sentado en las rocas donde suelo pescar. Pero la mayor parte del tiempo parece pasarlo en la cueva, echado sobre la cama, mirando a la nada. Mientras ahúmo el pescado o tallo un remo, veo cómo contempla la nada.

Los tres días previos a mi partida programada son una agonía. No puedo dormir y solo pienso en el viaje.

El mástil ya está colocado. No es suficientemente fuerte para vientos violentos, pero es poco probable que nos los encontremos. Ya he metido gran parte de la comida en la balsa, la he cubierto con plástico para protegerla de la lluvia y la he sujetado para asegurarla. He convertido una de las lonas en una vela. Es algo improvisado, pero servirá.

Andalus también parece sentir mi agitación. Por la noche, se levanta de la cama, abre la puerta y se queda plantado en la entrada de la cueva, perfilado contra el cielo nocturno. Se queda ahí durante lo que parecen horas y luego vuelve a la cama poco a poco. Hace esto las dos noches que nos quedan allí. La última tarde, me acerco a él después de haber cenado. Le he dado de comer bien y he preparado todos los alimentos que he podido, ya que viviremos racionados durante las próximas tres semanas. Tomo su cara entre mis manos, apretando hasta que siente dolor, y lo obligo a mirarme. —Tú, Andalus —digo. —Sí, sé quién eres. Te conozco—. Continúa mirándome fijamente. —¿Entiendes lo que vamos a hacer?—. Sé que se lo he dicho, pero no sé hasta qué punto lo entiende. —Vamos a volver a Bran. Recuerdas Bran. Estuviste allí hace años, cuando negociaste con nosotros. Libramos una guerra, firmamos la paz. Tú y yo. Andalus y Bran. Lo recuerdas—. Silencio. —Te voy a llevar allí para que puedan enviarte de vuelta al lugar del que vienes. No puedes quedarte aquí. No te está permitido—. Entonces aleja la cara, vuelve la cabeza. Creo que ahora lo entiende. Me siento en el extremo

opuesto de la cueva, la espalda contra la pared, observándolo sentado al otro lado del fuego. —¿Estás listo para contarme qué ha ocurrido? Han pasado cuatro semanas desde que llegaste. No te he hecho daño. ¿Qué ha sucedido que te haya cambiado tanto? Eras el hombre más hablador que conocía. A veces creo que detuvimos la guerra solo para que dejaras de tener una excusa para seguir hablando—. No reacciona a la broma.

Espero un minuto antes de continuar. —Tendrás que hablar en Bran. No somos personas vengativas, pero has incumplido una condición del tratado. Ya sabes cuál es el castigo. De hecho, nosotros lo acordamos. Tú y yo. Seguro que te perdonarán si consigues explicarte: un motín, una rebelión, un destierro. Creo que eso es lo que te ha ocurrido. Desterrado, como yo. Pero, de ser así, no tuviste cuidado suficiente, no tuviste la suerte de evitar el territorio de Bran. Si no hablas, si no te explicas, podrían ejecutarte—. No dice nada.

Está sentado contra la pared de la cueva, la cabeza ligeramente ladeada. El fuego titila en su piel. Se apaga. Oscurece en la cueva.

—Usamos una cuerda. Muerte por ahorcamiento. Es lo más fácil. No hay sangre. Vómito y orina sí, pero sangre no. También es rápido y, con lo limitado de nuestros recursos, práctico. La cuerda se puede reutilizar. Vendamos los ojos a los condenados, por supuesto. No somos animales.

Ahora me mira, pero sigue sin decir nada. Creo que me mira. No puedo ver sus ojos.

—Les vendamos los ojos y les atamos las manos para que no puedan moverse. Ponemos la soga alrededor del cuello y hay un hombre encargado de retirar la plataforma cuando llega la hora. No dejamos que la gente lo vea. Solo están el verdugo y otra persona más para asegurarse de que la víctima no escapa. Luego enterramos el cuerpo. Justo debajo de la superficie. La cara es lo último que hay que tapar. Enterrar a los muertos no es un trabajo que le guste hacer a la gente.

—Si no hablas, me temo que eso es lo que puede sucederte. Puede que envíen una misión a Axum para saber qué ha ocurrido, pero ¿para qué molestarse? Supondría mucho gasto, ¿y para qué? ¿Por la remota posibilidad de que sus fronteras estén amenazadas? Es poco probable que la presencia de un hombre, de un oficial abotargado, los convenza de ello.

Me doy cuenta de que he alzado la voz. También me doy cuenta de que puedo estar en lo cierto, de que puede que Bran no se preocupe lo más mínimo por este hombre, de que puede que no vean su potencial significado. Si no saben quién es, si no lo reconocen -y a mí, que lo conocía mejor, me llevó un tiempo hacerlo- ambos tendremos el mismo destino. No habrá nada que detenga el odio que se ha ido

enconando durante diez años. Diez años para que las familias de aquellos que fueron ejecutados instiguen la venganza. También me doy cuenta de que ya no hay vuelta atrás. He ido demasiado lejos.

Miro a Andalus, deseando una respuesta. Paso horas sentado ahí, observando cómo me mira. Oscurece tanto que se funde con la pared de la cueva, se vuelve negro, una silueta. Sus ojos son cuencas. Si entrecierro los míos, desaparece por completo, desaparece en la cueva, en la roca, en la suciedad. Sigue callado.

4

Ya he metido todas las provisiones y el equipo en la balsa y lo he amarrado todo a los tablones. Siento a Andalus en el centro de la balsa mientras la empujo a aguas abiertas. Cuando el agua me llega a la cintura, subo a bordo. Remo hacia fuera unos pocos metros más, luego izo la vela. El viento es fuerte, pero no creo que sea demasiado fuerte para el mástil. La vela se hincha con la brisa y me siento entusiasmado. Partimos a un ritmo que choca con lo improvisado de la balsa y su peso. Enseguida llegamos al final de mi zona de nado. El viento viene de nuestra espalda, barre la isla. Cierro los ojos durante unos segundos. Puedo sentir el agua fluyendo debajo de mí, el viento y la espuma.

Veo a Tora de pie en la playa. Ahora alza la cabeza. Está demasiado lejos para que pueda verle la cara.

Dejamos una estela a nuestro paso, una franja de agua más tranquila que llega hasta la orilla. Echo un vistazo a la isla y sonrío.

Siento que algo va mal justo un segundo antes de que ocurra. El mástil se inclina demasiado, uno de los extremos de la balsa se sumerge en el agua y el otro acaba levantándose. Andalus se escurre, el mástil se parte y cae hacia adelante. No lo oigo. Abro la boca para gritarle a Andalus, pero no emito nada. Él no reacciona. El mástil cae a lo ancho y lo único que puedo ver es su forma cubierta por la vela, como un sudario, mientras caigo por la borda.

El agua está caliente, más de lo que esperaba. Por un momento, creo que voy a quedarme dormido, que voy a hundirme hasta el fondo, hasta la arena dorada, hasta quedar envuelto por los arrecifes de algas como si fuera un bebé. Aquí se está tranquilo: sin viento, sin el ondeo de la navegación, sin nada.

Desde el agua, veo a Andalus con su capa blanca. Distingo su forma, agachada en la proa, los extremos rompiéndose, centelleando como en un espejismo.

Cuando vuelvo a la superficie, toso, escupo. Sacudo la cabeza y lo primero que veo es a Andalus, que ha conseguido liberarse de la vela y está en la balsa, mirándome. La embarcación se balancea sobre las olas. El mástil está roto sobre la proa. Nado, me agarro a la balsa y,

todavía en el agua, descanso la cabeza sobre los tablones húmedos. Vomito agua de mar y luego cierro los ojos.

Lo oigo moverse. Me tiende una mano. Alzo los ojos para mirarlo, pero el cielo brilla demasiado y no veo bien. Intento subirme, pero resbalo de su brazo. Es como si no estuviera aquí. Desisto.

La marea nos arrastra. Cuando alcanzamos la orilla me echo sobre la arena, agotado. Andalus también está echado, con los brazos sobre la cabeza. La balsa flota en la parte poco profunda. No me muevo durante horas. Cuando lo hago, es para amarrar la balsa a las rocas, coger algo de comida de ella y dirigirme hacia la cueva.

Cuando llego a la cueva, me acuerdo de Andalus. No lo creo capaz de manejar la balsa, pero si lo intentara y tomara el control por su cuenta sería un desastre. Vuelvo y le doy un golpecito en el hombro. Se pone de pie sin mirarme.

Sé que el mástil roto es un simple contratiempo y se debe a un exceso de celo por mi parte. No significa que no pueda hacerse y que esté destinado al fracaso, pero lleva algo de tiempo darse cuenta de esto. Paso dos días acostado en la cueva, yendo a la balsa solamente para conseguir provisiones. Hago dos marcas más en la pared. Las hago muy despacio.

Al tercer día entro en razón. Arreglo el mástil. Es una fractura limpia y la reparo con bastante facilidad. Acabo con un mástil más corto y ligero, algo que no es malo, ni mucho menos. Paso el cuarto día buscando tubérculos y brotes de hierba, decidido a volver a marcharme el quinto.

Dejo a Andalus en la cueva todo el tiempo. No muestra signos de inquietud y pasa la mayor parte del tiempo durmiendo. La tarde del cuarto día, revisando mi botín, calculo que, aunque he echado mano de las provisiones y no puedo recuperarlas en un solo día, aún tengo suficientes para diecinueve o veintiún días de viaje. Eso significa que puedo marcharme por segunda vez cinco días después de haberlo intentado la primera. Vuelvo a sentirme entusiasmado.

La mañana del quinto día es tranquila. La lluvia da una tregua. Cuando llego a la orilla, con Andalus pisándome los talones, recuerdo que no he tenido en cuenta los tiempos de cambio de la marea. Llegamos cuatro horas antes. Podría intentar arrastrar la balsa hasta donde flote, pero la arena es fina, me llevará mucho tiempo hacerlo y me costará unas fuerzas que puede que necesite más adelante. Tendré que esperar. Me siento sobre una roca, pero estoy impaciente. Recuerdo cómo solía sentirme antes de una batalla: opresión en el pecho, pulso acelerado, tendencia a la distracción. Es algo que

aprendes a controlar. Tienes que hacerlo, de lo contrario no durarás mucho. En los momentos previos a la batalla, no puedes perder la concentración. Yo he perdido la perspicacia. Los largos días en tiempo isleño han endurecido mi cuerpo, pero han apagado mis instintos para la lucha. Cierto, puede que ya los hubiera perdido antes. Recuerdo el primer día del juicio. Tora estaba esperando conmigo. No podía estar sentado, andaba de un lado a otro de la sala, sin escuchar lo que ella me estaba diciendo, intentando pensar en lo que yo iba a decir. Se levantó una vez, se acercó a mí. Con impaciencia, levanté la mano para detenerla. Ella se detuvo. Tal vez algo sorprendida. Me arrepentí. Pero también estaba enfadado. Enfadado con mi pueblo. Enfadado con ella. Ya no estábamos juntos, pero ella estaba haciendo todo lo posible para apoyarme. Me coloqué tras ella y la besé en la cabeza. Sus hombros temblaron un poco. No la abracé. Era mi día, no el suyo. Me incorporo y bajo a la playa a ritmo ágil, casi corriendo. Siento que Andalus me observa, pero yo no miro atrás. No puede hacer nada mientras la marea esté baja.

Decido caminar por la isla todo lo que puedo durante la mitad del tiempo que me queda, y luego deshacer mis pasos. Creo que es una forma de despedirme. Desde la llegada de mi compañero, no he tenido tiempo para hacer mis exploraciones, mis paseos de investigación. Su llegada ha incrementado el tiempo que empleo en tareas básicas y ha limitado el que tenía disponible para ampliar mi conocimiento de la isla y de sus criaturas. Es como con la gente, con los que quedan: demasiado ocupados para recuperar nuestros conocimientos. Excepto yo. Nunca estaba lo suficientemente ocupado como para no intentar reconstruir nuestra historia, para no intentar recordar cómo solíamos ser. Me siento resentido por haber dejado que la presencia de Andalus me influya de esta forma, pero era por un propósito más elevado, el de mi regreso, un regreso que ampliará el repertorio de conocimientos y que cicatrizará el pasado un poco más.

Pero primero hago un desvío. Algo que he sacrificado, aparte de mis baños, de mi trabajo, son las visitas al campo de piedras. Ahora voy allí.

No lo he visitado, pero no he dejado de pensar en él, en lo que significa, en lo que significa para mí. Las piedras relucen. Muchas están medio hundidas en el barro. Me arrodillo, acaricio la superficie de una. Es suave. La cojo. Una lombriz rebusca en la tierra donde descansaba la piedra.

Los monumentos sirven para rendirles homenaje a los muertos, para recordarlos. Trato de imaginar las caras y trato de bloquearlas. No es forma de vivir. Igual que los cuerpos, los recuerdos yacen en tumbas poco profundas. Paso por encima de ellas. Mis pies arañan la suciedad de sus rostros.

Le quito el barro a la piedra. Me la llevo a la balsa. Volverá conmigo. Es un gesto, lo sé. Es solo un gesto.

Lo que he visto durante el paseo me entristece. Me entristece por dos razones. Después de haber pasado tanto tiempo sin pisar esta parte de la isla, puedo ver los cambios con más facilidad. Antes, cuando visitaba el mismo terreno una vez por semana, podía ver el avance del agua en milímetros, si es que lo había. Solo me daba cuenta de la diferencia si lo comparaba con el recuerdo del lugar donde había estado semanas antes. De una semana a otra no ocurría gran cosa. Ahora, sin embargo, el cambio es absoluto. Una gran parte de la pared del acantilado se ha colapsado y el agua se ha filtrado por zonas nuevas de la pradera. No verlo durante tanto tiempo ha hecho que el cambio de ritmo parezca más rápido. Aunque, sin hacer cálculos, no sé cuál de las tres posibilidades es: que sea solo una impresión, una ilusión provocada por el cambio en los intervalos entre una observación y otra, que el ritmo se haya acelerado de verdad o que me haya equivocado y la isla esté y haya estado siempre desapareciendo más rápido de lo que parecía. Tanto la segunda como la tercera posibilidad son inquietantes, pero he decidido que no dejaré que me afecte. Después de todo, voy a dejar atrás la isla. Aun así, no me gusta la incertidumbre. No soy alguien que tolere la incertidumbre, las preguntas sin responder.

La otra razón por la que me siento triste es más sentimental. Aunque sea un lugar inhóspito, ha sido mi hogar y me ha nutrido, me ha acogido en su húmedo seno como una madre pegada a su hijo rescatado de una riada.

A cierta distancia, diviso las rocas que hay en la playa. Son como carcasas de un animal marino que vi una vez hace muchos años. Hay quince de ellas. Miro a mi alrededor y puedo ver más incrustadas aún en las paredes del acantilado. Es como si la isla comenzara a mostrar su tesoro. Un tesoro escaso, de hecho. También parecen personas, acostadas boca abajo sobre la playa.

Paso los dedos por la más clara de todas. Está un poco caliente, más caliente de lo que esperaba. Sus rugosidades imitan la piel.

Hay algo extraño en esta escena, la de los cuerpos en la playa. No sé por qué. Me voy con mal cuerpo.

Cuando regreso, la marea está lamiendo la balsa y ya es hora de marcharse. Ayudo a Andalus a subir a bordo, empujo la balsa hacia fuera, me subo a ella, izo la vela y partimos de nuevo. Esta vez no hay brisa fuerte y la vela apenas está hinchada. No hay sorpresas. Nos alejamos de la isla como un par de ociosos, un par de amigos que buscan un día de aventuras. Vuelvo la vista atrás una vez. Veo la playa, los acantilados del norte, mi cueva. La isla es gris, y más oscura

que el cielo. Desde aquí, es un gran lienzo gris y, en el centro, cada vez más pequeña, está mi vida durante la última década, hundiéndose en el mar, como un guijarro dentro de un estanque.

Vamos a la deriva durante días idénticos a este. Comemos, dormimos, pescamos, bebemos. A veces, remo. Es como la vida que llevaba en la isla antes de Andalus, como si hubiera recuperado las rutinas. La balsa flota sobre un mar reluciente. No hay nada más. Ni otras embarcaciones, ni pájaros, ni delfines, ni sonidos. Veo cómo las nubes se reflejan en el mar. Me echo el abrigo sobre la cabeza y puedo oír mi respiración, el agua lamiendo la madera, el aleteo ocasional de la vela. Andalus ronca a veces. Estamos sentados en los extremos de la balsa. Siempre tengo hambre, pero no demasiada. Siempre tengo sed, pero puedo aguantarla. Sé cómo racionarme a mí mismo. Andalus no se queja del racionamiento. No se queja de nada. Está echado con una mano dentro del agua, la otra cruzando su frente. Una pose femenina, la pose de un dandi, de un hombre ocioso. Me enrollo el abrigo alrededor de la cabeza para bloquear esa imagen. El agua, la balsa, el hombre sentado enfrente de mí, un pez de plata, mis manos arrugadas. Pienso en la partida y en la vuelta a casa. Mi respiración se oye aún más en la oscuridad.

Ella está de pie en la orilla. Un brazo a un lado, el otro alzado hacia su frente. Se pone la mano a modo de visera. La palma mira hacia fuera, hacia el mar. Observa cómo me alejo de allí. Ella es la única que me mira. Le devuelvo la mirada: la mujer que amó, pero no lo suficiente.

Vuelvo a verla allí. Ahora es más mayor. Tal vez tenga canas. Otea el mar con la mano sobre la cara. Me pregunto qué hay detrás de ella, en los valles, al otro lado de las montañas, en los campos estériles, hasta llegar a las blancas murallas del asentamiento de Bran y la historia de mi futuro.

Los días de viaje por el mar se vuelven repetitivos. Vuelvo a pensar en la ciudad en ruinas, en la estatua en el fondo del océano. Me pregunto si navego otra vez sobre ella. Me asomo al borde. Pienso en cómo sería deslizarse por esa agua cristalina, respirar agua, nadar como un pez y luego pisar las calles de un asentamiento olvidado hace mucho tiempo con edificios a mi alrededor que ascienden entre la penumbra. ¿Qué encontraría allí? Justo a la vuelta de la esquina de las estrechas calles, en las profundidades de los edificios abandonados, ¿encontraría nuestra historia, nuestros inicios? Dentro de la oscuridad, las formas aparecen. Pasamos por encima de ellas. De nuevo, puedo ver ruinas flotando bajo nosotros. Busco la estatua, miro todo lo lejos que puedo. En la distancia, demasiada como para verlo bien, una sombra aparece cerca de la superficie. Me pregunto si es él.

Durmiendo aún bajo el océano. Centellea y desaparece. Seguimos navegando.

Tres días después cogemos algo de velocidad. Sigo teniendo hambre. También arrastro los dedos por el agua. Intento no mirar a Andalus. Una vez se puso de pie. Le grité. No he gritado así en años. Se encogió de miedo y yo me disculpé. —Es por tu bien —le dije. —Tú siéntate. Llegaremos en unos pocos días—.

Era una conjetura. La brújula me dice hacia dónde ir, pero no sé cuánta distancia hemos recorrido. Los únicos indicadores que tengo son los edificios en ruinas en el fondo del océano. Podríamos llegar mañana, podríamos llegar dentro de una semana. En general, creo que el ritmo es más rápido que la última vez, pero parece que tenemos las corrientes en contra. Puede que en el viaje de ida cogiera una de ellas y me llevara directo a la isla, y ahora estamos navegando en su contra, luchando contra ella. Apuntamos hacia un lado, pero el océano, debajo de nosotros, se mueve hacia otro, hacia la isla más allá del horizonte, esperando absorberme otra vez. Puede que ni siquiera nos hayamos movido.

Pero hoy sé que esto no es posible. Hoy me despierto al amanecer. Puedo sentirlo incluso antes de abrir los ojos. Me quito la camisa. Estiro los brazos y levanto la cara. Me quedo así durante lo que parecen horas. Aquí, sobre toda esta agua, por primera vez en diez años, estoy seco. Los tablones de la balsa empiezan a soltar vapor. Andalus sigue inmóvil.

Tres días después de la aparición del sol, avisto tierra.

5

Llegar a la orilla nos lleva casi todo el día. A mitad de la jornada, empiezo a reconocer la costa y me dirijo hacia una pequeña cala que recuerdo.

Es un paisaje infinitamente distinto al de mi isla. Allí todo es agua, juncos, barro, turba. Aquí todo es luz del sol, piedra rojiza y árboles nudosos, la mayoría de los cuales apenas son más altos que yo. El agua de la cala es de un intenso color azul. Puedo ver el suelo del océano varios metros hacia abajo. Hay bancos de peces y arrecifes de algas sobre la arena blanca.

La cala está resguardada. Las mareas son más suaves aquí y confío en que la balsa esté a salvo. Empiezo a preguntarme cuándo volveré a necesitarla, en qué circunstancias regresaré aquí. Estoy acostumbrado a estar preparado, por eso la pongo a salvo. Meto los pensamientos sobre el regreso en lo más recóndito de mi mente.

No es la playa desde la que partí hace una década. Esa está a medio día de navegación por la costa. En cuanto reconocí la costa, me dirigí a esta cala porque está más lejos del asentamiento. Puedo tomar precauciones para proteger la balsa de los elementos, pero no de la gente. Cuando era alguacil no había nadie viviendo aquí, pero eso era hace diez años. Cualquier indicio de habitación, y me moveré y echaré el ancla en otra zona de la costa. No quiero que corra la voz de mi llegada y llegue al asentamiento antes que yo. No quiero que tengan la oportunidad de preparar una respuesta antes de que yo me haya defendido. Al menos de momento, debo evitar las miradas curiosas, los ojos fisgones. Andalus lo complicará. Resulta difícil esconder a una larva gorda y blanca en un desierto.

Pongo un pie en tierra. Algo me choca en ese momento. Siento la roca seca bajo mis pies. Respiro y saboreo el polvo, el calor, un calor seco. Solo es un olor, solo una sensación, pero mi piel se estremece. Este aire que respiro es el de mi hogar. Amarro la balsa con una sonrisa en la cara.

En cuanto aseguro la balsa, no pierdo el tiempo. Encuentro un hueco entre las rocas y conduzco a Andalus hasta allí. Le digo que espere en la sombra. Le digo que voy a estar fuera un rato mientras

busco gente. Que no vaya a ninguna parte, que no muestre su cara, que se quede en la sombra. Tengo que alzar su rostro para conseguir que me mire. No sé si lo ha entendido, pero le dejo algo de comida y me voy.

Trepo por el acantilado. Voy despacio. No estoy acostumbrado al calor y al sol y he estado echado en una balsa durante tres semanas y con poca comida. Mi corazón late con fuerza. Noto sequedad en el fondo de la garganta, algo que no he sentido desde hace años. Es como si estuviera secándome. Me he empapado durante años en las aguas enfangadas de la isla y ahora todos esos fluidos se están drenando. Soy como una esponja al sol. En casa o no, sigo siendo un pez fuera del agua.

Al llegar a la cima, me siento y descanso durante un rato. No hay nada en millas a la redonda, ni señales de habitación, ni estelas de humo, ni campos de cultivo. Es una zona árida con matorrales: unos pocos árboles, hierba seca, arbustos raquíticos. A lo lejos se ven las montañas, azules en el horizonte. A la izquierda y a la derecha, los acantilados se prolongan hasta donde me alcanza la vista. No esperaba ver a nadie, pero sigue siendo un alivio. Puedo respirar de nuevo.

Veo un águila. Baja en picado hacia las llanuras y vuelve a ascender, sujetando lo que parece ser un conejo o una rata. De repente, siento que se me hace la boca agua. La última vez que comí carne fue en prisión. La captura del águila es una señal de que hay carne. Eso no es habitual. En algunas zonas escasamente pobladas, unos pocos animales salvajes sobrevivieron a la hambruna y a nuestra incansable búsqueda de cosas con las que llenar el estómago, pero no muchos. Y había leyes contra la caza furtiva. Se castigaba a todo aquel que fuera sorprendido rompiendo las reglas. Las raciones de todos los miembros adultos de la familia se suspendían durante dos semanas. Para algunos de los más ancianos esto suponía una pena de muerte.

Era una forma de vida que nos convenía y que probablemente siga haciéndolo en el asentamiento. Cuando la vida se ve amenazada por su entorno, no tiene sentido contrariarla, no tiene sentido intentar llevarla al límite. Mejor controlar la vida que enfrentarse a una fuerza omnipotente. Era la idea que había detrás del Programa, el conjunto de reglas del que nadie quería hablar pero que nos salvó. Nos salvó matando.

Casi puedo oler el fuego, el humo de la leña. Casi puedo oír el crujido de las ramas secas y ver las llamas relucir más que en mi isla. El calor, el olor, el sonido, todo ello de un país seco, lejos de las abundantes aguas de la isla. Puedo oler la carne chamuscada de un conejo. Sé que lo que había capturado el águila era un conejo porque ahora puedo ver su madriguera. Sería arriesgado intentar atrapar un conejo. Lo último que quiero ahora es que me pillen saqueando las

reservas del asentamiento. Pero tengo que hacerlo. Tenemos por delante otros cuatro días a pie y nos quedan pocas provisiones.

Cuatro días. Las montañas que veo a lo lejos están a dos días de distancia y Bran a dos días de marcha desde el paso que tomaremos para cruzar la cordillera. Cuatro días. Parecerán una eternidad.

No puedo ver ninguna señal de presencia humana a mi alrededor, y eso que cubro mucha distancia. Si tengo que buscar comida, este es un buen sitio para hacerlo. Regreso a la balsa, con Andalus. Está sentado con la cabeza gacha, las rodillas contra el pecho. De la balsa, cojo un poco de cuerda y una de mis redes de cangrejos. Servirá para hacer una trampa para conejos.

Pienso en hacer el viaje por la noche, durmiendo de día, para evitar ser detectados. Valoro los pros y los contras de hacerlo: mayor probabilidad de resbalar en la montaña, menor de ser detectados. Sin embargo, el único lugar para esconderse es la montaña. Si dormimos de día aquí, debajo de un árbol o un arbusto, podrían vernos a distancia. Mejor estar despierto y verlos yo primero.

Por la noche, bajo las estrellas, me siento incómodo durante un instante. Andalus y yo comemos bien, nos damos un banquete con carne de conejo y las frutas de un árbol que recuerdo de mi juventud. La inquietud nace de la sensación de que todo ha sido demasiado fácil hasta ahora. No he tenido que esperar mucho para conseguir los conejos, parecían saltar directamente en las trampas, y el único árbol de este tipo en varias millas a la redonda estaba cargado de fruta. Esto quiere decir que sigue sin haber gente en esta zona. No habrían dejado atrás toda esta abundancia.

Esta parte de los territorios del asentamiento nunca fue tan fértil. Ninguna lo era. Es árida, pero al mismo tiempo es muy distinta a como la recordaba. Se trata de una aridez fértil. Tiene el aspecto de estar esperando a la primavera. Está claro que tiene el agua suficiente para que la hierba, los árboles y los animales hayan regresado. Me pregunto si todo el mundo fue así alguna vez, o incluso más fértil. Riachuelos atravesando prados de hierba tierna, las orillas bordeadas de árboles frutales, peces moviendo las aguas. Antes éramos muchos, estoy seguro de ello, y de ser así, ¿habría más sitios como este? Solía preguntarme, y ese pensamiento vuelve a cruzar mi mente, si habíamos buscado lo suficiente. Pasamos años en zonas yermas buscando algún lugar en el que vivir, pero ¿nos asentamos demasiado rápido? ¿Se nos escapó un territorio libre de problemas, sin ruinas inexplicables, con un pasado que recordar? Una tierra llena de gente, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos. ¿Puede que siempre estuviera ahí, a la vuelta de la esquina? Pero no. Todo lo que veía que señalaba hacia ese fantástico pasado estaba muerto. Enterrado. El resto de pistas de otros mundos existían solo a través de rumores y leyendas:

historias de criaturas míticas de un pasado lejano, como la del hombre encerrado en una montaña con un rostro de piedra que tanto significaba para mi gente.

Estos pensamientos no duran mucho tiempo. Hace años que no veo estrellas como estas. No las he mirado así, con esta sensación de asombro, desde que era un niño. A veces solía dormir bajo las estrellas cuando nos lo permitían, cuando no había enfrentamientos, cuando no había humo ni una niebla amarilla y opaca flotando sobre nuestro campamento. Solía echarme debajo de ellas y me imaginaba visitándolas, caminando por unos valles de plata con una arena tan fina como el polvo. Solía imaginar una tierra en la que la noche era perpetua pero cálida, rodeada de muchas más estrellas, muchos más puntos de luz. Solía mirar la luna, sus cráteres, y me preguntaba si había alguien mirándome desde allí.

Aunque esta noche me doy cuenta de que estoy pensando en Tora y en la perspectiva de verla de nuevo. Hay cosas que podrían impedirlo. Hago una lista. Uno. Muero en los próximos cuatro días por un golpe de calor, una flecha de un explorador, un animal envenenado. Dos. Cuando llego al asentamiento no me dejan verla. Tres. Está muerta. Intento calcular la probabilidad de no verla. Resulta muy complicado.

Pienso en nuestro primer encuentro. Estaba empezando a ser evidente que la guerra no estaba teniendo éxito, que estaba diezmando al tipo de personas que necesitábamos para superar las dificultades, a los hombres jóvenes y en buenas condiciones físicas en vez de a los viejos y débiles, a las mujeres y a los niños.

Estaba dirigiendo la guerra desde Bran, haciendo viajes ocasionales para ver a los soldados. En ese momento, acababa de empezar a preparar mi campaña para convertirme en alguacil. Teníamos una especie de gobernador civil, pero yo quería combinar mis funciones con las suyas. Estaba planificando el futuro del asentamiento, exponiendo mi visión de Bran y de Axum, las únicas dos comunidades de las que teníamos conocimiento.

Había discutido la idea en reuniones previas con Andalus y mis colegas más próximos, incluido Abel. Teníamos que convencer a la gente de que aceptara mi plan. Fue más fácil para nosotros, para Andalus y para mí, alejarnos de lo militar y utilizar la política para conseguir nuestros objetivos. Nuestra victoria fue más fácil gracias al apoyo de la otra parte, ya que estaba claro que la idea funcionaría solo si ambos bandos la adoptábamos. Y estaba claro que necesitaríamos líderes fuertes para llevarla a cabo. Me convertí en alguacil de Bran. Él mantuvo su título militar. Nos convertimos en líderes con unos pocos meses de diferencia entre uno y otro.

Unos meses antes, tal vez un año antes de que esto ocurriera, acudí

a una reunión organizada para debatir las implicaciones de la idea. Tora estaba sentada cerca del fondo de la sala. Estábamos presentando nuestros planes a ciudadanos importantes y oficiales militares. Creo que Tora estaba allí en calidad de coordinadora de racionamiento, un puesto administrativo de cierta importancia que rendía cuentas a un general.

Empecé repitiendo los principios del Programa. Iba a haber tres grupos de personas y los grupos serían distribuidos en tres clases. Los administradores, los productores y los niños de edad inferior a los trece años se clasificarían como a, b o c. La mayoría de ciudadanos serían de clase a. Cada clase tendría miembros de los distintos grupos. La clase se determinaba solo dependiendo de si un ciudadano era capaz o no de cumplir su función, ya fuera de producción o de administración. Los administradores, como Tora o como yo, mantendríamos el buen funcionamiento del asentamiento y los productores, como la madre de Tora, cultivarían o fabricarían bienes para su uso en el asentamiento. La clase b se reservaría para aquellos con una incapacidad temporal, para aquellos que mostraran señales de disidencia o de eludir su responsabilidad y para aquellos que estuvieran cerca de la clase c debido a la edad o a una enfermedad. Si un ciudadano no trabajaba o no podía hacerlo, por la razón que fuera, él o ella dejarían de ser útiles, se considerarían una carga y pasarían a la clase c. Los ciudadanos de clase c serían eliminados.

El punto débil del sistema de clasificación era que los administradores serían quienes lo aplicarían. Evité que los grupos ocultaran las debilidades de su familia, de sus amigos o de sí mismos instaurando un sistema a través del cual todo el mundo pasaba por chequeos y era examinado por miembros aleatorios de los otros grupos. Si alguien creía que una persona estaba en el grupo equivocado, me la traían. Si alguien conseguía engañar al sistema no era por mucho tiempo.

Asumí la función de árbitro final. Era el responsable de repartir los nombres entre a, b y c. Era el que tenía que mirarlos a los ojos. Me enfrenté a muchos. A veces me preguntaba qué ocurriría cuando llegara mi hora. ¿Quién me clasificaría? No me obsesioné con ello.

No había caridad para aquellos que no podían trabajar. La caridad se dedicaba solo a los refugiados sanos y a los incapacitados temporalmente.

El castigo por no informar de una degradación potencial a una clase c sería una inmediata reclasificación de ambas partes como c. Fue por esto por lo que apenas tuve que arbitrar. Si alguien enfermaba de gravedad, nadie lo ocultaba. Había una semana de plazo para valorar la gravedad de la enfermedad. Como era de esperar, algunos denunciaban a miembros de sus propias familias, ya que ellos suelen

ser los primeros en detectar la enfermedad. Algunas personas se daban por vencidas. Tres de ellas estaban completamente sanas, pero se negaron a trabajar. No tuve opción. No entendía sus acciones. Sin embargo, los que se daban por vencidos eran en su mayoría ancianos y enfermos, aquellos que ya habían tenido suficiente. Todos murieron.

Durante la época del Programa hubo quince suicidios. Algunos dejaron notas señalándome a mí o a mis ideas. No fueron incluidos en nuestro registro de fallecimientos.

A los ciudadanos tampoco se les permitía marcharse. Todo estaba dividido entre Bran y Axum. Había tanta escasez en el mundo que no podíamos poner en riesgo a nadie, ni a los asentamientos, desperdiciando comida que podía alimentar a nuestras frágiles comunidades.

Era una idea muy simple. El estado del mundo en el que nos encontrábamos y los años de guerras habían dejado unos pocos miles de personas luchando por sobrevivir, y quienes podían mantenernos en los años venideros -los jóvenes- estaban muriendo a diario. Debido a la falta de recursos, solo a aquellos que podían contribuir se les permitía ser parte de los dos asentamientos, los dos asentamientos que construirían un nuevo mundo.

Nunca me pareció una idea especialmente original. Eliminar a los débiles por el bien de los fuertes. A veces, las mejores ideas son tan simples que da la impresión de haberlas puesto en práctica antes. Pero la época exigía esta idea. Adoptarla era un deber para con nosotros mismos.

En cuanto dejé de hablar, Tora se levantó. Se suponía que no iba a abrir la boca. Se la había invitado solo para observar, ya que no era líder de nada. Varios hombres ancianos que había en el auditorio le gritaron, le dijeron que se callara. Pero no se dio por vencida. Reparé en ella en cuanto se incorporó y durante un instante todo se detuvo para mí. Había algo en ella, en aquel momento no supe qué, que hacía que el resto de cosas parecieran insignificantes. No oí mucho de lo que dijo, o no me acuerdo. Lo que sí recuerdo es su voz. Era suave, pero clara y firme. De alguna forma, resistió los abucheos, la desaprobación de los hombres que habían matado por ella y por otros como ella. No iban a convencerla. «Mejor morir de hambre que deshonrarse asesinando a tu propia gente», recuerdo que ese fue uno de sus mensajes. Ese día fue algo emotiva, pero creo que dio una buena impresión, desde luego como persona decidida y valiente. Mientras se la llevaban de allí, me miró. Fue la primera vez que lo hizo. Me miró y me sostuvo la mirada durante lo que pareció un minuto, pero quizá solo fuera un segundo.

Esa fue, creo, la oposición más fuerte que encontré respecto a la idea. Esa, y los gritos de las víctimas y de sus familias.

No los llamábamos víctimas. Los llamábamos mártires. Una palabra de otra época. Alguien que cree en el sacrificio y se sacrifica para salvar a otros.

Una semana después, me encontré con ella en la calle por casualidad. Yo caminaba hacia una dirección, por un lado de la calle, y ella caminaba hacia otra, por el otro lado. También me vio. La verdad es que la saludé con la mano sin darme cuenta. Ella pareció empezar a responder y luego se lo pensó mejor. Un año después, por fin la besé. Un año después, cuando se convenció de la idea. Al menos, se convenció lo suficiente como para no pelear más.

Pienso en Tora y escucho a los grillos, un sonido que no he oído desde hace años. Tardo mucho tiempo en quedarme dormido.

Cuando despierto compruebo que la balsa está a salvo. Dejo la mayor parte del equipo atado a ella. Solo cojo un poco de cuerda, mi cuchillo, mis notas y un recipiente para el agua. No quiero ir cargado. También me llevo la piedra. Es una de las pequeñas, pero es peso suficiente.

Le doy un golpecito a Andalus en el hombro. Se levanta enseguida, coge la comida que le doy y echa a andar exactamente en la dirección correcta, caminando y comiendo al mismo tiempo. Olvido que él también conoce este país. Voy unos pasos por detrás de él.

Pero no puede mantener el ritmo, y después de una o dos horas hemos recuperado nuestra posición habitual: yo al frente, dándome la vuelta cada cien pasos más o menos esperando que me alcance.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, las montañas que están frente a nosotros se iluminan. Puedo ver un valle verde que conduce a la cumbre de una de las montañas. Este es el paso. Con esta luz todo se ve con claridad. Siento que puedo tocar la montaña, aunque aún está a varias millas de aquí. Respiro el aire frío y seco. También puedo sentir el calor del sol que empieza a templar el paisaje, como si fuera una roca echada bajo sus rayos, como si fuera la hierba, las hojas, el silbido del viento.

Este paso es el único camino a través de las montañas. Debo esperar que no nos encontremos con nadie en la otra dirección.

He estado oteando el horizonte todo el tiempo en busca de gente. Mi vista sigue siendo aguda y no he visto a nadie. Pero me sorprende. Me pregunto si ya nos han descubierto y si los observadores tienen cuidado y se mantienen fuera de nuestra vista. Anoche los imaginé justo fuera del círculo de luz creado por nuestra hoguera. Nos contemplaban inexpresivos mientras comíamos y dormíamos.

Caminamos durante el día mientras vemos cómo las montañas se

hacen cada vez más grandes. Acampamos al pie del paso. Esa noche volvemos a comer bien y nos acostamos bajo las estrellas. El país en el que estamos ha cambiado mucho en diez años. ¿Qué más habrá cambiado? Pienso en mi recepción. ¿Tendré la oportunidad de decir lo que quiero, de decirles por qué estoy aquí, por qué he vuelto, antes de que un cuchillo en la espalda detenga mi lengua, antes de que una flecha me perfore la garganta?

Cojo una rama del fuego y doy una vuelta por nuestro campamento. Alzo la rama por encima de mi cabeza. Ilumina arbustos, arena, árboles, pero no personas. La apago y permanezco un rato en el aire fresco. Estoy en una oscuridad completa, contemplando a Andalus a través del fuego. Su cabeza aparece entre las llamas y el humo. Poco a poco, mis ojos se acostumbran a la oscuridad. La noche se abre ante mí.

Estamos más lejos de la cumbre de lo que parece. A media mañana, dejamos atrás los árboles y caminamos, siguiendo los contornos naturales de la ladera, entrecruzando los laterales. El camino de ascenso tiene una caída a nuestra izquierda y un pedregal a nuestra derecha. La imagen de la cima inyecta energía a mis piernas. Pero unos minutos después, mis pulmones están desgarrándose y solo puedo pensar en dónde poner los pies y cómo ralentizar mi respiración. Me detengo, me doy cuenta de que Andalus ha desaparecido. Siento un escalofrío con la brisa de la cumbre. Miro atrás, hacia el camino, cierro los ojos, los abro. Lo veo de nuevo. Le cuesta subir. Espero.

No debo presionarlo demasiado. Si él muriera, si desapareciera, yo no tendría ninguna excusa. Espero hasta que su respiración se ha calmado antes de ofrecerle algo de agua. Se lo bebe todo de un trago. No lo detengo. —Iremos más despacio. No estás hecho para esto. No me gustaría que te murieras antes de llegar al asentamiento —digo suavemente. Me mira cuando digo eso. Parece que medio sonríe, como si sospechara el doble sentido de mis palabras. Es una expresión que recuerdo de antes.

Llegamos a la cima por la tarde. Rodeamos un afloramiento y ahí está. Una enorme llanura se extiende bajo nosotros. Según puedo ver, tiene varios colores: amarillo, rosa, azul, blanco. Las flores silvestres suavizan el paisaje, dándole al aire, parece, un perfume delicado. Estoy impresionado. Nunca he visto flores como estas. Pero las flores no son lo único que puedo ver. En la distancia, tan lejos que no es posible fijar la mirada directamente, hay una columna de humo y una mancha en el horizonte. Ahí está. Este es el asentamiento del que me fui hace tantos años. Lo contemplo durante una eternidad. Andalus se

acerca y puedo sentir cómo me mira. Me giro hacia él un instante y señalo la mancha. La observa sin ninguna expresión y busca una roca donde sentarse.

Me sorprende que no nos hayamos cruzado con nadie. Aunque probablemente estemos aún a dos días de marcha, esperaba que hubiera exploradores, patrullas. Esperaba agricultores y mendigos. Esperaba ver señales de nómadas, gente que optaba por vivir lejos de la seguridad del asentamiento, aunque puede que fueran eliminados en el transcurso de esos años. Tampoco quedaban muchos cuando yo estaba aquí. Pero no hemos visto nada. Nada ni a nadie. Vuelvo a preguntarme si ellos nos han visto a nosotros. Puede que hayan estado acampando en lo alto de esta montaña, aguardando, observando las figuras que se aproximaban poco a poco por la llanura. Puede que estén escondidos detrás de la próxima roca, esperando abalanzarse sobre nosotros.

Descendemos hasta llegar al valle y acampamos allí. Duermo poco en la noche cálida. Imagino que puedo oler a la gente. Humo de leña, carne chamuscada, cloacas, el olor del agua filtrándose por una tierra secada por el sol a través de canales que ayudé a cavar. También imagino que puedo oírlos: voces, respiraciones, incluso risas. Es como si estuviera de vuelta en la isla.

Al día siguiente, caminamos hacia ese punto en el horizonte donde divisé el asentamiento. Caminamos a través de campos de flores.

Pero esto no es el paraíso. Es por esto por lo que luchamos, por tierras como esta. Luchamos y enterramos a nuestros muertos en la tierra de campos como este. La cara hacia arriba, desnudos y abiertos a la tierra. Puede que pensáramos que era una forma de recuperar la tierra. Existen rumores de que antes adorábamos a la naturaleza. Puede que, después de todo, llevemos la tierra en nuestra sangre, que corra por nuestras venas como en un reloj de arena.

Al anochecer, un árbol solitario aparece en el horizonte. Ya hemos dejado atrás las flores y esta parte de la llanura es blanca. Apenas crece nada en este terreno pedregoso. El árbol es una mancha rotunda en el paisaje. A medida que nos acercamos veo que está muerto. Es grande y sigue siendo robusto, pero está muerto. Recuerdo este árbol. Por aquel entonces no estaba muerto. En una de las escasas ocasiones en las que nos vimos fuera de las horas habituales, Tora y yo vinimos aquí. Nos sentamos a la sombra. No hablamos mucho. Se acostó con la cabeza en mi regazo. Le acaricié el pelo. Me acerco y toco la corteza. Es lisa, como el papel. Recuerdo el tacto de su pelo.

Pasamos la noche acampados bajo el árbol. De aquí a las murallas de la ciudad hay cuatro horas.

Partimos a primera hora de la mañana y enseguida empiezan a aparecer cultivos: campos de cebada, de trigo y, finalmente, de maíz, que es más alto que yo. No nos queda otra opción que atravesarlo. El campo de maíz es más oscuro y silencioso. Caminamos durante varios minutos antes de verla. O de creer que la veo. Entre las hojas, escondida entre las sombras, una cara. Un destello fugaz de una cara y un latigazo de las hojas de maíz. Paro, helado. Le tiendo la mano a Andalus, pero él ya ha parado. Espero. Solo hay silencio. Avanzo un metro. Paro. Escucho. De nuevo, nada. De todas formas, poco puedo hacer. Si voy a ser descubierto, que así sea. Sigo adelante.

Un rato después, sin advertirlo, aparecemos de repente fuera del campo de maíz. Enfrente de nosotros hay un camino blanco que se curva en torno al cultivo, y al otro lado hay un huerto de árboles frutales con naranjos. Debajo de los árboles la hierba está alta. Parece suave y es de un color verde tan luminiscente que imagino que aquí el agua tiene que ser abundante. Pienso en la madre de Tora dormitando en la sombra moteada de su naranjo, protegiendo la escasa fruta que conseguía dar. Estos árboles no tienen nada que ver con sus padres. Están cargados de hojas verdes y fruta madura.

Pero más allá del huerto de frutales está lo que buscamos, para lo que hemos venido. Las murallas de madera de la ciudad asoman por encima de los árboles. Las murallas, desteñidas por el sol hasta volverlas grises, son suficientemente altas para impedir que veamos cualquier edificio o tejado. Excepto uno, y este lo conozco. Este es tan familiar que ha quedado anclado en mi mente. Mis oficinas, las oficinas del alguacil de Bran. Siento cómo me late el corazón. Tiro de Andalus por el camino y nos ponemos a la sombra de los árboles. Las murallas vuelven a desaparecer.

Me siento unos instantes para pensar, pero ahora no tengo nada que planificar ni cálculos que hacer. Lo único que queda ahora es rodear las murallas hasta la puerta, tomar la vía principal e ir a la oficina. Allí habrá un oficial, ya sea el alguacil Abel u otra persona, y diré lo que pienso decir, diré algo como «Aquí estoy. Mata a tu alguacil si tienes que hacerlo» y eso será todo. Ese es el alcance del plan. Lo que ocurra después no exige planificación. Necesita una adaptación a las circunstancias.

Me levanto, ayudo a Andalus a ponerse de pie y echo a andar. Estamos justo en el lado opuesto de las puertas de la ciudad. Camino en dirección contraria a las agujas del reloj y asegurándome de que Andalus no se quede atrás. Sigo el camino, pero suficientemente lejos, entre los árboles, como para poder escondernos rápido. En cuanto hemos hecho la mitad del circuito de las murallas, veo cómo el camino tuerce hacia la izquierda, conduciendo a las puertas. Lo sigo,

aún en el huerto de frutales, hasta que calculo que estamos a unos treinta metros de las murallas, respiro hondo y me dirijo hacia el sol. Llevo a Andalus de la mano. A partir de aquí tenemos que caminar rápido, pero no demasiado, y con seguridad, pero sin arrogancia.

Salimos al camino y me doy cuenta de que las puertas están cerradas. Sin embargo, no me detengo porque suelen estar cerradas con bastante frecuencia. Echo un vistazo a las torrecillas sobre la puerta en busca de algún centinela, pero allí no hay nadie, no puedo ver a nadie. Esto es distinto. Me acerco a las puertas. No sé muy bien qué hacer. Al principio dudo, llamo a la puerta. No hay respuesta. Vuelvo a llamar, esta vez más fuerte. Espero. Pego la oreja a la puerta, pero no puedo oír nada. Abro la mano y golpeo la puerta tres veces. Busco a Andalus. Me da la espalda. Está impresionado, contempla las llanuras, contempla las montañas. Empieza a alejarse. Lo cojo por el brazo, le dijo que pare.

Regreso a las puertas. No hay ningún picaporte en la parte exterior. Así que empujo. Coloco mi hombro contra la puerta y doy un empujón, pero no cede. —Bran —grito. —Bran —vuelvo a llamar. Creo que puedo oír un eco. Pego la oreja a la puerta, pero no puedo oír ningún paso. Es media tarde.

Doy un paso atrás, vuelvo a agarrar a Andalus del brazo y me alejo. Camino alrededor de toda la ciudad en busca de alguien que nos deje pasar, alguien que pueda decirme dónde está todo el mundo.

Pero no veo a nadie. A veces, Andalus va por delante. Lo observo. Parece confundirse con la tierra. Es un espejismo por el calor. Sus pies desaparecen. Flota, rodea la ciudad.

Volvemos a las puertas. Lo intento otra vez -toco, llamo- pero no hay respuesta. Me siento, la espalda contra una de las puertas, la cabeza descansando contra la madera. Tiro de Andalus hacia abajo para que me acompañe. Cierro los ojos y espero.

Escucho. Me descubro escuchando las olas, el viento, las gaviotas. No hay nada de eso. Los pensamientos flotan hasta la superficie. Intento escuchar otras cosas para silenciar todo eso.

Al final, me quedo dormido.

6

Despierto con un sobresalto. Hace una hora que ha amanecido. Miro a mi alrededor. Andalus está apoyado contra la muralla, tirado y un poco apartado. A mi izquierda, me doy cuenta de que una de las puertas está ahora entreabierta. Mínimamente, pero abierta, al fin y al cabo. No lo he oído durante la noche, no he sentido pasar a nadie. Estoy sorprendido. Suelo tener el sueño ligero.

La empujo hasta que cede un poco más. La calle se abre ante mí. Las sombras de los tejados se extienden sobre el polvo de la calle. Miro hacia abajo. Hay huellas de pisadas en el polvo. Las casas del lado de la sombra son oscuras, las otras claras, el sol las ilumina. Todas son grises. Madera antigua, envejecida por años de sol, lluvia, viento y tormentas de nieve ocasionales. No hay nadie en la calle. Empujo la puerta abierta y me giro para llamar a Andalus, pero está justo detrás de mí, mirando la ciudad también. Lo cojo por el brazo y cruzamos las puertas del asentamiento de Bran.

Miro a mi derecha y a mi izquierda. Las casas permanecen en silencio. Mi pueblo ha cogido la costumbre de levantarse tarde. Las cortinas de las ventanas que las tienen siguen corridas. Las ventanas que no, están a oscuras. No veo a nadie en las casas.

Pero siento gente. De la misma forma que me acostumbré a hablar, puede que también tenga que acostumbrarme a ver gente de nuevo. Los siento a mi alrededor, en grupos. Si de repente estirara un brazo, podría tocar a una persona. Se mueven a medida que me desplazo por la calle para evitar chocarse conmigo, un océano partido. Me rodean, me miran fijamente. Siento sus alientos en el cuello. No puedo verlos. Al pasar, clavan los ojos en mi espalda.

Y entonces veo a alguien. Está al final de la calle. Una niña. Tiene las manos a los lados y está mirando el suelo. Lleva un abrigo rojo. Hay algo en ella que me asusta. —Hola —la llamo. Ella no responde y la llamo de nuevo. No alza la mirada. La segunda vez se da la vuelta y sale corriendo, desaparece a la vuelta de una esquina. La dejo marchar. Las calles vuelven a estar desiertas.

Camino en la misma dirección. Doblo la esquina y, justo delante, veo el complejo que aloja los edificios administrativos del

asentamiento. Los edificios se hacen más grandes a medida que nos acercamos. Estructuras de madera de dos y tres plantas que, aunque parezcan frágiles, han resistido más de un año. Veo que la puerta del complejo está abierta.

Ahora he acelerado el paso. De nuevo, cojo a Andalus y nos dirigimos directamente hacia la puerta y la cruzamos. Estamos en el patio. A su alrededor hay puertas que conducen a distintas salas, distintos lugares de apelación, salas de juntas, departamentos de permisos. Las puertas tienen las mismas placas blancas que recuerdo, pero el patio está desierto. Aquí suele haber bastante gente, ya sea por un motivo u otro, pero ahora no hay nadie. Está vacío y todas las puertas cerradas. Miro alrededor, suelto el brazo de Andalus.

No es lo que esperaba. Es pronto, pero el asentamiento se levanta temprano y el núcleo de Bran no puede permitirse cerrar nunca. Me acerco a la primera puerta. La señal indica que es el Ministerio de Agricultura. Sonrío. Fui yo el que insistió para que bautizáramos esos departamentos con nombres de cierta categoría. Expresaban un sentido, un propósito. La única oficina verdaderamente importante en este edificio era la mía. Era allí donde se tomaban todas las grandes decisiones. Aunque se denominaba «Ministerio de Agricultura», lo único que se hacía allí era llevar la cuenta de las cosechas y de los cultivos y monitorizar nuestros pequeños rebaños de ganado. En la puerta de al lado, la Agencia de Permisos de Labranza no autorizaba granjas ni regulaba a los grandes proveedores. En lugar de eso, otorgaba permisos a ciudadanos individuales para que se hicieran cargo de cultivos concretos para consumo público en pequeñas parcelas de tierra. Aunque esto era todo lo que hacía, era importante, ya que una licencia suponía, para muchos, la diferencia entre el paso de un ciudadano de una clase *a* o *b* a una clase *c*. Solía haber colas de solicitantes frente a sus puertas, en su mayoría mujeres ancianas, y unos pocos hombres mayores. Recuerdo estar en mis oficinas, asomado a la ventana, contemplando a toda esta gente. Vi a la madre de Tora entre la multitud. Hice que le concedieran la licencia. Era una prórroga, una que inevitablemente no duraría para siempre. Al igual que el Ministerio de Agricultura, la Agencia de Permisos de Labranza está cerrada.

La muerte de la madre de Tora no fue un asunto sencillo, no tan sencillo como pude haber dado a entender. Era muy querida en nuestra ciudad. Cuando se supo lo que le había ocurrido hubo silencio, todo se ensombreció. Tuve que ir a su casa. Fui solo y entré allí. Hice esto porque había aceptado la tarea de decidir quién era clasificado como c. Lo hice para ahorrarles la tarea a otros. No era algo agradable y no me faltaba compasión. Entré y me acerqué a ella, a su cama.

Tenía los ojos cerrados. Le acaricié la mejilla con los dedos. La piel de la gente anciana parece no tener vida, como si fuera arena seca. La suya también estaba fría. Uno de sus ojos se abrió, tembloroso. Me miró con él. Abierto de par en par. No parpadeaba. Lo miré y moví la mano delante de sus ojos. Levantó uno de los brazos y me tocó. Parecía estar intentando mover la boca. Emitió un sonido, pero no era nada. No era una palabra. Un gorjeo. Era miedo. Miedo de mí, el portador de la muerte.

Sabía que tenía medio cuerpo paralizado. Las reglas eran claras. Habría que ahorcarla.

Mandé una carreta a por ella. O, mejor dicho, fui con ella en la carreta. Solo el verdugo y yo. Esta vez no hacía falta que viniera un soldado, ya que no era posible que escapase. Acompañé a todos ellos. Quería que todos vieran compasión antes de morir, que vieran que su ahorcamiento no sería en vano. Era responsabilidad mía.

La levanté de la cama. Era extraordinariamente pesada. Movió la lengua, gorjeó de nuevo. El ojo abierto, su brazo y su pierna buenos se revolvieron. La coloqué en la carreta y la conduje a través de las puertas de la ciudad. El sol ya se había puesto y había luna llena. El verdugo tiró de la carreta. Se escuchó un fuerte chasquido y la carreta empezó a volcarse. Se había partido un eje. Corrí hacia ella, pero era demasiado tarde. Aterrizó de lado y se deslizó fuera. La manta se cayó y sus piernas quedaron al descubierto. Vi las venas y los moratones a la luz de la luna. El cuerpo de una mujer anciana. La incorporé de modo que quedara sentada. Su cabeza se inclinó hacia un lado y la sujeté con mis manos. Ahora respiraba rápido. Sentí un líquido tibio en mi mano. Tenía un corte en la cara por culpa de la caída y sangraba abundantemente. Mucha sangre de alguien que estaba medio muerto. Me limpié la mano en el polvo. La levanté, me la coloqué al hombro. La sentí a través de mi ropa, sentí el latido de su corazón. Una mujer rota, pero con un latido tan potente que podía sentirlo a través de mi abrigo.

Vomitó de camino. Quedé cubierto de ello. Tuve arcadas. Pero no dejé que pudieran conmigo. La llevé hasta los árboles y la dejé allí. —Hazlo —le dije al verdugo. No se movió. Me acerqué a él y le abofeteé la cara con el dorso de la mano. —Es tu deber —le dije. —Esta es tu contribución—.

Oí un gimoteo a mi espalda. Me arrodillé ante ella. Le limpié el vómito de la boca, la sangre de la cara. Quise decirle algo. Quise susurrarle algo que el verdugo no oyera. Quise susurrarle algo que la tranquilizara, que hiciera que lo entendiese, que la hiciera olvidar que estaba ahí preparándola para morir. Tenía algo pensado, pero no pude decírselo. No puedo recordar qué era. No pude decirlo. Tuve que sujetarla. Sus piernas no iban a sostenerla. La cogí por detrás mientras

le ajustaban la soga del cuello. Fue como si ya estuviera muerta, pero podía notar cómo temblaba. La sujeté con firmeza, olí su aroma cálido y de mujer anciana, y luego la solté. Puedo recordar lo aliviado que me sentí de que Tora no estuviera allí, de que no tuviera que presenciar nunca algo como aquello.

Una vez hecho, retiramos el cuerpo de la soga. La colocamos en un saco. Había dos cuerpos del día anterior en sacos. Iban a enterrarlos al día siguiente. No vi dónde la enterraron.

De vuelta en mi oficina, me planté frente a la ventana, a la luz de la luna. Estaba desnudo. Cogí un paño húmedo y me limpié. Despacio, retiré la sangre y el vómito. Estuve allí durante una hora, limpiándome.

Doy un paso hacia atrás y, por primera vez desde que estoy en el patio, alzo los ojos hacia las ventanas. Allí arriba, aunque no estoy seguro, veo una sombra, una figura volviendo a las sombras sigilosamente, fuera de la vista. Miro fijamente durante un minuto, pero no puedo ver nada más. No era más que un destello.

Busco a Andalus con la mirada. Está plantado en el centro del patio. Tiene una postura idéntica a la de la niña, las manos a los lados, cabeza gacha, abrigo rojo.

Sigo alrededor del círculo de puertas. Todas parecen más viejas. Las que no tienen la pintura desconchada, tienen la placa más oscura, pero el complejo parece seguir funcionando como las oficinas administrativas del asentamiento. ¿Por qué dejar los nombres allí si no?

A dos tercios del camino, llego a mi puerta, a la entrada de mis oficinas. Pienso en que he empezado por el extremo final a propósito, que no he ido a mi puerta primero. Me pregunto quién contestará a la puerta y quién es el alguacil. ¿Seguirá siéndolo Abel o habrá sido sustituido? Solo ha pasado una década y era un hombre joven con hábitos ascéticos. Salvo que haya muerto, probablemente siga siéndolo él. Me pregunto cuál será su reacción.

Aunque pueda parecer extraño, no me sentí molesto con él por haber actuado a mis espaldas, ni entonces ni ahora. Ambos éramos políticos y él era más rápido percibiendo los cambios de opinión. Él procuraba alimentarlos, mientras que yo trataba de cambiarlos. Sus argumentos gustaban más. No había duda de que su camino era más fácil, pero yo sabía lo que estaba haciendo. Creía en lo que yo mismo estaba haciendo y también respetaba su opinión. Puede que eso complicara su apretón de manos conmigo cuando me marché. Puede que no haya nada tan poderoso como un hombre que admite la derrota con gentileza. Aunque no es un poder de este mundo.

Le estreché la mano en aquella playa gris y la tenía húmeda, no me miró a los ojos. Junto a él estaba Tora. Su pelo dio un latigazo con la brisa salada.

A veces, lo admito, no sabía muy bien qué pensar de Abel. A pesar de que era mi mano derecha, era casi indescifrable. A veces parecía molesto cuando, probablemente, solo estaba siendo eficiente.

Me pregunto qué habría pasado si hubiera elegido a otra persona como mi sucesor. Me lo he preguntado con mucha frecuencia.

Al menos, esta puerta está bien conservada. Es de un blanco reluciente y hace poco que han pulido la placa, hecha de latón. Simplemente reza «Alguacil».

Levanto la mano para llamar, pero la puerta se abre inmediatamente, como si hubiera alguien esperándome. El hombre que tengo ante mí va vestido con el mismo uniforme que yo solía llevar y luce medallas en el pecho. Ronda mi edad y está canoso. Me mira. No es Abel. No sé si me siento decepcionado.

De todas formas, me resulta familiar. Tal vez solo sea el uniforme, pero creo puede haber sido uno de mis generales durante la guerra. Aunque no puedo ubicarlo ahora mismo. No dice nada, simplemente se queda ahí en la puerta sin expresión, mirándome sin pestañear.

—Buenos días —digo.

Aunque no inmediatamente, el hombre inclina la cabeza a modo de saludo.

He estado pensando en este momento durante mucho tiempo, tal vez más del que creo. Lo he planeado, he planeado qué decir, pero la persona con quien hablaba era Abel, no este hombre que tengo ante mí.

—Estoy buscando al alguacil —digo—. ¿Es usted?

Asiente con la cabeza. —Soy el alguacil Jura—. Siento decepción, pero también algo más. No sabría decir qué.

—Yo soy… —comienzo, luego me detengo—. He traído aquí a este hombre. Se lo he traído para que lo valore.

La mirada del alguacil sigue la dirección de mi gesto. —¿Sí? —pregunta. No es grosero, pero está claro que quiere que vaya al grano y que por ahora no nos reconoce ni a mí ni a Andalus.

—Es el general Andalus —digo. Observo atentamente su reacción. Ninguna. No parpadea.

—Fue general de Axum, tal vez siga siéndolo. Lo he encontrado dentro de nuestras fronteras. He intentado interrogarlo para averiguar su propósito, pero no ha dicho una palabra. Aunque no creo que sus intenciones sean hostiles, no deja de ser un extraño y es una infracción del acuerdo de paz. No solo eso, sino que se trata del propio Andalus, su presencia fuera de Axum y en Bran es una señal preocupante.

Espero a que el alguacil diga algo. Pero no lo hace. Su rostro es impasible. Se limita a mirarme fijamente. Durante un instante me pregunto si está intentando adrede parecer lo más inexpresivo posible.

—Es una señal que debemos tratar de explicar. Su aparición me preocupa mucho. Si ha habido un motín, tenemos que saberlo. Si, como aquí, ha habido un cambio de régimen pacífico —hago una pausa para darle efecto, pero no da muestras de captar la ironía— también tenemos que saberlo. Lo he traído aquí como corresponde a mi deber como persona leal a Bran.

—Andalus—. No es una pregunta, simplemente afirma su nombre.

—Sí, Andalus—. Lo miro fijamente. Hay una pausa larga y el alguacil es el primero en romperla.

—¿Lo ha traído?

Hago un gesto con la mano a mi espalda, sin darme la vuelta, y asiento con la cabeza. —Así es—.

Mira por encima de mi hombro durante lo que parece un buen rato, luego me mira a mí y dice: —No veo a nadie—.

Esta vez me doy la vuelta y señalo a Andalus, que se ha movido hacia la entrada del patio. —Él —digo con impaciencia. —Ese hombre que está de espaldas—.

El alguacil mira hacia la entrada, luego a mí. Hace una larga pausa. Finalmente, dice: —Debe volver a casa, anciano. Está previsto que llueva—.

Después de esas palabras, da un paso atrás y hace el gesto de cerrar la puerta. Durante un instante me pilla con la guardia baja, pero doy un paso adelante antes de que pueda cerrarla del todo. Coloco mi mano contra la puerta y el pie en el umbral. Soy más alto que él. Hablo despacio, con un tono uniforme. —Sabe quién soy, ¿verdad?—.

Se aparta de mí. De repente, su expresión parece mostrar enfado. No responde a mi pregunta. En vez de eso, simplemente dice: —Váyase.

—Debo hablarle de este hombre, de lo que significa—. Sigo empujando la puerta.

El alguacil mira a un lado, como si hubiera alguien allí, fuera de la vista. Parece asentir con la cabeza. —Mañana —dice tras una breve pausa. Después de eso, mueve mi mano y cierra la puerta. No lo hace con irritación. De hecho, es bastante amable. A pesar de todo, me molesta la falta de preocupación por parte del alguacil.

Me quedo mirando la puerta durante un minuto antes de golpearla con el puño. No se abre.

No tengo otra opción que marcharme y volver a la hora prevista. Si el alguacil no me va a atender ahora, puede que encuentre antes a

Tora y tal vez a Abel. Voy a buscar a Andalus, que ha deambulado hasta las puertas del principio, y lo conduzco fuera del patio.

Veo gente en el exterior. Un hombre y una mujer están plantados mirando hacia la entrada del patio como si esperaran la salida de alguien. Cuando me ven, se dan la vuelta. Empiezan a hablar entre ellos.

Ahora también hay más gente en la calle. No mucha, y la mayoría son niños. Corren unos detrás de otros levantando el polvo con los pies de forma que parece que flota en el aire. Busco con la mirada a la niña de antes, pero parece que no está allí. Entre los adultos no hay nadie que recuerde. Nadie me mira.

Esto no es lo que esperaba, en absoluto. Ni reconocido en la calle, ni reconocido por el alguacil nuevo, que no ha expresado ni sorpresa ni preocupación ante las noticias sobre Andalus. Ni segundas miradas. No he sido abordado ni arrestado. No había planeado esto.

La gente comienza a apresurarse, casi a correr. Tal vez porque estoy muy acostumbrado a ello en mi isla, tardo en darme cuenta de que ha empezado a llover. Alzo la cara para recibir la lluvia y puedo notar cómo las gotas limpian el polvo de mi piel. Siento algo. Quiero llamarlo nostalgia, pero es imposible.

De nuevo, tengo las calles para mí solo. Para mí y para Andalus. Vuelvo a cogerlo del brazo y lo conduzco a las profundidades de la ciudad. La lluvia la oscurece, tiñe la madera, cambia el color del polvo del blanco al marrón. Siento el olor de la tierra endurecida liberado por la lluvia. Camino despacio pasando por una casa tras otra. Puedo recordar quién vive, o vivía, en algunas de ellas. En otras, no. Camino por un laberinto de calles. Todo me es muy familiar, pero también ha cambiado. Todo me recuerda a antaño. Hay algunos edificios nuevos, pero son escasos. Aunque la tierra al otro lado de las puertas parece más fértil que antes, dentro de las murallas la ciudad sigue pareciendo yerma. Unas pocas plantas, apenas hay color. Aquí y allá se ve una puerta pintada de rojo, de amarillo, de verde, pero poco más.

Paso junto a la parcela de tierra en la que la madre de Tora tenía su jardín. La silla donde solía sentarse ha desaparecido. El naranjo sigue ahí. En contraste con lo que lo rodea, está exuberante. Me detengo y me refugio debajo de él. Noto cómo las gotas que resbalan de sus hojas aterrizan sobre mi piel.

He pasado la mayor parte de mi vida andando por estas calles, oliendo la lluvia, la madera, el polvo, escuchando el parloteo de los vecinos en las calles. Todo es igual, los edificios llegan a veces a las tres o cuatro plantas, con sus porches de madera, sus escaleras en el exterior, sus balcones. Cada estructura es una obra maestra de ingeniería. Nada especialmente llamativo, con una apariencia endeble y destartalada pero robusto en realidad, y con unos edificios que son

auténticos laberintos de pisos y habitaciones. Están construidos con poca distancia entre sí, para proporcionar cierta sensación de seguridad, inicialmente. El asentamiento pasó de ser un puñado de edificios apiñados como si buscaran calor a una gran ciudad. Pero incluso durante los últimos años, cuando la necesidad de seguridad era menor, cuando la ciudad estaba bien fortificada y la guerra había acabado, seguimos construyendo de la misma manera. Era un consuelo, supongo, en tiempos difíciles.

Además de ser el alguacil de la ciudad, también era su historiador. Dibujé mapas de sus comienzos, de la ubicación de las primeras casas. Hablé con los fundadores antes de que murieran. Clavé una placa en la puerta del edificio más antiguo, otra en la puerta de la primera clínica, otra en el edificio donde estuvo el primer granero. Era, de verdad, el hombre que mejor conocía esta ciudad, el que, me atrevo a decir, mejor sigue conociéndola.

El asentamiento y la isla. Mapas, notas, comienzos. Mi trabajo en la isla es un reflejo de mi trabajo aquí. Aunque lo cierto es que el de aquí inspira una mayor sensación de permanencia.

A veces, lo que mejor conoces es lo que más parece cambiar. Porque lo conoces mejor, de hecho. Percibes los cambios en tu propio cuerpo -arrugas, canas- antes de percibirlos en el cuerpo de un amante, antes de percibirlos en el cuerpo de un amigo. Este edificio con una ampliación, ese con un porche nuevo, aquel con cortinas de distinto color, y el otro que solía ser un edificio ministerial y ahora es un asilo. En sí, eso ya es una gran diferencia.

A veces, lo reconozco, son los cambios en lo que mejor conoces los que más tardas en percibir. Si hubiera detectado las señales antes -el giro de un hombro, el silencio cuando entraba en una sala, el endurecimiento de las sonrisas- puede que hubiera durado más tiempo. Puede que no fuera un gran político después de todo.

Pero ¿habría hecho las cosas de forma diferente? De hecho, ¿habría podido hacer las cosas de forma diferente? Los ciudadanos obedecían mis órdenes fielmente, como los perros. Me seguían como los chuchos porque era el líder, porque les mostraba el camino. Les enseñé cómo vivir, cómo sobrevivir. Venían de todas partes y de ninguna, sin ningún motivo para vivir, hasta que encontraron a alguien que los sacó de la oscuridad y los condujo a un mundo más feliz. Precisamente porque les enseñé cómo vivir, no les importó matar por mí, porque no estaban matando por mí, sino por ellos. Y no eran estúpidos. Todos ellos sabían lo que estaban haciendo. El estúpido fui yo. No tuve en cuenta el lujo de la culpa. En cuanto la supervivencia queda garantizada, la culpa puede aparecer en escena. Y la culpa impulsa el cambio. Error mío. No fui un buen político, en absoluto.

Aun así, amo esta ciudad, a esta gente. También han sido mi vida.

No les guardo rencor.

La lluvia no dura mucho. El sol vuelve a salir. Empieza a subir vapor de la parte superior de las casas.

Respiro profundamente. Ha sido una recepción extraña, tal vez incluso un ligero revés, pero estoy en casa y no colgando de una soga. Rodeo a Andalus con el brazo y le aprieto los hombros. Parece sorprendido.

Tengo hambre, no he comido nada aparte de las dos naranjas de la noche anterior. Decido tratar de encontrar las antiguas cocinas. No tengo tarjeta ni asignación de racionamiento y tendré que confiar en la compasión del cocinero. Por supuesto, hay una razón adicional por la que ir a las cocinas. Allí espero encontrar a Tora.

A medida que camino por las calles, me encuentro escudriñando caras, buscando una familiar, buscando unos rizos castaños cayendo sobre sus hombros, la cintura esbelta, el andar resuelto. Creo que la reconocería, aunque no pudiera verle el rostro, aunque, como dice un cuento infantil, hubiera perdido su cara. Está incrustada en mí. Sin embargo, intento imaginar su rostro y no puedo. En la isla podía recordarla, pero aquí, estando más cerca, se ha desvanecido. Su rostro era tan familiar como el mío, pero tampoco puedo describirlo de forma clara, ya que durante los últimos diez años solo lo he visto en el reflejo del agua. Pero conozco su caminar, su paso, su forma de sacudir la cabeza para que los rizos no le taparan los ojos. También recuerdo sus ojos, a pesar de no recordar toda su cara. Recuerdo la sonrisa. Su sonrisa. Nunca era completa, nunca era del todo feliz, y aun así tenía poder sobre mí. Seguí buscándola durante todos esos años que estuve con ella, busqué las arrugas en los extremos de su boca, su hoyuelo, la timidez con la que apartaba la mirada cuando sonreía. Puedo recordar todo eso excepto su rostro.

Su sonrisa era una obsesión para mí. Era capaz de dominarme con ella, no sé si a propósito o no. Si durante una de las visitas no la veía, esperaba ansioso la siguiente, y la siguiente. Lejos de ella era un líder, a su lado un simple niño.

Ahora hay más gente fuera, pero sigo sin haber reconocido a nadie y nadie me ha reconocido todavía. No entiendo por qué. No es posible que la gente haya olvidado.

Soy un extranjero en mi ciudad. Es como si estuviera en mi propia casa pero después de que alguien haya entrado y reubicado los muebles, y en la planta de arriba, en el dormitorio, hay una mujer durmiendo a la que no había visto jamás.

No tenemos que caminar mucho hasta llegar a las cocinas. Todos los edificios principales son muy céntricos. Los quería, en la medida de lo posible, cerca del centro y cerca del ayuntamiento. Mi propio instinto de manada, supongo. Doblo una esquina y allí está. No ha

cambiado nada. Puedo oler la comida aun estando a cincuenta metros. Me quedo allí un minuto más. Aunque estoy hambriento, sé que es la hora en la que Tora solía trabajar. Pienso qué decir. Decido no planear las palabras exactas. Decido dejar que sea ella la que diga las primeras palabras. Me acerco al edificio, pero no entro. Camino alrededor, mirando a través de las ventanas. Dentro puedo ver bancos y unas pocas personas sentadas. Hay mujeres moviéndose a su alrededor, llevando y trayendo fuentes de comida y tazas con líquido. Muy diferente a como solía hacerse.

Algunas caras son familiares, pero sigo sin saber el nombre de nadie. Y no hay rastro de Tora. No sé si siento alivio o decepción. Aunque no saque nada más de este viaje, para mí es importante verla de nuevo. ¿Qué encontraré detrás de la puerta si la abro? He tenido años para olvidarla. No quiero volver a tener que hacerlo. Pero sé que la encontraré. De hecho, si soy sincero conmigo mismo, es una de las principales razones por las que he vuelto: para encontrar a la mujer que amo, para hablar con ella un rato, para hacerle preguntas, preguntas cuyas respuestas he buscado durante diez años. Puede que para intentar arreglar algo roto, algo a lo que dediqué varios años de mi vida.

Empujo la puerta para abrirla y entro con Andalus. Espero que se haga el silencio en ese momento, pero no es así. Nadie levanta la vista de su plato. Nadie mira, excepto una de las mujeres que sirven. Detrás del mostrador, en el extremo, la veo mirándome. No sé qué hacer, si los procedimientos son los mismos. Me pregunto si debo tomarme la confianza de sentarme y esperar a que me den de comer, si debo explicar nada más entrar por qué no estoy en la lista para comer, o si simplemente debo esperar hasta que venga alguien y me siente en alguna parte. En mi época se hacía cola, tachaban tu nombre del registro, te sentaban en uno de los largos bancos de madera y te daban comida. Pero aquí no hay ninguna cola. De repente, tengo a la mujer enfrente.

—Hola —dice. Sonríe.

—¿Quieres sentarte?—. Señala una mesa vacía. Me mira a mí, no a Andalus. Ha pasado tiempo, pero ahora me acuerdo de los rituales. La sonrisa de bienvenida para el extranjero, que no es ni una invitación ni un rechazo.

—Gracias —digo. Tomo asiento y ella se va. No hay mucha gente. Tenemos una mesa grande para nosotros solos. Hay dos hombres sentados en la mesa de mi izquierda y están inmersos en una profunda conversación. A mi derecha hay una mujer con su hija. Está dándole de comer. La niña no me quita los ojos de encima.

Escucho la conversación a mi izquierda. No es sobre nada importante -el tiempo y la cosecha-, al menos no a simple vista. Pero

estos hombres parecen estar esperando una cosecha abundante y hablan sobre la mejor manera de emparrar vides. Esto es lo más interesante de todo. La última vez que estuve aquí solo existía una forma de emparrar vides, ya que lo único que nos importaba era la cantidad de fruta y nada más. Hablan de cómo los métodos de cultivo afectan al sabor de la fruta.

Estoy satisfecho, orgulloso de hecho. Las regulaciones que establecí, esas leyes estrictas, parecen haber cumplido su función. Empiezo a ser consciente de que los controles y la supervisión del racionamiento y de los cultivos están desapareciendo, aparentemente en respuesta a una mejora de la producción y a una mayor cantidad de comida. Mis reglas han salvado al asentamiento de la hambruna. Era un proceso que podía observar durante mi época como alguacil, pero me sorprende lo lejos que parece haber llegado, los campos de maíz y de trigo, el huerto de naranjos y ahora esta charla sobre cosechas de uva abundantes.

Su conversación se detiene. Esperan unos pocos segundos antes de sacar otro tema. Supongo que no se conocen muy bien.

Los interrumpo. —Disculpadme —digo—. Vuestra conversación sobre vides. He estado fuera durante un tiempo. ¿Cuándo habéis empezado a preocuparos por el emparrado?

—¿A qué te refieres? —responden bruscamente.

—Hace diez años cultivábamos las vides de una sola manera.

—No estábamos aquí hace diez años. Él lleva siete años aquí, yo cinco.

Refugiados, creo. Hago un gesto con la cabeza para darles las gracias. Pero hago otra pregunta más. —Habladme del alguacil. ¿Cómo se llama?—.

Ambos se giran hacia mí con expresiones severas. —Un buen hombre —dice uno de ellos. Después de esto, se levantan y se marchan.

La mujer aparece detrás de mí y se inclina sobre mi hombro, de forma que siento su olor. —No les hagas caso. No son muy habladores —susurra. Coloca un bol de sopa delante de mí y una taza con un líquido rojo. Sin querer parecer sorprendido, le doy las gracias y se marcha. Tomo un sorbo del líquido y descubro que es vino. Es algo que nunca estuvo disponible libremente a lo largo mi vida. De vez en cuando descubríamos un alijo de botellas enterradas bajo algún sitio en ruinas. La mayoría era imbebible. A veces, alguna tenía buen sabor. Era dulce. Bebía una botella al año más o menos y nunca se repartía en las cocinas. Algunas pocas botellas tenían etiquetas. Tenían palabras que no conocía, imágenes que no podía descifrar. Beber ese líquido era como beberse otro mundo.

Me doy cuenta de que no le han servido comida a Andalus. Me resulta extraño, pero estoy demasiado distraído con la comida que tengo delante como para darle muchas vueltas. De todas formas, le digo que debería pedir comida si quiere un poco. No da ninguna muestra de haberlo oído.

La sopa está caliente y acabo rápido. A continuación, un plato aparece delante de mí. Es un gran montón de carne y verduras. No digo nada y me limito a comer y a beber. El vino enciende mis mejillas, la comida me calienta. Estoy sentado en el banco, me encuentro sonriendo y sigo diciéndome a mí mismo «Estoy en casa, estoy en casa». Sonrío para mí mismo mientras la gente a mi alrededor come, bebe, habla y ríe.

En cuanto termino, miro a mi alrededor para ver qué hacen los demás. No han apuntado mi nombre. Me doy cuenta de que la gente se levanta. Van directos a la puerta y se giran para despedirse de las camareras. Yo también me levanto. Paso junto a la mujer al salir de allí. Me planto frente a ella. —Gracias —digo. Hago una pausa.

—Elba —responde con una sonrisa.

Sonrío y asiento con la cabeza. —Gracias, Elba—.

Fuera, me siento en un banco con Andalus y me inclino hacia adelante, la cabeza entre mis manos.

La gente anda a nuestro alrededor, ocupándose de sus asuntos. Me sigue sorprendiendo que haya tan poca gente, pero puede que todo el mundo esté trabajando en los campos. Los niños juegan en la calle. Nadie dedica una segunda mirada a dos hombres ancianos en un banco de la plaza de la ciudad.

La plaza de esta ciudad tiene una historia. Es amplia y está rodeada por todas partes de edificios de madera, uno de los cuales es la cocina. Usábamos el espacio para celebrar reuniones públicas. Al fondo, es un escenario. Recuerdo estar ahí un día. La plaza estaba a rebosar. Creo que todos los ciudadanos en buenas condiciones físicas habían venido a escuchar. Había tanta gente que el polvo que habían levantado aquellos miles de pies flotaba ahora en el aire, sobre sus cabezas. Yo estaba por encima de la nube de polvo, mirando a mi pueblo. Hice una pausa para tomar aliento y un sorbo de agua. No se movió nadie. No hubo un solo sonido. Fue entonces cuando supe que los tenía en el bolsillo. Sonreí para mis adentros. A modo de conclusión, dije:

—Hubo un tiempo en el que fuimos poderosos, en el que no nos enfrentábamos. Volveremos a ser fuertes. No sucederá mañana ni el año que viene, pero pronto, pronto seremos suficientemente fuertes para que esto no vuelva a pasar jamás. Aquí no hay lugar para la

culpabilidad. No lo hay. Lo más humano que podemos hacer es garantizar la supervivencia de nuestros hijos. Lo más humano que podemos hacer es garantizar la supervivencia de una forma de vida civilizada.

Nadie aplaudió cuando acabé, pero no lo necesitaba y no hubiera sido apropiado. Mi victoria era inevitable. Había roto una barrera y ahora veríamos en qué consistía el plan, para bien o para mal.

La audiencia se habría dado cuenta de que muchos de ellos acabarían ahorcados. Todos se habrían dado cuenta de que tanto ellos mismos como las persona a su lado o detrás de ellos acabarían colgando de una soga como criminales. Hubo silencio.

Muchos agacharon la cabeza. No se miraron unos a otros. Cuando empezaron a irse, fue como si cada uno de ellos se marchara por separado. Ya no había grupos ni familias. Todo el mundo estaba solo. Sabían que era necesario. Sabían lo que habían hecho.

A veces me preguntaba si mi pueblo quería saber del pasado, si quería saber que todas las pruebas señalaban a que nuestra gente había sido mucho más poderosa, mucho más numerosa y tecnológicamente más avanzada de lo que éramos ahora. O si solo estaba interesado en lo que tenía que hacer para llevar una vida más fácil, lo que tenía que hacer para saber de dónde sacar alimentos y cómo sobrevivir en un clima duro. Moderé mis historias de ruinas, de barcos y embarcaciones gigantescos, de papeles con textos que nadie podía leer, en favor de detalles sobre la asignación de comida, la rutina, las reglas del Programa. No les interesaba la poética del pasado, en cómo podía hacernos desear un nuevo futuro. Pero siempre supe que ambas cosas eran importantes: los hechos y las historias. Solía pensar que mi pueblo estaba sobrepasado por la culpa y no quería mirar más allá del aquí y ahora. Puede que los hubiera subestimado.

Andalus se ha quedado dormido al sol. La baba resbala del lateral de su boca.

Debo encontrar a Tora. El apartamento en el que vivía queda cerca de allí. A decir verdad, nada queda lejos de aquí. Despierto a Andalus, deambulamos por la parte trasera de las cocinas e inicialmente nos dirigimos hacia el sur. La segunda a la derecha, la primera a la izquierda, todo recto y a medio camino ahí está, un edificio de tres plantas, muy parecido a los que hay alrededor pero especial para mí. Encuentro otro banco para Andalus y le digo que espere. Se sienta sin emitir ninguna queja. Me sorprende que sea tan dócil en el hogar de su antiguo enemigo, pero ahora mismo no tengo tiempo para pensar en ello.

Me acerco al edificio y voy por el lateral. Allí, subo por las

escaleras exteriores hasta llegar al tercer piso. Crecen hierbajos en las grietas. Todo está exactamente igual a como lo recordaba. Avanzo por el pasadizo exterior, hay seis puertas hasta llegar a la suya. Número treinta y siete. El número sigue ahí, pintado de la misma forma. La puerta es amarilla.

El sol de la tarde la hace relucir. Alzo la mano y llamo dos veces. Mi corazón late con fuerza. Tengo la boca seca. Me siento como un niño.

No oigo nada y vuelvo a llamar. Esta vez, sin embargo, oigo pasos y una voz, una voz sin apenas aliento que dice: —Lo siento, ya voy, estaba lavándome…—. Y la puerta se abre y la voz no es suya, sé que no es Tora. Pero me sorprendo al ver a la mujer de la cocina, Elba, plantada frente a mí, con el pelo mojado aún. Debe de haberse marchado poco después de que yo lo hiciera. —Oh, eres tú —dice. No parece tan sorprendida como yo.

—Hola —digo—. Lo siento. No pretendía molestar. No sabía que vivías aquí. Estaba buscando a alguien.

Mira con expectación, pero yo dudo. —¿Y? —dice—. ¿Has encontrado a esa persona?

No entiendo lo que quiere decir.

—Solía vivir aquí —digo—. Trabajaba en las cocinas, como tú. ¿La conoces?

Ladea la cabeza. —No creo. ¿Hace cuánto que vivió aquí?

—Puede que hace diez años, tal vez menos. No lo sé —hago una pausa—. Estuve fuera un tiempo.

—Qué extraño —dice—. Llevo aquí once años y el piso estaba vacío cuando llegué. No sé muy bien durante cuánto tiempo.

Me doy cuenta de que tiene que tener mal las fechas. A veces resulta difícil separar los años en este lugar. A veces parece que ha pasado un año cuando en realidad solo ha sido una estación. Pero sé que yo no me equivoco.

Se lo pregunto otra vez. —Se llama Tora. Puede que la conocieras.

—Lo siento.

—¿Llevas trabajando en las cocinas desde que vives aquí? Si es así, puede que os hayáis cruzado.

—Tal vez nos conocimos y lo he olvidado. La gente suele olvidar cosas muy extrañas.

Le sonrío. —Ella es difícil de olvidar.

Inclina la cabeza pero no responde nada.

—Tengo que preguntártelo —digo—. ¿Sabes quién soy?

Me mira con lo que creo que es una sonrisa. —No te había visto

nunca.

Es una respuesta bastante extraña. Durante un instante me pregunto si puede estar ligando conmigo. Lo intento de nuevo. —¿No te resulto familiar?

—Estoy segura de que no me habría olvidado de ti.

Doy un paso atrás, bajo la luz del sol. Me pregunto cuánto he cambiado. Parece que tendré que buscar a Tora y a Abel en otra parte. —Siento las molestias —digo.

Ella sonríe y cierra la puerta suavemente.

Andalus está donde lo he dejado. Le doy un toque en los pies. Ya ha atardecido. Aunque no he encontrado ni a Abel ni a Tora, no hay mucho que pueda hacer esta noche. No tengo dónde dormir y tenemos que buscar refugio. Soy un sin techo en una ciudad que debería ser mía. Podríamos ir a la arboleda de naranjos, pero no quiero volver a encontrarme las puertas cerradas. Me planteo buscar al alguacil y preguntarle si hay algún lugar donde pueda quedarme. También pienso en la mujer que vive en el piso de Tora, pero eso no sería apropiado. Decido deambular por la ciudad a ver si encuentro una casa abandonada o algún otro refugio.

Camino en dirección al complejo administrativo. Después de unos pocos minutos, recuerdo un callejón que podría servirnos. Antes de llegar al complejo, voy hacia la derecha, hacia un pasadizo estrecho. Gira a la izquierda y se extiende varios metros antes de ensancharse formando un pequeño patio. No conduce a ninguna puerta. Al no tener ningún tipo de tráfico, puede ser el mejor sitio para refugiarse, al menos hasta que haya puesto las cosas en orden por aquí.

Hay montones de muebles y de cajas contra dos de las paredes. Hay una lona, y la coloco sobre varios de esos montones.

Saco la piedra de mi bolsa y la escondo en un rincón.

Andalus gatea para meterse en el refugio cuando le hago señas para que entre. Se acuesta y se tapa con varios papeles. Mientras gatea por el espacio entre la lona y la pared, me doy cuenta de que es un gran escondite. A unos pocos pasos de distancia, siempre que no se haga ruido, sería imposible saber que hay un hombre enorme en las sombras. Le digo que esté en silencio, aunque a estas alturas me he dado por vencido y no espero una respuesta, y entro después de él.

Me quedo despierto durante un rato escuchando la suave respiración de Andalus. He pasado un día entero en mi ciudad. Nadie me ha reconocido. Nadie me ha mirado por segunda vez, ni a Andalus, a pesar de lo que destaca. Un hombre que es como una montaña grande y pálida entre personas morenas, sencillas, cercanas a la tierra. Incluso el alguacil, que debería estar más al tanto, no reaccionó

cuando me vio. Y, aunque me contuve y no dije quién era, él debería haberlo sabido. Soy yo quien trajo estabilidad a esta ciudad, y solo hace diez años que me exiliaron. Me habría conocido. ¿Tan poca memoria tiene la gente? ¿Han optado por no ver? Es ligeramente perturbador, aunque sigue siendo mejor que ser arrastrado a la horca mientras grito mi historia, mi excusa, a quienquiera que escuche.

¿Y Elba? Hay algo que no está bien. Solo somos unos pocos miles de personas. No olvidas a alguien que vivía en el piso antes que tú, que tenía el mismo empleo, que tiene tu misma edad. O tenía.

Abel y Tora. Él me desterró. Ella me hizo volver. Los encontraré.

7

Despierto justo antes del amanecer. Andalus me ha rodeado con un brazo. ¿Qué siento por él, este hombre, este espectro? La verdad es que siento cada vez menos. «Sentir» no es la palabra correcta. Al principio sentí cosas. Me asusté durante un tiempo, luego sentí compasión, y luego ira. Durante nuestra estancia conjunta en la isla, estuve balanceándome entre la simpatía y la compasión y la aversión por su intromisión y su negativa a hablar. Aunque la ira siempre estuvo teñida de culpa. No solo era consciente de que quizá todo por lo que había pasado, fuera lo que fuese, lo había destrozado, sino que también me daba cuenta de que era mi excusa, mi pasaje para salir de la isla. Su negativa a comunicarse, más allá de las expresiones faciales más simples, me resulta útil en varios aspectos. Puede que si hubiera contado la verdad, si hubiera soltado su historia, yo no habría sido capaz de justificar la marcha de la isla y el viaje para llevarlo al asentamiento. Su silencio me ha sido útil. No ignoro mis motivos. Pero tengo que hacer que hable. Y pronto.

Acostado en la penumbra, me pregunto cuándo me reconocerán, cuándo reconocerán lo que soy, lo que fui. ¿Quién será el primero? ¿Quién levantará los ojos de su cuenco de sopa y me mirará? ¿Tendrá la mandíbula apretada, el ceño fruncido? ¿Se hará el silencio a mi alrededor sin yo darme cuenta, inmerso en la comida caliente y el vino, y al levantar la mirada descubriré una hilera de hombres con los ojos negros clavados en su antiguo alguacil? ¿Quién será el primero en coger una hoz y acercarse a mí, a gritarme, a matarme?

¿O será algo más amable, un destello de reconocimiento en los ojos del alguacil, una ceja alzada y un «Oh, eres tú»?

¿O será Tora la primera que me reconozca? Si puedo encontrarla, estoy seguro de que será ella. No puede haber olvidado. No olvidas a un hombre con el que has compartido cama durante casi media vida. No olvidas a un hombre que te ha mantenido. No olvidas a un hombre que ordenó que ahorcaran a tu único pariente vivo.

Me perdonó por aquello.

Tenía que perdonarme. Las leyes lo dictaban.

Además, fue ella la que vino a contarme lo de la incapacidad de su

madre, fue ella la que se hizo a un lado para que acudiera el verdugo.

La perdoné por aquello. Tenía que hacerlo. Fui yo quien la obligó a abandonar a su madre, quien la obligó a traicionar a quien quería.

No le di muchas vueltas a por qué lo había hecho. Es lo que todo el mundo hacía. Pero Tora era distinta. Fue ella quien había dicho «Mejor morir que deshonrarse asesinando a tu propia gente». Debí haberle preguntado por qué. Debí haber pensado más en sus razones para hacerlo, en lo que había detrás de sus imperturbables ojos. Hay muchas cosas que debería haber hecho. Ahora solo puedo adivinarlo.

Vuelvo a pensar en aquella noche, cuando la abracé, cuando vino a mí justo después de la muerte de su madre. ¿Susurró algo? ¿Me dijo «Ya ha sufrido bastante, habría querido liberarse»? Creo que sí. Oí algo. Puede que solo fuera el viento levantando el polvo de las calles.

Tardó cuatro días en venir a contármelo. Más tiempo del que debería haber tardado. ¿Qué ocurrió durante aquellos días?

No me creo que Tora fuera como el resto. Ella no. Fría. Débil. Quiero creerlo. No puedo no creer que tuvo algún otro motivo, alguna explicación. No pude haberla convertido en eso. Haberla echado a perder.

Aparto el brazo de Andalus y gateo para salir del refugio. Me sigue, bostezando. Le digo que se quede en el refugio. No se mueve y tampoco me sigue cuando me marcho por el callejón. Más tarde me lo llevaré conmigo, pero por ahora es mejor que vaya solo. Puedo moverme más rápido sin él.

Iré a casa de Abel. Si alguien puede rectificar la situación actual es él. Tengo curiosidad por saber por qué ya no es alguacil. Aunque es un puesto electo, no establecimos periodos de elecciones. La muerte o, según parece, el destierro eran los motivos para celebrar nuevas elecciones. Cuando una sociedad se enfrenta a un problema grave que amenaza su subsistencia, no se preocupa por la sutilidad de las visiones políticas, no se preocupa por quién tiene más razón, quién es mejor moralmente. Solo piden un líder fuerte, un líder con una visión y una conciencia claras. Tampoco es necesario que gasten su energía discutiendo unos con otros sobre nimiedades como los periodos de elecciones. Nuestro pueblo no está acostumbrado a los cambios y Abel era perfecto para relevarme, para mantener vivo durante muchos años el legado que creé. Fuerte, directo y conservador, debió de ser justo lo que esta ciudad necesitaba.

Pero la gente cambia. Ya he visto muestras de ello. Puede que con el alivio de las cargas a las que tenían que hacer frente, tengan más tiempo para reflexionar, más tiempo para estar insatisfechos, más tiempo para cambiar de parecer. Sin embargo, estoy seguro de que

Abel no se habría ido sin pelear.

Recuerdo su casa con mucho detalle, las paredes con la misma madera gris desteñida del resto de edificios, reforzadas aquí y allá con pegotes de barro cocido. Solía pasarme por allí durante mis paseos diarios por la ciudad. Iba desde el ayuntamiento hasta la puerta principal, y luego en dirección contraria a las agujas del reloj. Tardaba una hora y media en recorrer las cinco millas. Menos espacio que el de mi isla. Su casa estaba a tres manzanas en dirección contraria, apartada de las murallas, la entrada por un pasadizo estrecho. A veces, cuando pasaba por allí, solía mirar la única ventana visible desde la calle.

De vez en cuando veía a Abel por la ventana, o entrando y saliendo. Solía saludarle. Rara vez me paraba. Pasábamos todo el día juntos y no nos hacía falta hablar más. Hacia el final, una vez, también vi a otros oficiales allí. Era tarde. Estaba oculto en la sombra de la pared y creo que no me vio nadie. Cuando los invitados se fueron, quedó enmarcado por la luz de la entrada. Me moví y mis pies hicieron crujir la grava del suelo. —¿Quién hay ahí? —gritó. No respondí. Aunque miraba en mi dirección, sé que no me vio. Si lo hubiera hecho, me habría saludado. Los conocía a todos, al fin y al cabo los había nombrado yo, así que ¿por qué no me hice ver? Aunque no dejé que la idea aflorara entonces, lo sabía. La sospecha se asentó en mi médula. Aquella noche comenzó todo, meses antes de que ocurriera nada, meses antes de que me arrestaran.

Creo que quería asustarlo un poco, aunque por supuesto todavía no era consciente de por qué. Quería que tuviera miedo de las sombras, de lo que podía haber ahí fuera. Pero solo la gente con imaginación puede sentir miedo y siempre he tenido la sensación de que era algo que le faltaba. Era yo el que imaginaba una vida mejor. Él ejecutaba órdenes. No puedo decir que su conspiración fuera imaginativa. Oportuna sí, imaginativa no.

A medida que camino alrededor de las murallas de la ciudad, miro por encima de mi hombro para ver si hay alguien mirando y arrastro los dedos por las paredes de madera. Solía hacer esto a veces. Me gusta el tacto, la sensación tangible de que lo que estas paredes contenían dependía de mí. También me gustaba que cada vez que pasaba los dedos por la pared, caían al suelo fragmentos, astillas. Cada vez, se destruía una pequeña parte de la pared. Es el instinto de quien tiene miedo a las alturas: no quieres, pero te sientes atraído hacia el borde, sientes la necesidad de saltar.

Nunca vi a Tora salir de esa casa.

Casi sin darme cuenta, llego hasta allí, estoy en la entrada del callejón. Miro por la ventana, pero una sombra la cubre y no puedo

ver nada. Voy por el callejón y llamo a la puerta, con fuerza, tres veces. No hay respuesta. La puerta se agita en sus propios goznes. No me costaría mucho derribarla de una patada.

Me inclino para intentar ver a través de la rendija de la base de la puerta. Miro a través de la cerradura, pero está cerrada y solo puedo ver un débil destello de luz. Una llave en su interior tal vez. Me quedo allí esperando. Espero durante cinco minutos o más. Pego la oreja a la puerta y esta vez llamo con más suavidad.

Me doy cuenta de que hay un hombre en la entrada del callejón. Es anciano. Tiene los brazos a los lados. Me mira. No parpadea y tiene la boca abierta. Me incorporo. Doy un paso hacia él. Yo también tengo la boca abierta. Doy otro paso más y él da media vuelta y echa a correr. Lo observo desde la entrada del callejón. Corre como un hombre anciano. Respiro hondo, sonrío y corro tras él. Me obligo a mí mismo a no hacerle daño cuando lo atrape.

Es mayor, pero no tan lento como creí que lo sería. Siempre que creo que ya lo tengo, desaparece a la vuelta de otra esquina. Zigzaguea entre los edificios. No le grito. Sabe que lo conozco.

Hago un esfuerzo por reprimir la ira que empiezo a sentir.

Doblo la esquina y choco contra un hombre. Caigo redondo. Tiene un brazo rígido, extendido. Este hombre no dice nada. No puedo ver. Estoy aturdido, pero tengo la impresión de que se limita a mirarme tirado en el suelo. Luego se aleja. Me incorporo despacio, primero de rodillas y luego de pie. Lo llamo. —¡Tú! —grito. Finge no haberme oído. Me apoyo en la pared y recupero el aliento.

Se me ha escapado el otro, el hombre anciano, el juez, la persona que, bajo las órdenes de Abel, me desterró del asentamiento de Bran.

Camino de vuelta a la casa de Abel. Me sorprenden mis sentimientos cuando he visto al juez. No es alguien a quien haya culpado de mi destierro y no sé qué hubiera hecho si lo hubiera atrapado.

Sin embargo, me siento satisfecho. He visto a alguien del pasado, alguien cuyo nombre sé y que no solo reconozco vagamente. Está aquí. Y estoy seguro de que me ha reconocido. Por ahora, es suficiente.

Con una pequeña cojera, camino hasta llegar a la sombra que crea la pared próxima a la casa de Abel. Hay un banco y me siento a esperar que vuelva a casa, o que salga de ella.

Pero no ocurre nada. Nada en absoluto. La calle está en silencio. Cuando pasa alguien, a veces me echa un vistazo y aparta la mirada rápido. Es fugaz, pero no me lo estoy imaginando. A veces no parecen

reparar en mí siquiera. Unos pocos niños corren unos tras otros. Apenas hay gente en la calle. Y lo más significativo es que no hay movimiento en la casa, o ninguno que pueda detectar. La cortina no se mueve, la puerta no se abre. Me siento en la sombra y apoyo la cabeza contra la pared. Una mosca se posa en mi frente y la aparto de un manotazo. Siento el sol en mi cara, en mi piel, y se me cierran los ojos.

Abel. Es un nombre común en Bran. Sus orígenes no están muy claros, pero se cuenta que procede de la historia de dos hermanos del principio de los tiempos. Abel es asesinado por su hermano. Es la primera víctima del mal. Nunca he entendido por qué bautizábamos a nuestros hijos con nombres de víctimas. La historia habla de un hombre que conduce a su hermano a un campo. El hombre está celoso de su hermano pequeño. Algo que precisamente él desconoce. Por el simple hecho de ser más joven. Espera a que le dé la espalda, coge una piedra. Mientras lo hace, golpe tras golpe, los cuervos alzan el vuelo como si fueran uno solo, espantados. Cientos de ellos. No hacen un solo ruido. O si lo hacen, él no puede oírlo. Oscurecen los cielos. La tierra roja se extiende por todo el horizonte.

Abel no era una víctima.

El juez está sentado en una plataforma elevada. A su espalda está la pared donde, bajo el encabezado «Alguaciles de Bran», están inscritos mi nombre y la fecha: «Bran, B1». Empieza a hablar: —Alguacil Bran, por la presente le condenamos a un exilio de por vida. Se le proporcionará una barca, provisiones. Zarpará y navegará hacia el este. Si encuentra tierra antes de llegar a territorio de Axum, entonces deberá quedarse allí. Si no la encuentra, tendrá que correr el riesgo en Axum. No volverá a Bran bajo ninguna circunstancia. Si lo hace, será ejecutado. El tribunal popular ha decidido ahorrarle el destino que usted impuso tan alegremente. No ha mostrado ningún remordimiento por sus acciones a pesar de que está claro que está solo en la aplicación de estas políticas. Esta ciudad jamás lo perdonará, por ese motivo vamos a quitarlo de enmedio—. Entrecruza los dedos, se inclina un poco hacia adelante. —Hace tiempo fue un guerrero, un hombre con visión. Ahora…—. Hace una pausa y se inclina hacia atrás. —Ahora, no regrese—. Dicho esto, hace un gesto con las manos y los soldados vienen, me cogen por los brazos con bastante suavidad y me llevan de vuelta a la celda. El tribunal está en silencio. Me giro, miro por encima de mi hombro. Abel está de pie en la galería. Está estrechándoles la mano a los hombres que tiene al lado. No me mirará a los ojos. Tora no está aquí. La próxima vez que la veo es mi último día en la ciudad durante los siguientes diez años.

Me despierta una mano en el hombro. Alzo los ojos, aún medio dormido. El sol está detrás de su cara. Su pelo emana un resplandor amarillo. Al principio creo que es mi amante. Me enderezo en el asiento. No lo es. Es Elba.

—Buenos días —dice. No he dormido mucho rato.

—Sí. Hola—. Aún estoy un poco confundido.

—¿Disfrutando del sol?

—Estoy cansado. El viaje ha sido largo. Puede que ahora me esté pasando factura.

Se aparta del sol y se sienta a mi lado. Tiene cierto rubor en la piel. —¿Tienes hambre?

—Sí.

—Entonces ven conmigo a las cocinas.

Nos levantamos del banco y empezamos a caminar despacio hacia las cocinas. —¿Ya te has acordado de Tora? —pregunto.

—¿Acordarme de quién? —responde muy rápido.

—¿Te has acordado de la persona de la que te hablé?—. Me sonríe. Encuentro esto un poco frustrante, pero su sonrisa la hace parecer más joven de lo que es. Le da luz. —Lo siento—.

La miro durante unos segundos. —Sabes quién soy—. No es una pregunta.

—Lo siento. No me has dicho cómo te llamas.

Ignoro esto. —He visto al juez esta mañana—. La observo con atención. Ella no responde. —El juez. El de hace diez años—.

Ella mira al frente. —¿Qué te apetece comer?—. Eso es todo lo que responde, me coge del brazo. Yo me quedo callado.

Ya en las cocinas, dice: —Siéntate donde quieras—.

La contemplo mientras se aleja. No es mayor, pero tampoco está en la flor de la vida. Me pregunto si tiene un marido, un amante. Me giro, recuerdo a Tora.

Cuando regresa con la comida y la coloca delante de mí, se queda de pie en vez de marcharse. Me quedo quieto con el tenedor a medio camino de mi boca. —¿Te importa? —pregunta, señalando el asiento junto a mí.

—En absoluto —digo, y hago el gesto de empujar el asiento para ofrecérselo, pero ella se sienta antes y con las prisas tiro mi cuchillo al suelo.

—Gracias —responde, y coge un cuchillo limpio de entre los cubiertos que hay cerca y lo coloca delante de mí. Es un movimiento amable, quitándole importancia a mi torpeza. Sería una buena esposa.

Durante unos segundos, no sé qué hacer.

—¿No tienes hambre? —pregunta, señalando la comida.

—Oh, sí —digo y sonrío.

—¿Era una antigua amante?—. El descaro de la pregunta me pilla un poco desprevenido, pero no durante mucho tiempo. Decido responder con franqueza.

—Sí. Fue mi amante durante doce años, hasta que me fui. Doce años felices.

Su rostro adopta una expresión seria. —¿Por qué te fuiste?—. Si esta mujer está jugando a algo, reconozco que es buena. Durante un instante me pregunto si he cambiado más de lo que creo. Puede que diez años bajo la lluvia hayan dejado huella. Estoy más delgado, desde luego, y probablemente mucho más moreno. Es como si la turba se hubiera filtrado dentro de mí, a través de mis pies, tiñendo mi piel de un marrón oscuro.

—Me enviaron lejos—. Espero un cambio en su expresión, pero no hay ninguno.

—¿Por qué?

—Los tribunales me enviaron lejos. El juez.

—Ah, eres uno de nuestros embajadores. ¿Has estado fuera mucho tiempo? Da la impresión de que sí.

—¿Y eso por qué?—. No muestro mi sorpresa cuando habla de embajadores.

—Pareces… —hace una pausa—. Puede que las cosas hayan cambiado un poco en los últimos años. Te acostumbrarás pronto a nosotros, otra vez.

—Sí. Sí, probablemente —digo. La miro a los ojos durante más tiempo del necesario.

—¿Cuánto tiempo has estado fuera?

—Diez años—. Sigo mirándola fijamente. Ella desvía la mirada y duda.

—¿Y la mujer? ¿Por qué no se fue contigo?

—No habría sido lo correcto.

—Discúlpame. Hago demasiadas preguntas —dice. Empieza a incorporarse como si fuera a irse. Sin pensarlo, la cojo de la muñeca.

—Quédate. Por favor. Bueno, si no tienes trabajo que hacer —se sienta de nuevo—. Te dije que ella solía trabajar aquí.

—Sí, recuerdo que lo dijiste, pero no recuerdo a nadie que se llamase Tora. Llevo aquí casi doce años. Ni una sola Tora.

—Abrió estas cocinas. Fue la primera persona que organizó la rotación de comidas.

Se encoge de hombros. —Lo siento—.

—Se parecía un poco a ti —digo. Ella vuelve a apartar la mirada.

—¿Qué harás si la encuentras?

—¿Si la encuentro?—. Hago una pausa. —Ha pasado mucho tiempo. No lo sé. Depende del primer encuentro, creo. Entonces sabré qué hacer—. No le digo que Tora es la única persona a la que he amado. No le cuento lo del juicio, aunque estoy convencido de que lo sabe. ¿Cómo podría no saberlo? No le hablo de Abel. No le hablo de la isla. Demasiado pronto. Le diré por qué he vuelto. Estoy bastante seguro de ello.

Pero la verdad es que no sé qué haré cuando vea a Tora.

La mujer nota mi cambio de humor. —Debo volver al trabajo —dice.

Quiero conservarla como aliada. —Perdóname —digo—. No quería ser grosero. Me gustaría que volviéramos a hablar. ¿Te importa si me paso a verte?

Mira a su alrededor, con cierta timidez. —No trabajo por las noches. Puedes venir esta tarde—. Se gira para marcharse pero se detiene, luego se da la vuelta.

Se inclina para hablarme y susurra: —No deberías ir por ahí persiguiendo a hombres por las calles. No nos gustan ese tipo de cosas. Te perjudicará—. Se marcha antes de que tenga oportunidad de responder.

Salgo hacia la oficina del alguacil. De camino, paso por el refugio para buscar a Andalus. Le doy algo de comida que he cogido de las cocinas.

En cuanto ha acabado, lo llevo al patio del complejo administrativo. Vuelve a estar desértico. Me acerco a la puerta del alguacil y llamo. Sigue sin haber respuesta cuando llamo por segunda vez. Es mediodía y la oficina debería estar abierta ahora. Aunque el alguacil no esté, debería haber funcionarios y oficiales por allí. Un asentamiento no puede funcionar sin su administración. Aunque a los ciudadanos no parece importarles. Es un lugar soñoliento, ha cambiado mucho desde que me fui. Hay poca gente en las calles. Me pregunto cuánta gente ha muerto. Vista la fertilidad de la zona, dudo que sea posible que todos los ciudadanos de una ciudad hayan sido reemplazados por completo por otros nuevos. No hay casi nadie alrededor, y la mayoría de los que veo parecen furtivos, se mueven sin apenas levantar la vista y cuando lo hacen la apartan a toda prisa. Aparte, están los niños, muestra de que la ciudad no está muriéndose. Y la mujer de las cocinas. Hay una historia detrás de ella, tengo esa sensación. Pero permanece a cierta distancia. A mucha distancia.

Abro la palma y golpeo la puerta. Puedo oír un eco. Pruebo con el picaporte, pero está cerrada. Me giro para irme y Andalus está justo detrás de mí. Tengo que pararme para evitar tropezar con él. —

¿Quieres probar tú?—. Lo empujo hacia la puerta. Se queda plantado delante sin hacer nada. Luego vuelve la cabeza hacia mí, despacio. ¿La está sacudiendo? No lo puedo ver. Él está en las sombras, yo en el sol. No puedo verlo.

Dejo que me siga. Volvemos al refugio y me acuesto. Lo intentaré más tarde. No criticaré nada. Seré civilizado. Presentar mi caso ya será suficientemente complicado sin perder las formas.

Si Andalus hablara todo sería más fácil. Lo imagino diciendo: —Pueblo de Bran, mi tierra, Axum, está sitiada por un grupo de personas con las que ninguno de nosotros se había topado antes. Escapé porque estaba en un viaje de reconocimiento cuando atacaron. Intenté volver para salvar Axum, pero no pude pasar. Pensé en Bran, que una vez fue nuestro enemigo y ahora es un aliado. Intenté buscar ayuda pero me perdí de camino, por el mar. Estas personas, este tercer bando, podrían estar viniendo hacia aquí ahora mismo. Hasta donde sabemos, podrían estar avanzando de noche por las colinas, con los ojos enrojecidos por el polvo que han levantado esos miles de personas. Son fuertes. No descansarán hasta que Bran y Axum sean masacradas. Son la nueva raza. Podemos vencerlos, pero solo si nos unimos—. Qué fácil me sería entonces conseguir lo que he venido a hacer.

Una tercera fuerza. Más gente. Tal vez una bendición. Probablemente una maldición. El mundo es enorme y nuestra memoria muy mala. Todo lo que vemos, todas las tierras nuevas con las que nos topamos, cada nuevo conjunto de ruinas; nuevos, pero siempre tenemos la sensación de que los hemos visto antes, como si ya hubiéramos estado allí. Somos un pueblo que ha perdido su memoria, aunque conservamos la sensación de haber sido algo. Una vez fuimos reyes. Parece que un terrible accidente, una extinción o una maldición ha hecho borrón y cuenta nueva en nuestras memorias. Ha borrado casi todo. De vez en cuando, algunas cosas del fondo salen a la superficie, como la gente que imagino saliendo a gatas de debajo de la tierra a un mundo de humo. Me asquea pensar en lo que puede haber sucedido.

¿Podría haber otras personas más cerca de lo que creemos? Hemos explorado mucho, pero siempre hay más por ver. Puede que no las hayamos encontrado aún. Suelo pensarlo a menudo. Intactos por nuestra maldición, un pueblo con hierba verde, humo saliendo de las chimeneas, niños rollizos cantando.

Mi pueblo parecía tenerle miedo a la búsqueda, a las ruinas, a encontrar algo nuevo. Tenía pruebas de ello, pero optábamos por no verlo. Mis historias caían en oídos sordos. Pocos querían saber algo de las ruinas, de las imágenes que había encontrado, de los extraños artefactos medio enterrados en el polvo. Una vez estábamos

marchando por una zona desértica. Caminamos hacia lo que creímos que era un árbol a lo lejos. Era un pilar de piedra. En la base había una entrada que conducía bajo tierra. Mis hombres se quedaron atrás. Pedí voluntarios para acompañarme. Todos agacharon la cabeza. —Entonces iré solo. Os demostraré que no hay nada que temer—. Cogí una antorcha. Uno de los hombres me suplicó que me quedara. De hecho, me cogió del brazo. Lo aparté y les ordené que acamparan.

Bajé unas escaleras de piedra. La antorcha titiló en las paredes. Hacía fresco bajo tierra, a pesar del calor de la antorcha. El camino se extendía mucho más allá y doblaba esquinas. Marqué mi recorrido con una piedra. Había caminado durante un buen rato cuando empecé a verlos. Estantes dentro de las paredes.

En cada uno de ellos había un cuerpo, algunos envueltos en tejidos, otros no. Me adentré aún más en la cueva. Cientos y cientos de ellos se extendían a ambos lados de las paredes, desde mis pies hasta más arriba de mi cabeza. Finalmente llegué a una cámara circular. Sobre una losa de piedra había un trozo de metal con la forma de una cruz. Tenía una piedra roja en el centro. Relució con el fuego.

Allí hacía frío y me marché deprisa. No supe qué hacer con ello y me fui sintiéndome estúpido. Demasiadas historias que contar, incluso para mí.

En el exterior, los hombres evitaban mis ojos. Estaban callados. No les conté lo que había visto. Tardaron tres días en recuperar el humor.

Luego, por la tarde, vuelvo a la oficina del alguacil, esta vez solo. Paso un buen rato esperando, llamando, gritando. Le doy una patada a la puerta una vez. El sol se pone y me marcho. No permitiré que el alguacil me evite. Diré lo que pienso.

Voy hacia el piso de Elba a solas. Las luces se van encendiendo en el asentamiento, parpadean detrás de las cortinas, apenas iluminan la calle. Hay formas moviéndose junto a las luces, junto a las cortinas echadas y amarillas, rondando como si fueran espíritus antes de fundirse en la oscuridad. Los siento, siento a muchas personas, figuras moviéndose detrás de las paredes, intentando no hacer ruido.

Así que no están muertos.

Recorro el largo camino hasta su piso y veo a unas pocas personas fuera. Llego a una parte de la pared por la que puedo trepar por encima. Suele estar vigilada, pero ahora no hay nadie aquí. La puerta no tiene echado el pestillo, no está cerrada. La muevo y la cruzo, subo por las angostas escaleras. Solía venir aquí a veces, sobre todo por la noche, las tranquilas noches de verano. Contemplo toda la ciudad, la ciudad en calma, oscura, puedo verla entera. Puedo ver el ayuntamiento. Puedo ver las murallas y los edificios de madera gris

que llevan tanto tiempo en pie, la arquitectura de un pueblo con poca imaginación, con poca voluntad de superarse. Recuerdo que me sentía dividido entre mis sentimientos paternales, entre el deseo de proteger a esta gente dócil, y la ira ante la falta de imaginación, la falta de voluntad para hacer cualquier cosa fuera de lo habitual, para ser extraordinarios. Un fracaso de la imaginación. A veces sentía ira por haberme dejado a mí, una mente más fuerte, la tarea de liderar, de imaginar, de imponer algo parecido al orden en esta gente tan sencilla. Me pregunto si mereció la pena. Puede que, después de todo, haber salvado a un salvaje no sea nada bueno.

Es cierto que imaginaron algo distinto durante un tiempo. Pero ¿eran creyentes sinceros o simplemente creían porque era lo que les convenía? Me temo que lo último. A veces, por la noche, acostado y despierto, yo también dejaba de creer. Nunca se lo dije a nadie. Aunque era demasiado tarde. Dejé de creer demasiado tarde. Demasiado tarde para detener los rostros acercándose a mí en la oscuridad, para detener los gritos de los niños durante las noches en la isla.

He logrado muy poco desde que he vuelto. No he contado mi historia, no he encontrado ni a Tora ni a Abel. Necesito una reacción para saber qué hacer. Puedo ver que la respuesta y mi futuro están en algún sitio de la ciudad, en algún rincón de un edificio. En algún lugar de la ciudad si están vivos, o en algún lugar más allá de las murallas si están muertos, están sus cuerpos, mis puntos de referencia. Respirando o descomponiéndose, su aliento o sus aromas fétidos, imagino esos aires flotando en la cálida brisa, vagando hasta mis fosas nasales. Podría rastrearlos como un perro que sigue a su presa. Muy de cerca.

Pero no lo suficientemente de cerca. He vuelto después de una larga ausencia y mis hijos han creado sus propias reglas. El patriarca ha regresado pero su prole ya no sabe quién es. O no lo admite.

Si no consigo una reacción pronto, tendré que tomar las riendas de esto.

8

Me sorprendo cuando la puerta se abre. No la abre Elba, sino una niña. Tiene unos grandes ojos castaños. Me siento golpeado por ellos. Me recuerdan a los míos cuando era niño. Es la misma niña que vi cuando entré en la ciudad por primera vez.

—Hola. ¿Cómo te llamas? —digo. Me inclino hacia ella.

Mira hacia otro lado y entra en el piso dejando la puerta abierta. Elba aparece. —Esta es mi hija —contesta—. Dile tu nombre.

La niña alza los ojos y, con energía, casi de forma arrogante, dice: —Me llamo Amhara—.

No imaginaba que Elba tuviera un hijo. No lo había mencionado. Pero ¿por qué iba a hacerlo? En el asentamiento, los niños pasan mucho rato lejos de sus padres. Tienen una escolarización intensiva y viven en casas de huéspedes durante la mayor parte de la semana. De esa forma, podíamos acelerar su aprendizaje y garantizar una manutención equitativa y adecuada. Lo supongo, salvo que haya cambiado desde mi época.

—Qué nombre tan bonito —respondo—. ¿Y cuántos años tienes?

—Nueve.

Admito que me decepciona el hecho de que Elba tenga una hija. Aunque no espero mucho de ella, esto significa que jamás me será leal, al menos no del todo.

—No la mencioné porque no surgió —dice Elba, como si leyera mis pensamientos.

—Oh, no tiene importancia —digo. No sé qué más decir. —Tienes una hija muy guapa—.

Por suerte, Elba sonríe en ese momento y me pregunta si quiero pasar.

Charlamos durante un rato mientras la niña dibuja en una hoja de papel sobre una mesa. La conversación es un poco incómoda. —Te estarás preguntando cosas sobre ella —dice tras una pausa, señalando a la niña con la cabeza. Es más una afirmación que una pregunta. En realidad, no me he preguntado nada en especial. En nuestro asentamiento era extraño ver una mujer de cierta edad sin un hijo, y ahora parece haber un montón de ellos por aquí. Tora no tenía

ninguno. Era distinta en ese sentido. Supongo que se podía decir que se le permitían ciertos privilegios como amante del alguacil.

—¿Dónde está el padre? —pregunto.

Hace una pausa y no me mira a los ojos. —Se fue —dice simplemente—. Se largó. Sigue vivo, pero no volverá. No de verdad.

Quiero preguntarle a qué se refiere, pero ella continúa.

—De todas formas, no sería un buen padre. Demasiado voluble, demasiado enfadado. No quiero decir físicamente, no era ese tipo de ira. Una ira contra el mundo. A pesar de que lo tenía todo, a pesar de que tenía éxito a nuestra manera, estaba enfadado. Mentiría si dijera que se fue voluntariamente. No podía quedarse. Otros empezaron a darse cuenta. Siempre parecía que estaba buscando algo más, algún otro sitio. Este lugar no era para él.

—¿Dónde está?

No responde. Ha echado la cabeza hacia adelante.

—Él la bautizó así —dice de repente, señalando a Amhara. —Por lo menos, sugirió el nombre. Se fue antes de que naciera. Gente muerta hace siglos que gobernó el mundo solo para que el tiempo convirtiera sus monumentos en ruinas. De todas formas, eso es lo que dijo él, yo nunca había oído nada de eso. Aseguraba que sabía muchas cosas del pasado—. Estaba empezando a sonar resentida.

Ahora habla con más calma: —Aun así, sin la historia, es un nombre bonito. Es como el viento por la noche—.

Sonrío al escuchar esa expresión tan curiosa. De hecho, el pueblo de Amhara forma parte de nuestros rumores. Recuerdo haberle contado a Tora que había descubierto alguna prueba: un monolito de piedra con unas palabras grabadas. Había dos inscripciones. La que pude descifrar rezaba: «Nosotros, los Amhara…». La piedra estaba rota en ese punto y el resto de la frase se había perdido. Escarbé alrededor, en el polvo, pero no pude encontrar nada más.

—Te has reído —dice sonriendo. Nuestras miradas se encuentran durante un instante, luego miramos a la niña.

Cambia de tema. —Dices que tú también has estado fuera. ¿Dónde? ¿Con quién? ¿Haciendo qué?—.

Respiro hondo. Decido seguirle el juego por ahora. —Me marché hace diez años —empiezo. —Vivía en esta ciudad hace diez años. Era un hombre importante. Parece que la gente me ha olvidado. Nuestro pueblo siempre ha tenido mucho en lo que pensar, así que no les guardo rencor por su olvido—. Quiero asegurarme de que sabe que no la culpo por la pérdida colectiva de memoria de la ciudad.

Sigo mientras comemos. —Me fui… La verdad es que me pidieron que me fuera. El asentamiento había cambiado. Creían que ya no era capaz de conducirlos a la siguiente fase de la recuperación. Creían que

hacía falta un cambio. O eso les hicieron creer los traidores que tenía a mi lado. Creían que las políticas que nos habían funcionado tan bien durante los diez años anteriores ya no estaban justificadas. O eso dijeron. La cuestión del asunto es que no podían admitir que había salvado el asentamiento con estas políticas, que les había dado a todos un sentido, un significado, y que habían estado a favor de las políticas cuando les había convenido. No podían admitir su culpabilidad por las muertes que se produjeron más allá de las murallas de la ciudad, donde están ahora los naranjos. Algo interesante, creo. Allí, donde tantas personas perdieron su vida por el bien común, ahora crece una fértil arboleda de frutales. ¿Es una forma apropiada de recordar a los muertos? Tal vez lo sea—.

Me doy cuenta de que me he desviado del tema y Elba está mirándome de forma extraña, con la cabeza ladeada.

Continúo: —Llegué a una isla que estaba justo dentro de los límites de la frontera con Axum que acordamos con Andalus. Y me quedé allí durante una década. Descubrí que podía vivir de la isla bastante bien. Aunque llovía casi todos los días y creo que no vi el sol una sola vez, no estaba tan mal. Nunca hacía demasiado frío y encontré turba y comida suficientes para salir adelante. No cultivé nada porque no tenía sentido, allí solo estaba yo. También me di cuenta de que la isla se estaba desintegrando. Al igual que a un hombre viejo, le quedaba un número determinado de años de vida, pero no más. En el norte, los acantilados estaban desmoronándose rápido sobre el mar. Se desplomaba una parte prácticamente cada día. El agua que había alrededor siempre estaba negra por el barro. Imaginaba que era sangre, que los acantilados eran hombres cayendo uno a uno y rompiéndose al caer al mar.

Un tiempo después, me di cuenta de que los árboles eran estériles y que no estaban reponiéndose solos. Me di cuenta de que los peces eran cada vez más escasos, de que las turberas no eran tan grandes como parecían. Hice cálculos -hice muchos cálculos- en vez de cultivar. Tomé notas y apunté observaciones y sumas. Calculé que a la isla le quedaban más o menos los mismos años de vida que a mí. Mi muerte coincidiría con el final de la isla como fuente viable de sustento. Y lo preferí así. Estaba resignado a que la isla fuera mi última morada, o eso pensaba. Me había resignado a no volver a ver este lugar jamás. Me gustaba el ritmo de vida que tenía allí. Las rutinas, las lluvias eternas, la hierba húmeda rozando mi piel, el silencio del bosque. Aunque estaba solo, era una vida mejor de lo que imaginas.

—¿Y entonces por qué te marchaste de la isla? —pregunta Elba.

—¿Por qué me marché?—. Repito su pregunta casi para mí mismo. —Me fui porque ocurrió algo que lo cambió todo. Un día me encontré a un hombre que había sido arrastrado por la marea. Estaba echado en

la playa, casi muerto. Le devolví la vida, cuidé de él, pero había debido de pasar por algún tipo de trauma y no hablaba. No dijo una sola palabra. Callado como una piedra. Hasta hoy no ha dicho nada, y ya han pasado varias semanas desde que apareció en mi isla por primera vez.

—Pero no era un hombre corriente. Aunque al principio no lo reconocí, después de un tiempo me di cuenta de que era nada más y nada menos que Andalus, general de Axum, con quien había negociado la paz. Entonces fui consciente de su significado, de por qué podría estar allí, del inmenso peligro que nuestro pueblo podría estar corriendo. Siempre hubo facciones de los axumitas que veían con malos ojos el Tratado de Paz. Si habían tomado la delantera y habían destituido a Andalus, no habría duda de hacia dónde pensaban dirigir su atención después, y temí que nuestro pueblo se hubiera vuelto débil tras años sin guerras. O, aunque parezca rocambolesco, ¿y si habían sido otros los que lo habían expulsado? Aunque no hubiera sido derrocado, ¿qué estaba haciendo él, un general, allí? ¿Explorar? ¿Buscar nuevos territorios? Eso es algo que va en contra de los términos del tratado. Tenía que hacer algo. Tenía que advertir a nuestro pueblo.

Por el rabillo del ojo, reparo en que la niña me está mirando, fijamente de hecho. Elba se da cuenta también y dice rápidamente: —Hora de acostarse—. Coge a Amhara de la mano y la lleva al fondo del apartamento sin decirme una palabra.

Cuando vuelve, dice simplemente: —Parece que le gustan tus historias—.

No digo nada.

Entonces, sacudiendo la cabeza rápido como si recordara algo, comenta: —Has venido a mi casa, me has contado una historia, has conocido a mi hija y sigo sin saber cómo quieres que te llame—.

No puedo evitar reírme. Levanto la mano pidiendo disculpas. Toma asiento de nuevo y me inclino hacia ella. —Has sido muy amable conmigo, pero tengo que preguntarlo, tengo que saberlo—. Hago una pausa. —Seguro que sabes quién soy—.

Menea la cabeza. —¿Quién eres?—.

—Soy Bran, por supuesto.

Sonríe de nuevo. —Como nuestra ciudad, me gusta—.

Vuelvo a echarme hacia atrás y suspiro. —Elba, me gustaría que me ayudaras a entender qué está pasando. Me gustaría que me dijeras por qué nadie me ha reconocido, por qué nadie ha admitido que me conoce. Goberné este asentamiento durante mucho tiempo, fui un hombre que muchos llegaron a despreciar, pero ahora nada. ¿Y dónde está todo el mundo? Todos mis conocidos. ¿Es una ciudad de

fantasmas?—. Me doy cuenta de que he alzado un poco la voz. De nuevo, levanto la mano.

Elba me mira desde el otro lado de la mesa, luego se levanta y me da la espalda, los brazos cruzados.

Unos instantes después, cuando parece que no va a responder, pregunto: —¿Cómo supiste lo que había pasado esta mañana? No te lo había dicho—.

—La gente habla—. Se encoge de hombros. —Oí que había alguien persiguiendo a otra persona por las calles. Supuse que eras tú—.

No es una explicación razonable, pero no puedo presionarla demasiado, todavía no. De momento, es mi mejor fuente potencial de información.

—El hombre al que perseguía era el juez que me condenó. Es la primera persona a la que he podido poner un nombre. Alguna gente me resulta vagamente familiar, como el alguacil, al que creo que conocía. Aunque algunos me resultan familiares, es como si todos a los que conocía bien hubieran desaparecido.

No dice nada.

—¿Y la persona que vivía en este piso antes que tú? No me creo que no la conocieras. ¿Y Abel, el hombre que se convirtió en alguacil después de mí, el que dirigió la campaña en mi contra? Tienes que conocerlos. ¿Dónde están?

—La memoria a veces juega malas pasadas. Puede decirte que eres una cosa cuando en realidad eres otra. A veces descubres que tienes un pasado completamente distinto al que creías.

—¿Hay algo que deba saber? ¿Se está maquinando algún plan sobre cómo tratar conmigo? Entiendo que puede que haya traído confusión a vuestro medio. No estoy pidiendo volver a ser alguacil. Ni siquiera estoy pidiendo regresar. Solo pido… Hay cosas que he hecho que…—. Tartamudeo.

—¿Qué estás pidiendo entonces? ¿Qué es lo que has hecho, Bran?

—Necesito poder hablar de esto con el alguacil. Pero ayer no estaba en su puesto, a pesar de que teníamos una cita. Es algo irregular. El mundo está destrozado, Elba. No sobreviviréis sin un liderazgo fuerte, y un hombre que descuida sus obligaciones no es un líder fuerte.

—A veces, los fuertes saben muy poco sobre la fuerza.

No sé qué quiere decir. Se da la vuelta rápido y dice: —Es tarde. Tengo que madrugar. Creo que deberías irte ya—.

Me está echando, y tal vez algo bruscamente. En la puerta, sin embargo, me agarra del brazo. Habla con suavidad: —Aunque no puedo ayudarte, algún día tendrás tus respuestas. Estoy segura de ello —. Dicho esto, cierra la puerta y me adentro en la fresca noche.

Deambulo despacio de vuelta al refugio. La ciudad está a oscuras. No hay luna. A mi alrededor, unas pocas formas revolotean en la oscuridad, las cabezas escondidas en capuchas. Agarro a una de ellas por los hombros cuando pasa a mi lado. Le doy la vuelta y la capucha resbala de su cabeza. Un rostro inexpresivo. —¿Me conoces? — pregunto. Hablo desde el fondo de la garganta. Menea la cabeza. — ¿Conoces a Bran?—. Sacude la cabeza, intenta marcharse. —Hace diez años…—.

Me interrumpe. —No estaba aquí—. Da un tirón hasta liberarse y se desliza de nuevo en la oscuridad.

Cuando tengo el ayuntamiento a la vista, veo una figura apresurándose hacia el patio. Creo que no me ha visto. Reconozco los andares y la estatura del alguacil y voy tras él. Cuando llego al patio, no hay nadie allí. El resplandor de una lámpara en el centro ilumina tenuemente los edificios del alrededor.

Me acerco a la puerta del alguacil y voy a llamar, pero bajo la mano y pruebo a pasar directamente. Está abierta.

Mis ojos tienen que adaptarse a la penumbra del interior. En cuanto lo hacen, veo que el suelo está cubierto de una fina capa de polvo. Está por todas partes. El polvo llega a todos los rincones de esta ciudad. Miro el suelo y trato de adivinar las huellas del alguacil. Pero no hay nada. Debe de haber salido por otra puerta. La mayoría de las oficinas están conectadas, así que aún podría encontrármelo. Pero seré sigiloso. Puede que sea capaz de encontrar pruebas de lo que está ocurriendo si nadie sabe que estoy aquí.

Si me adentro en el edificio ahora, sabrán por las huellas que alguien ha entrado. Pero no pasa nada. Tienen que saberlo. Me dirijo a las escaleras. Crujen, pero con tanta suavidad que cualquiera a unos pocos pasos de allí sería incapaz de oírlo. Paso por el rellano, que tiene una ventana que da al patio. Me quedo helado. Hay un hombre allí abajo mirando la puerta. No puede verme. No puedo distinguirlo, no puedo verle la cara. Se queda ahí plantado durante lo que parecen minutos, inmóvil, simplemente mirando la puerta. De repente, se da la vuelta y sale del patio. Espero un rato, pero no regresa.

Me acerco a mi antigua oficina. La oficina está cerrada, y además con llave. Sigo por el corredor. La siguiente sala la usaba para mis ayudantes. Esta también está cerrada. La tercera sala la usaba Abel en mi época. El alguacil actual parece no tener una mano derecha. Esta puerta está abierta. En su interior, todo está cubierto por sábanas. Aparto la de la mesa. Es la misma. Lo sé porque yo la mandé hacer. Fue un regalo para Abel cuando lo convertí en mi mano derecha. Pruebo con uno de los cajones. Cerrado. Tiro, pero la manilla se desprende.

Tengo que afrontar la posibilidad de que tanto él como Tora estén muertos. Desde luego, sería mala suerte que las dos personas que mejor conocía hubieran muerto durante mi periodo de ausencia. Puede que estuvieran juntos cuando murieron. Después de marcharme, supongo que pasaron mucho tiempo juntos, compartiendo lo que hicieron. Pero con el fin de las guerras, poco crimen y comida suficiente por lo que parece, ¿por qué iban a morir? Ambos eran jóvenes. Más jóvenes que yo al menos. No pueden haber muerto los dos.

En el lateral de la mesa se lee el lema de Bran: «En la unidad está la fuerza».

La madera está gastada por el uso.

Aparto la sábana que cubre la estantería. Allí hay una copia de la constitución del asentamiento. Abel y yo la escribimos juntos.

Salgo de allí después de haber recolocado las sábanas. Hay otras oficinas más allá del corredor. Como construíamos al azar y añadíamos trozos a los edificios cuando nos hacía falta sin pensar en un diseño concreto, el pasillo no es recto. Gira, se dobla sobre sí mismo. Al no tener ventanas, el interior es oscuro. Cualquiera podría perderse aquí si no tiene claro lo que está haciendo. Voy por el edificio probando todas las puertas. La oficina de Abel es la única que está abierta. Me arrepiento de haber dejado el cuchillo en el refugio. Suelo llevarlo conmigo. Habría podido forzar alguna cerradura con él. Podría empujar y romper las puertas, pero haría mucho ruido.

Vuelvo por donde he venido y, en vez de ir por la puerta principal, giro a la izquierda. Empujo la puerta del salón de actos hasta abrirla. Hay algo que quiero ver. La sala está vacía. No es nada raro, solía estarlo. Desplegábamos las sillas solo en las grandes reuniones. Camino hasta el fondo. Hay una plataforma y a la izquierda una pared con paneles de madera. Mis pasos, aunque están amortiguados por el polvo, hacen eco en la sala. Surgen letras doradas en la oscuridad a medida que me acerco. En lo alto reza, simplemente: «Alguaciles de Bran». Debajo hay solo dos nombres. Los miro de cerca. Es como si se me parara el corazón. Mi nombre no está ahí. La primera inscripción debería ser «Bran», seguida de los años que goberné, pero en vez de eso, la primera inscripción es «Madara». Los años son los mismos, B1 a B10. El segundo nombre es Abel. Ese es correcto, pero ¿y el alguacil Jura? ¿Por qué el alguacil actual no está inscrito? Y si se tomó la decisión de eliminar el nombre de un alguacil condenado por un delito, ¿por qué sustituir el nombre por uno ficticio? Da igual lo que pensaran de mí, no pueden olvidar mis logros. Y, además, saben que ellos también son culpables. Sí, fui desterrado, pero por culpa, no por odio. Había quienes me odiaban, por supuesto, pero era culpa sobre todo. Siento ira dentro de mí, algo que no he sentido en años, no

desde que estaba en el campo de batalla e incluso pocas veces entonces. En una batalla, los enfadados pierden, los indiferentes ganan. Me calmo a medida que cruzo la puerta y salgo al aire frío, aunque me doy cuenta de que he estado sudando. Me seco la frente con la palma de la mano.

Decido no seguir explorando esta noche. Mañana me aseguraré de conseguir una audiencia con el alguacil.

Madara. Un nombre. Un nombre ficticio. Una palabra cuya presencia significa que el asentamiento tiene una historia imperfecta. ¿Por qué no dejar el nombre auténtico? Aunque odies el nombre y lo que representa, reconócelo al menos, afróntalo.

Madara. Me resulta algo familiar. Un nombre que oí una vez. Una persona que conocí hace tiempo. Yo no soy Madara.

Deambulo por la ciudad durante horas. Paso cerca de las ventanas de Elba. Una está iluminada. La contemplo durante unos pocos minutos. Una sombra se mueve de un lado a otro de las persianas amarillas, flota por el espacio, de un lado para otro, de un lado para otro como si bailara.

Paso por la casa de Abel. Esta, en cambio, aún está a oscuras. De todas formas, es muy tarde. No significa nada.

Paso por la entrada del patio. Dos, tres veces.

La tercera vez, miro hacia las ventanas. Detrás de una hay un movimiento. Estoy casi seguro de que hay alguien ahí, una figura pálida en las sombras, observando, mirándome. Miro fijamente, pero no veo nada más. Avanzo por el patio, alzo los ojos. La ventana está a oscuras.

Vuelvo a pensar en la figura que he visto antes en el patio. También estaba mirando hacia las ventanas. ¿Estaba esperando una señal de otra figura detrás de una de ellas? ¿Estaba buscándome?

En cuanto el cielo comienza a aclararse, regreso al refugio. Andalus ronca un poco, las manos extendidas sobre su vientre como si se hubiera dado un buen festín. Me siento fuera, la espalda contra la pared, cierro los ojos y espero a que el sol aparezca por el callejón.

9

Duermo poco tiempo. Despierto cuando la gente debe de estar empezando su jornada de trabajo. Andalus no ha probado la comida que traje. Echo mano de la mitad.

Está despierto. Le digo: —Ahora vamos a la oficina del alguacil. Conseguiré respuestas de él. Sería más fácil si hablaras—. Se sienta con las manos sobre las piernas, las palmas hacia arriba. Sus pies se tocan. A su espalda, el sol centellea a través de las rasgaduras de la lona.

—Tienes que explicarte, amigo mío. No puedo cuidar de ti para siempre. Tarde o temprano te quedarás solo.

No me sorprende la ausencia de respuesta.

Salimos a la luz del sol y recorremos la escasa distancia hasta el complejo. Hay cuatro personas en el patio del ayuntamiento. El alguacil está hablando con un hombre. Es alto, lleva una capucha y no puedo ver sus rasgos. El alguacil es el único que tengo de frente. Estoy convencido de que las otras dos personas son Elba y Amhara. Aunque están un poco lejos, me dan la espalda y llevan pañuelos en la cabeza, estoy convencido. En cuanto entro en el patio, el alguacil repara en mí. Parece susurrar algo a los tres. Se ponen derechos pero no se dan la vuelta. Cruzan la puerta abierta que hay detrás del alguacil, el hombre alto guía a las otras dos personas. La niña parece quedarse atrás y empieza a girarse, pero la mujer le coloca una mano en la espalda y la conduce a través de la puerta, que se cierra tras ellos.

El alguacil me espera, las manos cruzadas al frente, no como un soldado.

—¿En qué puedo ayudarle hoy? —pregunta.

Decido que ya es suficiente. —Ayer teníamos una cita—.

—¿Ah, sí?

—¿Quiere decir que no se acuerda?

Se encoge de hombros.

—¿Todavía no me reconoce? —pregunto. No sé si nota mi tono sarcástico—. Ha tenido tiempo para pensar, tiempo para recordar. Me temo que yo no lo reconozco a usted. Puede que fuera un oficial de poca importancia cuando me marché.

El alguacil sigue de pie, sin responder a mi pregunta, esperando a que acabe.

—Creo que sabe quién soy —continúo—. Creo que lo sabe muy bien. Lo que no sé determinar es por qué optaría por no reconocerme. A lo largo de mi vida he sido héroe y villano, dependiendo de las inclinaciones políticas. Nunca he sido objeto de indiferencia.

El alguacil se permite sonreír.

—Pero yo no soy la única cuestión aquí. Hay que hacerse cargo del hombre que he traído conmigo. Puede que ahora sirva de poco, que apenas tenga consecuencias. Puede que lo que haya visto le haya quitado la fuerza vital, pero lo que representa es importante. Las posibilidades que encierra su presencia aquí es lo que debería interesarnos. Puede que Andalus, como hombre, haya desaparecido, pero tenemos que entender ese vacío, el vacío en el que se encuentra.

—Es usted un filósofo —dice el alguacil—. O un poeta.

No respondo a esto.

—¿Dónde está ese hombre, ese tal Andalus?—. Enfatiza en la segunda sílaba, aunque debería saber que es la tercera la que hay que enfatizar. Es un error que algunas personas poco formadas solían cometer.

No lo corrijo. Me doy la vuelta, estirando el brazo hacia Andalus, que asumo que está detrás de mí. No es así. No hay rastro de él.

Me vuelvo hacia el alguacil. —Estaba aquí. Ha debido de separarse de mí—.

El alguacil sonríe y se gira para marcharse.

—No he acabado —digo. He levantado la voz.

Se vuelve hacia mí. La sonrisa se ha esfumado.

—¿Dónde están Elba y Amhara?

—¿A quién se refiere?

—Usted sabe que ella no quiere formar parte de su plan. Al menos, duda.

El alguacil me mira sin responder. Su rostro es inexpresivo.

—Las he visto entrar.

—No son quien usted dice que son.

Decido no discutir sobre eso. En su lugar, digo: —Me gustaría hablar sobre mi situación. Me gustaría que me comunicara una decisión. Un plazo, por lo menos—.

—Le gustaría hablar —dice el alguacil. No es una pregunta.

Antes de que pueda responder, se hace a un lado y me hace un gesto para que cruce la puerta.

Camino recto hacia las escaleras que conducen a la oficina del alguacil. No hay rastro de Elba ni de Amhara. A través de un pasillo,

veo el auditorio en el que estuve anoche. Pienso en ir directo allí y cuestionar el borrado de mi nombre. Pero eso puede esperar. Subo por las escaleras, paso junto a las puertas de las oficinas de los empleados y de los oficiales menores, y todo recto hasta cruzar la puerta de la oficina del alguacil. Allí dentro, las cosas han cambiado un poco. Hay una alfombra en el suelo que antes no estaba ahí y un armario contra la pared de la derecha. También me doy cuenta de que han retirado mi retrato, que estaba presidiendo la mesa. El espacio donde solía estar colgado es más oscuro que el resto. La mesa y la silla son las mismas y se les nota la edad. Paso los dedos por un arañazo en la superficie de la mesa. Recuerdo cómo lo hice, un resbalón del cuchillo. Recuerdo cómo se oscureció con el tiempo. Me vuelvo para mirar al alguacil, que acaba de aparecer en la puerta.

—Parece que sabe por dónde se mueve.

—Eso parece.

Por un momento, tengo la sensación de que estoy de vuelta en mi puesto y de que este hombre es el solicitante, en vez de serlo yo. Me encuentro a mí mismo moviendo la silla detrás de la mesa, pero me detengo. Me quedo a un lado y dejo que el alguacil pase. Me pide que me siente.

—¿Qué puedo hacer por usted?—. El alguacil se sienta detrás de la mesa, mirándome de frente.

—Sabe muy bien quién soy —comienzo. —Sabe muy bien que, según los términos de mi sentencia, no me está permitido volver al asentamiento bajo pena de muerte. Sin embargo, he regresado. Debe de estar preguntándose por qué lo he hecho, por qué he desobedecido los términos de mi sentencia—.

Hago una pausa, pero el alguacil no dice nada.

—Tengo que decir que me sorprende la falta de urgencia que muestra en mi presencia, en presencia de Andalus, de hecho. Me sorprende que se me haya dejado solo y no se me haya arrestado. En cierto modo, es un giro de los acontecimientos agradable, pero me gustaría comprenderlo. Tenemos cosas que aclarar aquí. En primer lugar, debe saber las razones de mi presencia aquí, ya que creo que como alguacil tiene el deber de reaccionar ante ellas. Esa es mi mayor preocupación, siempre lo ha sido. En segundo lugar, me gustaría entender lo que significa esto. ¿Por qué la política de la ciudad ha sido ignorarme, fingir que no me recuerda? ¿Qué ocurre para que esto sea así? Puede que no sea asunto mío. Después de todo, ya no pertenezco a este lugar. Aun así, me gustaría entender lo que significa. ¿Se me obligará a marcharme de nuevo? ¿Seré ejecutado? ¿Tendré que pasar tiempo en prisión en la propia colonia? Espero misericordia, ya que he corrido riesgos trayendo a Andalus aquí, trayéndolo para que lo supierais. En tercer lugar, me gustaría hablar de todo lo ocurrido en el

pasado, de lo que hicimos.

Me interrumpe: —¿Quién es ese hombre que nos ha traído?—.

—Tiene que saber quién es. Andalus, el general de Axum, el que estuvo a punto de destruir a nuestro pueblo, así como nosotros al suyo. Al que me enfrenté, con el que firmé la paz.

—No he visto a Andalus—. Esta vez cambia su pronunciación.

—Parece traumatizado. No hay duda de que no es el mismo hombre que gobernó Axum. Le ha ocurrido algo y creo que tenemos que intentar descubrir qué. No ha hablado desde que me lo encontré, no ha dicho una sola palabra. Es dócil. Bastante soso. Casi como un perro, se podría decir. Hace lo que le dicen. De vez en cuando puedo ver un brillo en sus ojos, un destello de lo que solía ser. En una ocasión, en la isla, yo estaba cortando leña. Vino por detrás, como un fantasma, y la expresión de sus ojos… Durante un tiempo dejé de confiar en él, pero parece inofensivo.

—¿Usted estaba en una isla?

—Sí—. Lo miro sin pestañear. —Sobreviví.

—Háble me de esa isla.

Contengo la irritación con el cambio de tema y decido seguirle la corriente. —Mis cálculos me decían que estaba justo en el límite de nuestros territorios, según se acordó con Axum. Un poco más allá, y habría violado el Tratado y habríais vuelto a estar en guerra. Desterrado de la ciudad que salvé, por hacer todo lo necesario para salvarlos, solo para comenzar una guerra por culpa de ese destierro. No pensó en esa posibilidad cuando me dio una balsa y unas pocas provisiones.

—¿Yo le di una balsa?

Hago un esfuerzo por conservar la paciencia. —No usted personalmente, aunque estoy seguro de que desempeñó algún papel en todo el proceso. No usted sino su departamento, en concreto el hombre que ocupó ese asiento antes que usted, el alguacil Abel.

—¿Abel?

—Sí, Abel. No irá a decirme que también lo ha olvidado a él.

El alguacil sonríe y baja los ojos hacia su mesa. —Bien, háble me de la isla—.

Una vez más, siento que esto es una pérdida de tiempo, pero estoy cayendo en la cuenta de que mi gente ha perdido el sentido de la urgencia. Las cosas se han ralentizado. Comienzo: —La isla es un lugar muerto o, para ser más precisos, un lugar que se muere. Es como un cuerpo acostado boca abajo en un estanque de agua embarrada, hundiéndose poco a poco, ahogándose poco a poco—. Me detengo.

—He documentado bien toda la isla. He traído mis notas conmigo —. Doy un golpecito en la bolsa que llevo. —Mi intención era entregar

las notas al geógrafo de la ciudad. Aunque la isla está desapareciendo, allí hay información, y hemos perdido tanta que toda tiene valor por pequeña que sea—.

El alguacil alza la mano para impedir que abra la bolsa. —Eso puede esperar —dice.

Le dirijo una mirada. —Tiene razón. Hay poco interesante en la isla. La isla no es la cuestión aquí, o al menos no es la cuestión principal. Lo interesante es Andalus y lo que habrá que hacer con él.

—Aun así, cuénteme. ¿Cuánto tiempo ha estado en la isla y cómo ha conseguido volver a nosotros?

—Diez años. Llegué allí unas tres semanas después de haber partido de aquí. Fue la primera tierra firme que vi. Relativamente firme, por lo menos. Acampé. Encontré agua. Pescaba. Encendía fuegos con turba y con la madera de un pequeño bosque. Recogía granos y tubérculos. Capturaba gaviotas de vez en cuando. Estaban ya casi muertas. Calculé cuánto duraría la isla, a qué velocidad estaba hundiéndose en el agua. Anoté el ritmo al que las reservas de comida disminuían -los peces, los pájaros- calculé cuánto durarían mis fuentes de combustible. Hice anotaciones sobre los tipos de peces que capturaba, las variedades de las semillas que encontraba, la tierra, las rocas. No planté más porque no necesitaba más. Me di cuenta de que mi vida y la de la isla iban a terminar a la vez. Así fue todo durante el tiempo que estuve allí.

—Un día, la marea trajo a Andalus. Ahí estaba, una criatura enorme y blanca varada en mi costa. Tardé en reconocerlo, pero al final lo hice. Él no mostró signos de reconocerme. De hecho, no mostró ningún signo de darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

—Empecé a ser consciente de lo que su presencia podía significar y decidí que debía hacer lo correcto y arriesgarme a morir trayéndolo para que lo valorarais. Y aquí estoy.

—Y aquí está—. Hace una pausa, luego pregunta: —¿Y cuánto tiempo piensa quedarse?—.

Meneo la cabeza. —Sigo teniendo preguntas, cosas que hacer—. Me inclino hacia el alguacil. —¿Qué ha hecho con el alguacil Abel? ¿Qué ha hecho con su amante, Tora?

—¿Tora?

—Mi amante, antes de que me marchara.

—¿Cree que debería saberlo?

—Si no lo hace, es usted estúpido.

Su expresión cambia. —Usted es un invitado en esta ciudad. No lo olvide.

—Un invitado con el que no sabe qué hacer. Tiene varias opciones: darle la mejor habitación, tratar de ignorarlo con la esperanza de que

se vaya o llevarlo fuera, a la arboleda de naranjos, abalanzarse sobre él, rebanarle la garganta, enterrarlo para que nadie lo vea.

—No lo mataremos. Somos buenas personas, personas con visión de futuro—. Dicho esto, el alguacil se inclina sobre el respaldo de su silla, cruza los brazos detrás de su cabeza y mira hacia el techo. Habla de nuevo: —Anoche estuvo aquí—.

Esto me desconcierta un poco. —¿Cómo ha sabido que era yo?—.

—Sus huellas están por todas partes.

—¿Cómo ha sabido que eran mías?

El alguacil se encoge de hombros. —¿Quién si no?

—La puerta estaba abierta.

No dice nada.

—Fui al auditorio. He visto lo que ha hecho.

—¿Qué he hecho?

—Ha borrado mi nombre de la pared de los nombres.

—¿Borrado, dice?

—Borrado. Tal vez sea una broma. Tal vez una idea del bien común poco acertada.

—¿Puede explicarse?

—Alguien, usted, el auténtico alguacil, alguien que no aceptaba lo que hicimos optó por eliminar el rastro de la persona más cercana relacionada con el error. Un error, según ellos.

—¿Qué error es ese?

Dudo, preguntándome si está siendo obtuso a propósito o si está admitiendo que él también ve las ventajas de lo que hicimos. —El error, como a algunos les gusta llamarlo, de eliminar a los débiles, de seguir la política de matar a algunos para salvar a muchos. La política pensada para arreglar nuestro mundo, fracturado por el pecado original. La política que algunos consideraban un sacrificio—.

El alguacil me observa durante unos instantes. —¿Por qué estuvo aquí?

—¿Por qué estuve aquí? Estaba de paso. La puerta estaba abierta. Tenía curiosidad. Quería volver a ver mis antiguas oficinas. Quería ver mi nombre en la lista.

—¿Y se decepcionó cuando no vio su nombre?

—Por supuesto. La historia no se borra simplemente porque uno no la aprueba, simplemente porque desea que sea distinta, y está claro que eso es lo que ha ocurrido aquí.

—¿Quitando nombres de una pared?

—Es simbólico. El borrado de los nombres sirve a algo más grande, algo más turbio.

—¿Cree que deberíamos seguir contando las historias que nos

asustan?

Creo que podría estar a punto de sacarle una confesión al alguacil.

—¿Por qué deberían asustaros? El pasado solo tiene el poder que uno le da. Castigadlo si queréis. Crucificadlo si hace falta. Quemad a los culpables y echad sus cenizas al viento, mancillad sus nombres y desterrad a sus familias. No lo escondáis debajo de una alfombra. Resarcíos de la culpa y seguid adelante. Incluso los culpables merecen ser recordados, merecen el estatus de culpables—. Es demasiado, me digo a mí mismo.

El alguacil no muestra ninguna emoción. Un rato después baja la mirada hacia la mesa y dice: —Bajemos al auditorio entonces. Veamos si lo que dice es cierto—. Quiero hacer hincapié en que lo que digo es cierto independientemente de lo que aparezca en la pared, pero me muerdo la lengua.

No volvemos a hablar hasta que llegamos al Gran Salón. Voy a señalar el error cuando el alguacil dice: —Madara, Abel. Es una historia breve, pero también feliz—.

Estoy sorprendido, cuando menos. —El primer nombre no es correcto. Tiene que saberlo. Y Abel está ahí, pero no aparece la fecha final de su gobierno. Dígame, ¿dónde está, qué ha sido de él? ¿Y por qué su nombre no está ahí? ¿No se siente orgulloso de ser alguacil?—.

Me habla de forma desagradable: —Tengo cosas más importantes que hacer que escribir mi nombre en una pared. Lo mandaré hacer dentro de poco.

—De todas formas, Madara sigue siendo incorrecto.

—¿Qué debería estar escrito en la pared?

—Creo que sabe la respuesta a eso, pero le daré el gusto —digo. —El primer alguacil de Bran fue Bran. Yo, el hombre bautizado como el asentamiento. El segundo alguacil fue Abel, mi mano derecha. Se convirtió en alguacil cuando me desterraron. Usted podría ser el tercer alguacil, pero no estoy seguro.

—No está seguro.

—No estoy seguro de si es el tercero, el cuarto o el quinto. Sabe muy bien a qué me refiero. Los nombres de esa lista, si es que son tres, deberían ser Bran, Abel y Jura. Ahí está el error. Nombres incorrectos, número incorrecto.

El alguacil se acerca a la pared, tanto que su nariz casi la toca, contempla los nombres. Pasa su mano por encima de ellos y acaricia las letras doradas con la punta de los dedos. —Me ha preguntado si me sentía orgulloso. Estoy muy orgulloso de ser alguacil de Bran y de seguir los pasos de semejantes hombres. Madara, luego Abel, un hombre aún mejor que el anterior—. Hace una pausa. —Con una madera como esta, habría que trabajar con muchísimo cuidado para

conseguir que los cambios no se notaran. Con muchísimo cuidado. Tiene una textura tan suave, un veteado tan delicado, que solo un artesano experto sería capaz de quitar la pintura y luego pintarla de nuevo sin dejar ningún rastro. Venga y eche un vistazo—.

Me acerco.

—¿Ve alguna marca?—. Señala el nombre de Madara. —¿Ve alguna diferencia en la madera?—.

Tengo que admitir que no.

—Así que tiene que reconocer que se equivoca —responde sin apenas molestarse en disimular su triunfo.

—Usted mismo ha dicho que podría haberlo hecho un artesano experto.

—Me ha malinterpretado. Pero da lo mismo—. Se aleja de mí, le da la espalda a la pared. —Usted dice que sabe mucho acerca de la historia, pero no estoy seguro de que haya aprendido nada de ella. En todo caso, ha sido un placer hablar con usted. Disfruto con los intercambios de ideas. Tiene que volver y así poder seguir con nuestra conversación. Por supuesto, debe comunicarlo cuando lo haga y no deambular como un ladrón—. No sé si lo dice en serio o no. —Pero, por ahora, debe irse—. Se va.

En la entrada del auditorio, se gira, me mira a los ojos y dice: —Madara fue nuestro primer gobernante. En cierta manera, un auténtico gran hombre. Elaboró nuestra constitución. Nos salvó de la hambruna. Pero era cruel, demasiado cruel. Un hombre de su época, tal vez. Pero esa época pasó y no fue capaz de adaptarse a la nueva. Tuvo que irse. Tuvo que dejarlo. Esa es su historia. Abel lo relevó. Su visión era la real, una visión que nos sanó y nos dio una estabilidad y un propósito, una identidad que hemos llegado a apreciar—.

Estoy demasiado estupefacto para responder. Solo puedo verlo marchar. Pero entonces grito: —No podéis renegar de mí para siempre, Jura. Al final tendréis que lidiar conmigo—.

Me vuelvo hacia la pared, vuelvo a deslizar la palma sobre la madera. Salgo de la sala, del edificio, del patio. A medida que lo hago, alzo los ojos hacia la ventana. Puede que sea una sombra, una mano, un rostro pálido. Puede que no sea nada.

Me he ido sin conseguir respuestas, pero volveré. Si no puedo sacárselas al alguacil, las encontraré yo mismo. Encontraré pruebas de lo que está sucediendo aquí. Encontraré a Abel y a Tora.

Vuelvo a la casa de Abel, ando rápido. Llamo a la puerta, pego la oreja a la madera y escucho atentamente. No hay nada. De nuevo, llamo y escucho.

Unos instantes después, camino de puntillas desde la puerta hasta la ventana. No puedo ver a través de ella. El sol reluce en el vidrio y

me deslumbra. Pego la cara al cristal. Al principio no puedo ver nada. Los objetos se vuelven visibles uno a uno: el suelo de piedra, una silla, una mesa, una cómoda pegada a una pared. Sobre la cómoda, una jarra y una palangana. Al fondo de la habitación, un pasillo se adentra en la casa. Hay una silla volcada. Si miro a mi izquierda, puedo adivinar dónde debería estar la puerta, pero no puedo verla porque está justo detrás de una pared que sobresale, limitando mi campo visual. Imagino a alguien allí, esperando que me vaya. Presiono más el cristal, coloco las manos alrededor de mi cara para bloquear el brillo del sol. El suelo está cubierto de una película gris de polvo. Es fina, de apenas unos pocos días.

A estas alturas, es obvio que no será fácil obtener respuestas. Pocas personas me miran por la calle. Una de ellas, el juez, ha escapado de mí. Las doscientas, trescientas personas cuyos nombres sabía, se han esfumado. Un alguacil que obviamente no es líder de nada. Una mujer que finge no conocernos ni a mí ni a su predecesora, que finge quizá a regañadientes, no por deber u obligación. Eso no lo sé.

Parece que intentan olvidar. Eso sería una tragedia. Solo los débiles olvidan su pasado. Si matas a un hombre que no recuerda su lugar en el mundo, los lazos que lo unen a su comunidad, ¿puedes decir que has matado a un hombre, realmente? ¿Qué es un hombre, sino su pasado y sus camaradas? No existiría la sensación de pérdida. Con los pueblos igual. Solo un pueblo débil olvida su pasado, una nación puede ser aniquilada y volver a empezar sin que nadie se dé cuenta. En vez de una historia, solo un silencio sin nadie que pueda oírlo. Un pueblo patético, y si eso es lo que eligen, se merecen todo lo que les pase.

Mi pueblo ha conseguido una historia mediante la guerra. Redujeron su número por su bien, para enfrentarse a un mundo inhóspito. Esa es la historia de este pueblo. El hombre que escapó, el otro que me derribó, las personas sentadas en las cocinas que me ignoraban, el alguacil, Elba, no deben olvidar de dónde vienen. Frutos del hambre y de la necesidad, son los supervivientes, son aquellos que tenían que soportar la carga del futuro, un futuro amenazado por los débiles. ¿Sienten culpa? Esa no es su carga. En esta tierra no existe la culpa, no ha existido desde que comenzamos a luchar, desde que comenzamos a rebanar gargantas en un desesperado intento por sobrevivir. Este pueblo no tiene la imaginación necesaria para sentir culpa. No tienen el derecho a sentirla.

¿Se trata simplemente de obligarlos a recordar, a recuperar la memoria? ¿Se trata simplemente de reunir pruebas suficientes para que no puedan renegar de mí, hasta que tomen aliento y se armen de valor para mirar al pasado -y a mí- a la cara?

Es deber lo que tienen que sentir. No culpa, sino deber. Como últimos representantes de una especie que una vez fue dominante, tienen el deber de recordar lo que ocurrió antes. Porque no tenemos nada más.

Me resulta decepcionante eso en lo que parecen haberse convertido. Sombras. Fantasmas. ¿He sido yo el que los ha hecho así? ¿Los he asustado y ahora se esconden en los rincones como niños? No. Yo también soy el producto de un mundo destrozado. Pero les mostré cómo puede arreglarse, cómo pueden juntarse cada una de sus piezas ensangrentadas.

Las veo aproximarse desde lejos, una más alta que la otra. Elba y Amhara. Ya me han visto. Me detengo y espero a que se acerquen. Amhara lleva un abrigo rojo. De nuevo, me acuerdo de cuando la vi por primera vez. Tengo la misma sensación que tuve entonces.

—Buenas —dice Elba.

—Hola, Elba. Hola, Amhara—. La niña mira al suelo.

Elba continúa: —Lo siento si anoche fui algo brusca—.

Meneo la cabeza.

—¿Te gustaría probar de nuevo? —pregunta ella.

—¿Haceros una visita?

—No. Bueno, sí. Quiero invitarte a cenar otra vez —dice—. ¿Esta noche?

—Me encantaría —contesto.

—Bien—. No se despide, pero se vuelve y se va. Las veo seguir su camino por la calle. En la esquina, Amhara se gira para mirarme. La saludo con la mano. Ella no me corresponde.

Lo que puedo hacer durante el día es limitado, pero hay al menos dos cosas. Puedo empezar a llamar a las puertas, tratar de encontrar a alguien que reconozca o alguien que vaya a hablarme. También puedo volver a la arboleda de naranjos y al claro que hay justo en su centro, el lugar donde ahorcábamos a los débiles.

Por supuesto, existe el riesgo de que cierren las puertas mientras estoy fuera y no me permitan entrar de nuevo, pero tendré que correr ese riesgo. Quiero encontrar pruebas de mi trabajo. Guardaba algunos documentos en una cabaña que había allí, y si siguen ahí pueden ayudarme a resolver mi problema.

De camino a las puertas, veo a Andalus a distancia. Me molestan sus paseos, pero no puedo mantenerlo cerca, a la vista, todo el tiempo y seguir buscando la verdad.

No estoy acostumbrado a las limitaciones. En la isla, los límites eran los que yo me ponía.

Lo llamo, pero está demasiado lejos. Es una forma gris en la distancia, una forma rota por el espejismo del calor. Me acuerdo de la primera mañana en las puertas de la ciudad. Corro a ver si lo alcanzo. Dobla una esquina y desaparece. Golpeo la pared de una casa con el puño. La puerta de la casa se abre. Se abre hacia mí. Puedo ver la sombra de un hombre entre el hueco y el marco. Espero a que enseñe la cara. No sale. La puerta empieza a cerrarse. Grito y corro hacia ella, pero llego demasiado tarde.

Camino entre los árboles, entre la luz verde y moteada, arrastrando las manos por la hierba y por la corteza de los árboles. Camino entre la luz, el sol suavizado por la sombra de las hojas de los naranjos. Me llevo las manos a la cara. Huelo los ácidos, los aceites. Me doy cuenta de que, en cierta manera, estoy embelesado por mi antigua ciudad, por lo que es ahora. Embelesado y frustrado. ¿Puede uno entregarse y amar completamente algo que no es perfecto, que no es correcto? Quiero decir que sí. Una parte de mí quiere rendirse a la ciudad. Sé que podría regresar a su abrazo, ceder a las caricias de Elba, olvidar a Abel, a Tora, olvidar mi parte en todo esto. Podría criar a la niña, tal vez formar mi propia familia. Empezar de nuevo. Aunque eso podría no ser posible. Elba ha llegado a una edad en la que podría resultarle peligroso dar a la luz. Un sucedáneo de familia entonces. Algo imperfecto, algo incompleto, impuro. La historia ha llegado demasiado lejos como para exigir pureza.

Y demasiadas preguntas. Demasiadas cosas sin terminar como para hallar algún tipo de satisfacción en una vida tranquila.

Hay fruta tan baja que tengo que agacharme a medida que paso bajo las ramas. En algunos sitios, el follaje es tan denso que bloquea la luz. Me adentro en el huerto de frutales sin ver a nadie. No hay más sonido aparte del de mis pisadas. Me asombra la abundancia de fruta. Parte de ella está pasada, como si tuvieran de sobra y no se hubieran molestado en recogerla. En mi época, cosechábamos lo que podíamos y lo manteníamos protegido para evitar el robo. Pero aquí no hay nadie.

Me abro camino entre los árboles y me encuentro de repente en un claro soleado. Los árboles dan paso a una hierba verde y alta y, en el centro, apenas encajando con nuestro asentamiento, hay una cabaña de piedra de unos cuatro por cuatro metros. Aunque los alrededores han cambiado mucho, de alguna forma he encontrado el camino hasta aquí fácilmente. Hace años, allí solo había unos pocos árboles. Árboles más robustos que los naranjos. Quedan unos pocos de estos, observo, y siguen formando un círculo alrededor de la cabaña.

Mantuve este lugar vallado. Estaba a una milla de las puertas del asentamiento, no muy lejos de la vista. He caminado sobre las tumbas

durante los últimos cien metros. Solíamos enterrarlos aquí, donde morían. Empezamos por la cabaña y los enterrábamos en círculos, formando una espiral desde el centro hacia fuera, ya que cada vez teníamos que enterrar a más.

Los enterrábamos en tumbas poco profundas, con el rostro orientado hacia el cielo. De esa manera, según creían algunos, podrían alzarse de nuevo e ir a un mundo mejor, un mundo posible gracias a su muerte. Solía haber varios cuerpos en una sola tumba. Los enterrábamos, pero su entierro no significaba el olvido, no tenía esa intención. Estoy enfadado porque parece que han retirado los marcadores. Señalábamos cuidadosamente las tumbas con un pequeño montón de piedras. Pero no las han movido. Aparto la hierba con el pie y revuelvo uno de los montones. No se han movido, solo los han enterrado y olvidado. Al menos siguen aquí, pero no debería estar todo tan descuidado. Si se armó un escándalo por lo que les hicimos a estas personas, ¿por qué no han sido recordadas entonces? Dejar las tumbas abandonadas, cubiertas por la hierba y los frutales, no hace justicia al recuerdo. Tengo una visión, la de un cuerpo en la tierra. Las raíces de un naranjo perforan la tierra, perforan la bolsa, perforan la carne del hombre. La fruta de los árboles que dan de comer a la ciudad, nutrida por la muerte de nuestros ancestros.

Por otro lado, mejor un huerto de frutales y una paz imperturbable que una tierra seca, un sol abrasador y unas pocas piedras pequeñas como monumento en un paisaje desolador.

He traído la piedra de la isla conmigo. La saco de la bolsa y miro por todo el claro, buscando un lugar donde ponerla. No hay un lugar obvio. Parece un gesto vacío, pero coloco la piedra en el suelo, delante de mí. Es más oscura que las otras que he movido. Me incorporo y respiro hondo. Me siento desanimado.

Me acerco a la cabaña. La ventana está sellada con tablas, pero no por completo. Dos tablas que forman una equis. La puerta ha sido cerrada con clavos. Echo un vistazo al interior. Mis ojos tardan un rato en adaptarse a la penumbra. No hay mucho que ver. A primera vista, parece que lo han retirado todo. Casi todo. Hay una forma blanquecina acostada sobre la mesa del interior. Me echo atrás. La forma de una cabeza, dos bultos en los extremos como si fueran pies, un brazo colgando de un lado. No se mueve. Por supuesto, sé que no es un cuerpo. Pero esa imagen resulta evocadora. Es suficientemente realista. Un cuerpo falso sustituyendo los cientos de ellos que hubo antes que él. Llena el espacio de los muertos.

Derribo la puerta a patadas. Me acerco a la forma poco a poco, me abro paso entre el polvo. Hay motas en el aire, parecen moscas. Centellean con los rayos de luz que se cuelan por la entrada. Camino hasta ella, alargo la mano, la toco. Cede fácilmente cuando la toco. Es

uno de los sacos en los que metíamos a los muertos antes de enterrarlos. Durante un instante, justo antes de abrirla de un tirón, creo que voy a ver a la madre de Tora, como si hubiera muerto ayer, pero lo único que veo dentro son más sacos como ese. Parece que han querido dar la impresión de que es un cadáver. Por qué, no lo sé. Los saco de uno en uno. Más polvo. Hay un movimiento a mi espalda. Me doy la vuelta rápidamente, pero no veo nada. En la puerta, miro con los ojos entrecerrados por la luz. No veo a nadie. —¿Quién hay ahí? —grito. No hay respuesta. Rodeo la cabaña por el otro lado, pero no hay nada y no oigo más sonidos. Un conejo, supongo. Vuelvo a entrar en la cabaña y deshago el cadáver de mentira. Estornudo por culpa del polvo. El sonido vuelve a sobresaltarme.

Echo un vistazo a la habitación. Lo han retirado todo excepto la mesa y las bolsas. Nunca hizo falta mucho equipo. Una silla, una mesa, una pequeña plataforma, un armario, un poco de cuerda, un hornillo para que los guardias calentaran la comida, cuchillo, cordel, bolsas. Eso era todo.

El armario, que solía contener registros, ha desaparecido.

Camino hasta la pared del fondo. Alargo la mano hacia ella. Paso los dedos por encima de las marcas. Hacíamos una pequeña marca con una piedra en la pared de la cabaña. La séptima raya que dibujábamos cruzaba las seis anteriores. Al final de la número cincuenta y dos, empezábamos una nueva hilera. Por qué contábamos a los muertos de esta manera, por qué contábamos así el tiempo, eso no lo recuerdo. ¿Significaba que cada muerte le garantizaba un día más al asentamiento? Quizá. Pero también es una señal de respeto. Una marca grabada en piedra nunca morirá.

Doy un paso atrás. Las marcas van de lado a lado de la pared y desde el suelo hasta el techo. Estoy rodeado de ellas. Asfixiado. Sé cuántas hay. No tengo que contarlas. Hay novecientas diecisiete marcas en la pared.

Puedo recordar el nombre detrás de la primera marca, el nombre detrás de la última, algunos de en medio. En la isla traté de recordar más. Cada noche, me echaba en mi cama y repasaba los nombres mientras ojeaba la pared de la cueva. Deseaba recordar más. Al rato, me obligaba a parar y a escuchar solo el viento, las olas. No pensaba en Bran, en Tora, en Abel, en mi destierro. Simplemente en los nombres. Solo los nombres. Las caras, prácticamente inexpresivas, sin nombres, se apretaban contra la roca de mi cueva, contra la pared de los días, tratando de abrirse paso a través de ella. Cerraba los ojos para mantenerlos fuera.

Cuando Tora vino a mí después de que ahorcara a su madre, la apreté contra mí. La abracé y sentí cómo el corazón me daba un vuelco. Pero entonces me miré las manos, sobre su espalda. Recordé la

sangre, la sangre de su madre en mis manos, unas manos a las que solo un fino vestido separaba de la piel de Tora. Solté una mano, la apreté más contra mí con la otra. Pero pensé que parecía como si quisiera soltarla. No era así. Quería seguir abrazándola. Una y otra vez. Parecía dolida. No pude explicarlo. Se soltó de mí, me rozó al pasar y fue a servirse un vaso de agua.

Me tocó declarar la clase c a cada uno de los novecientos diecisiete. Me hice cargo de ello. Dicté la sentencia de muerte de cada uno de ellos. Algunos lloraron. Otros intentaron atacarme. La mayoría estaban demasiado débiles. He sido maldecido mil veces.

Cierro la puerta, salgo y vuelvo a la parte trasera de la cabaña. Está lleno de malas hierbas, los árboles sin podar. Mis pies se hunden en fruta podrida, en maleza, en ramas muertas. Como si fuera barro. Doy una patada. Mis botas sacan algo duro. Me agacho para cogerlo. Mide unos pocos centímetros de largo y está recubierto de tierra marrón. No es madera, es demasiado duro para serlo. Retiro parte de la tierra. Ahora puedo ver los poros. Es hueso, de eso estoy seguro. De qué, eso ya no lo sé. Podría ser de cualquier cosa: de perro, de humano. Pateo la tierra, sigo apartándola, me pongo de rodillas y, con las manos, excavo un poco más hondo. La tarea resulta difícil y solo consigo avanzar un poco, apenas más allá de la superficie. Sé que con mejores herramientas podría descubrir esqueletos enteros. Pero ¿qué demostraría eso? Sin nombres, no demuestra nada. Pero encuentro otro hueso más. Lo saco. Es de una pierna humana. Lo arranco de la tierra, esparzo piedras y hojas a medida que lo hago. Me quedo quieto sosteniéndolo. Me quedo allí quieto con el hueso de la pierna de un hombre en la mano, echo la cabeza hacia atrás y mis ojos se cierran en contacto con la luz.

La luz crea dibujos en mis párpados. Los abro y los cierro, una y otra vez, esperando que las formas desaparezcan. Se vuelven más y más brillantes. Empiezo a ver sus caras. Sus rostros comienzan a volver a mí. Estoy rodeado de árboles. De cada una de sus ramas cuelga un cadáver. Las hormigas trepan por sus pieles. Los cadáveres se extienden por toda la arboleda, llegan hasta lo más oscuro del huerto de frutales. Los cuerpos oscuros se mecen suavemente con la brisa. Puedo oír el crujido de las cuerdas.

Regreso a la ciudad a última hora de la tarde. Me dirijo hacia el refugio. Andalus ha reaparecido. Dormita al sol de la tarde, apoyado en un muro. Me siento a su lado, hombro con hombro. Se despierta, pero no se mueve. Inclino la cabeza en su dirección. En cierta forma, su mole resulta reconfortante. Real. Le doy un toquecito en la mano. —Andalus —digo. —Andalus. No consigo avanzar. Vine aquí para salvarnos a los dos, pero no estoy consiguiendo nada—.

No responde. Descansa los brazos sobre sus piernas. Una imagen se cruza por mi mente. La vi cuando era niño. La encontré en unas ruinas con las que se topó mi grupo cuando nos movíamos hacia el sur. En la imagen, había criaturas similares a los hombres, pero con mandíbulas más grandes y frentes más toscas. Estaban cubiertos de pelo negro y se encontraban en un bosque verde y exuberante. Para mi mente infantil, resultaban tan aterradores como fascinantes. Si hago memoria, puede que fuera eso lo que ayudó a alimentar mi curiosidad por el pasado, a hacerla mayor que la de los demás: la imagen de unas extrañas bestias en una tierra desconocida. No se la enseñé a nadie. Mis padres habían muerto hacía mucho tiempo -ojalá tuviera una mínima idea de su aspecto- y tenía pocos amigos. Pero era algo que no habría compartido ni aunque las cosas hubieran sido distintas. La guardé durante años. Uno de los animales estaba sentado exactamente en la misma postura en la que lo está Andalus ahora. ¿Cómo ha llegado a esto? Estoy empezando a creer que no solo está traumatizado por lo que sea que le ha ocurrido en Axum, sino que también ha perdido la razón. Existe la posibilidad de que no le haya sucedido nada. Ni traumas, ni grandes acontecimientos, ni motines, ni levantamientos, ni juicios. Puede que simplemente perdiera la razón y un día se alejara para no regresar jamás. La colonia lo mantuvo vivo en señal de humanidad hacia el que una vez fue un gran gobernante, y un día se quitó los grilletes de terciopelo y se escapó. Una explicación no del todo absurda.

Vuelvo a pensar en otra posibilidad. Que sea más listo que yo. Me espía en la isla, comienza una actuación, una elaborada estratagema. Lo traigo de vuelta, consigue colarse aquí y envía un ejército a través de los mares y las llanuras para reconquistar Axum, arrebatársela a los amotinados, a la tercera fuerza, e imponer la ley y el orden. Está ganando tiempo, esperando el momento perfecto para hablar. Al final, su juego saldrá a la luz.

Me pregunto cómo sería si la situación fuera al revés. Si me hubieran desterrado, si hubiera navegado hasta el territorio de Axum y me hubiera encontrado solo con Andalus en una isla, ¿qué habría hecho yo?

Sigo: —Están escondiéndose de nosotros, Andalus. Cada vez estoy más convencido. ¿Qué otra explicación podría haber? Solo han pasado diez años. Han encerrado a Abel y a Tora. Eso, o Abel está dirigiendo todo esto. Su nombre sigue en la pared. Todo aquel que me conoce bien permanece fuera de mi vista mientras deambulo por las calles. Sus vidas se han interrumpido desde que estoy aquí. Las únicas personas a las que se les permite estar en la calle son los niños y la gente que saben que no conozco—.

Apoyo la cabeza contra la pared.

—Por supuesto, no tengo pruebas de ello. Es solo una teoría. Y no

sé por qué. ¿Por qué no dispararme una flecha y acabar con esto? ¿Por qué no plantarme cara y decir: «No, no puedes estar aquí, lárgate»? Parecerían débiles. Sería una señal de debilidad.

Lo miro. —Necesito tu ayuda, Andalus. Descubriré la verdad. Obligaré a esta gente a contármela de una forma u otra. Los obligaré a reconocerme, de la misma manera que yo, que nosotros de hecho, los obligamos a afrontar la verdad de nuestra situación hace todos esos años. Pero será más rápido si me ayudas—.

Me vuelvo hacia él. —¿No quieres arreglar las cosas? ¿No quieres acabar con todo esto? ¿Con todos esos pensamientos, los fantasmas, con esos cientos de fantasmas?—.

Y entonces menea la cabeza. Es tan sutil que creo que puede haber sido cosa de mi imaginación. Espero, pero no hay más movimientos.

—¿Esa es tu respuesta, Andalus? ¿Esa es tu respuesta? ¿No? ¿No sientes nada?

Ahora su cabeza señala hacia otro lado. Está quieta. Puede que simplemente estuviera moviéndose para escapar. No responde. Tiene los ojos cerrados. Atraigo su cara hacia mí y los abre. —¿Me has dado alguna respuesta?—.

Sus ojos parecen ausentes. Me recuerdan al océano por el que navegamos. Azul grisáceo. Sin vida. Pero allí, en alguna parte, tal vez en las profundidades, una ciudad de zafiro, un monumento a un gran hombre, un recuerdo, una historia.

Más tarde, cuando llego a casa de Elba, Amhara abre la puerta. Antes de que pueda decir nada, echa a correr dejándome pasar al piso por mi cuenta.

—¿Hola?

—Estoy aquí. En la cocina.

Elba está inclinada sobre un pequeño hornillo.

—Pensaba que los habían confiscado hacía mucho tiempo —digo mientras muevo la cabeza en dirección al hornillo.

Se ríe. —No. Ahora están permitidos.

—Así que reconoces que las cosas han cambiado —digo.

Mira a su alrededor con una expresión de desconcierto en la cara. —Claro que sí. Las cosas cambian continuamente—. Es como si estuviera desafiándome.

El olor que hay en la cocina hace que mi estómago ruja. No he comido nada en todo el día. Amhara entra como una tromba y va directa hacia su madre, le susurra algo al oído.

Elba se gira. —A mi hija le gustaría que le contaras una historia—. Sonríe como pidiendo disculpas. Amhara se vuelve bruscamente y mira a su madre con enfado. Apenas es un momento y puede que me

equivoque. Decido ignorarlo.

—¿Una historia? Déjame pensar. ¿Te gustaría saber más sobre la isla?

Asiente con la cabeza pero no me mira.

—Está bien —me siento a la mesa. —Vivía en una cueva de la isla. Llovía todo el rato. No como aquí. Pasé diez años sin ver el sol, solo un disco blanco entre las nubes. Era un mundo aburrido: gris, marrón, verde claro. No son los colores de la vida. Puede que la última vez te diera la impresión de que la isla era un paraíso. No lo era. La vida allí era dura. No insoportable, desde luego. Pero no sentir el sol en la piel durante diez años, solo la lluvia, no es una buena forma de vida. Y el silencio. Solía ver cosas—. Paro de repente. No quería haber dicho eso.

—¿Quién más había allí? —pregunta la niña.

—¿Quién más? Nadie. Allí no había nadie más. Solo estaba yo. Yo, los pájaros, los peces, los gusanos.

—¿Qué es lo que viste?

La miro fijamente, luego a Elba. —Veía a personas. Quiero decir, sé que en realidad no estaban allí, pero cuando llevas mucho tiempo solo empiezas a imaginar cosas. Y una parte de mí deseaba que estuvieran allí, quería que volvieran—.

—¿Echabas de menos a tus amigos?

Me alegro de que me haya malinterpretado un poco. —Había una mujer —miro de reojo a Elba. —Había una mujer a la que echaba de menos. Espero que ella me extrañara a mí algo. Había otro hombre. Había sido amigo mío. A él no lo echaba demasiado de menos.

—¿Por qué no?

—Fue él quien me envió lejos, quien conspiró con la gente de la ciudad para destituirme y desterrarme a los límites de Bran.

—¿Por qué hizo eso?

Hago una pausa. —La gente sintió que hacía falta un cambio. Ya no me necesitaban—.

Amhara piensa durante un rato. —Así que estabas solo—.

—Sí. Pero un día encontré a alguien. Caminaba por la costa y lo vi a cierta distancia, echado en la arena. Lo había traído la marea. Lo cuidé hasta que se recuperó y le di comida y refugio.

—¿Dónde está ahora?

—Lo he traído de vuelta a Bran. Es un hombre muy importante. Sabía que tenía que traerlo de vuelta. Puede que nuestro futuro dependa de ello. Lo he dejado donde estoy instalado ahora. No es muy hablador—. Digo esto con una sonrisa.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Supongo que ha sufrido algún tipo de conmoción y por

ahora es incapaz de hablar. A veces ocurre. En la guerra, la gente ve cosas que no le gustan. Los asusta. A veces se quedan mudos. Lo he visto muchas veces.

—¿Te ha pasado a ti?

—No. He tenido suerte.

Baja el rostro, parece estar reflexionando acerca de lo que he dicho.

—¿Cómo puede ser amigo tuyo si no habla? Tiene que hablar para que puedas conocerlo.

—Buena pregunta. Lo conocí hace años, antes de que llegara a la isla. Se llama Andalus, es general de Axum, un hombre muy poderoso. Hace años yo también era muy poderoso aquí. Debiste de nacer poco después de que me marchara y dejara de ser alguacil de este asentamiento. Trajimos la paz entre los dos. Habíamos vivido muchos años de guerra. Pero le pusimos fin porque vimos que no servía para nada. Acabamos con la absurda muerte de miles de jóvenes.

Miro a Elba para ver si estoy yendo demasiado lejos, pero me da la espalda y no se vuelve.

—Esto fue hace más de veinte años, veintidós años de hecho desde la última vez que lo vi. Nuestros dos grupos estaban en paz. Habíamos prometido que cuidaríamos de nosotros mismos y que no pisaríamos el territorio del otro. Nunca. Así que pensé que jamás volvería a verlo. Y entonces aparece en la isla. Me hizo pensar.

La niña pregunta: —¿Qué pensabas?

—Empecé a preguntarme si la guerra comenzaría de nuevo. ¿No crees que es extraño que mi amigo aparezca en territorio de Bran después de haber prometido que ni él ni ninguno de los suyos iban a volver a acercarse a nosotros?

En este momento, Elba se gira y dice: —Basta ya de historias—.

Amhara dice: —Me gustaría escuchar más—. Mira a Elba, que cede enseguida.

—De acuerdo. Un poco más —dice.

Sigo: —También regresé por otra razón.

—¿Cuál era?

—Él y yo éramos hombres poderosos, con ideas propias de la época. A algunos no les gustaban, decían que esas ideas eran bárbaras. Intentaron detenernos.

—¿Tenían razón?

No respondo. En vez de eso, digo: —He vuelto para intentar arreglar las cosas—. Miro a su madre mientras digo esto.

Elba deja el plato que estaba sujetando. —Es demasiado joven, Bran. Amhara, no más preguntas—.

La niña me mira desde el otro lado de la mesa, ignorando a su

madre. Unos instantes después dice: —Me gustaría ver a tu amigo—.

—Tu madre lo ha visto —digo.

—¿Ah, sí? —parece haber olvidado las instrucciones para Amhara.

—Sí. En las cocinas. Entré con él.

Elba frunce el ceño. —No lo recuerdo, lo siento.

—Estaba sentado enfrente de mí. También me has visto con él en la ciudad.

Menea la cabeza. —Lo siento—.

Estoy sorprendido. No es una imagen fácil de olvidar.

Elba se vuelve hacia Amhara y dice: —Es hora de irse a la cama. Da las buenas noches—.

La niña la ignora. Me mira y dice: —Ella no es mi madre, ya lo sabes—.

Elba deja caer una sartén y rueda hacia ella. —No puedes decir eso —. Su voz es un susurro entrecortado. —¿En qué habíamos quedado? —.

Amhara mira la mesa. Tiene el ceño fruncido. —Bueno, es que no lo eres. Solo finges serlo.

—¡Vete! Buenas noches.

Amhara se marcha sin decir una sola palabra.

Sonrío a Elba como pidiendo disculpas. Durante un instante no sé qué decir. Quiero preguntarle por lo que ha dicho Amhara, pero Elba habla primero. —La niña tiene demasiada imaginación. Me gustaría que no siguieras metiéndole ideas en la cabeza. La historia de Andalus y tú está bien, es muy original, pero no debería escucharla una niña pequeña.

—No es una historia, Elba. Es necesario contarla. Y la gente tiene que escucharla. Y no creo que nadie pueda tener demasiada imaginación. Sin ideas y sin visiones seríamos como perros—. Me sorprendo a mí mismo con este estallido. Elba no dice nada.

Cedo: —Pero sí, puede que una historia sobre una guerra inminente no sea lo mejor que se le puede contar a un niño antes de dormir—.

Asiente. —Voy a servir la comida. Tengo algo de vino —inclina la cabeza en dirección a una vitrina. —¿Quieres servir un poco?—.

No hablamos mucho después de eso y los silencios son un poco incómodos. Quiero sacar el tema de los comentarios de Amhara, el del hecho de que Elba no se acuerde de Andalus, pero procuro evitar enfadarla. Al final de la tarde, sin embargo, le hablo de mi charla con el alguacil. Me doy cuenta de que no me mira y no hace ningún comentario. —¿Qué te parece? —pregunto al final.

Me mira fijamente. —Creo que el alguacil tiene razón. Y creo que deberías dejar de preocuparte por estas historias—.

Esto me pilla desprevenido. —¿Razón? ¿Razón sobre qué?

—Simplemente tiene razón. Sobre todo. Nuestro primer alguacil fue Madara. Un gran hombre, aunque también violento. Un salvador para algunos, una bestia para otros. Pero fuera lo que fuese, para nosotros está muerto. Hemos seguido adelante. No deberías preocuparte por cambios de nombres.

No sé a qué se refiere. —No. Te equivocas. Tenemos que aceptar estos cambios. Tenemos que encontrar a los responsables. Puedo ver, por el letargo de la vida aquí, cómo las personas parecen aceptar cualquier historia que les hayan contado porque no hacerlo les traería demasiados problemas—. He golpeado la mesa con el tenedor. Me coge la mano y se lleva un dedo a los labios.

—Vas a despertar a la niña.

Asiento. —Discúlpame. Pero Madara es ficción, es una persona inventada, es el personaje de una obra—.

Elba se levanta, de la misma forma que la noche anterior, y se acerca a la ventana. —¿Conoces la leyenda de Bran? Tienes que conocerla, te llamas Bran. Solemos saber cosas que tienen que ver con nosotros.

—La conozco.

—Entonces sabrás que Bran también fue un gran rey. Gobernó en una época que nadie puede recordar, de la que nadie recuerda haber escuchado nada. Gobernaba un reino en alguna parte del este. En algún sitio. Rumbo al este, en cuanto veías los ríos fluyendo, las enormes montañas y la fruta cayendo de los árboles, sabías que estabas ahí. Dicen que allí vivían criaturas extrañas.

Hace una pausa. —Llegó al poder en una época peligrosa para su pueblo. Eran débiles. Pero venció a todo aquel que se cruzó en su camino. Siguió buscando vecinos a los que destruir. Protegió a su pueblo, lo hizo fuerte, consiguió que gobernaran a otros. Y entonces, un día, murió. Uno de sus tiradores lo disparó en la espalda. Un accidente. Le sacaron la flecha, pero aquello lo mató. Se desangró hasta morir y su sangre penetró en su amada tierra—.

Habla como si lo recitara de memoria.

—La gente estaba asustada. Su salvador se había ido. Cogieron un cuchillo y le cortaron la cabeza. La llevaron a los límites del reino, a la costa. La colocaron en una estaca, mirando al mar. La mirada era tan horrible, tan aterradora, que ahuyentaba a todos los invasores. Su reino jamás fue conquistado y vivieron en paz sin él, solo con su recuerdo.

—¿Estás diciéndome que eso es lo que me ha ocurrido?

Elba se burla. —No. Solo es una historia. Algo que sucedió. Que pudo haber sucedido—.

Me acerco y la acompaño en la ventana. Dudo, luego coloco mi mano sobre su hombro. Para mi sorpresa, ella recuesta la cabeza, de forma que su mejilla reposa sobre mis dedos.

—¿A qué se refería?

—¿Quién?

—Amhara. ¿A qué se refería cuando ha dicho que no eras su madre?

Se pone tensa bajo mi roce.

—Está en una edad difícil.

—Aun así, ¿qué quería decir?—. Soy consciente de que me arriesgo a contrariar a la única persona que ha mostrado interés por mí, pero la verdad es más importante.

Elba se aparta y se vuelve para mirarme a la cara. —No se refería a nada. ¿Qué pretendes haciendo esa pregunta?—.

—¿Quién es el padre?

—Ya te lo dije.

—¿Es mía?

Elba duda, luego se ríe. Da un paso atrás. Vuelve a reírse. Es una risa superficial.

Sigo. —No es tu hija, ¿verdad?—.

La sonrisa desaparece.

—Es la hija de Tora. Me di cuenta en cuanto llegué aquí, pero acabo de ser consciente de ello. Vi a Tora en ella. Yo también me veo en ella.

Elba parpadea. Mueve los labios, pero no dice nada. Simplemente mira.

Me acerco y la sujeto por los brazos. —Dime qué está ocurriendo. Dime por qué nadie afirma reconocerme. Dime por qué nadie va a reconocerme—. Estoy inclinándome un poco, como si fuera a arrodillarme.

—Dime a qué juego jugáis. ¿Por qué todos fingís que no me conocéis?

No responde.

—No voy a darme por vencido. Podría volver a vivir aquí, asentarme, tal vez incluso contigo—. No levanta la vista. —Pero todavía no puedo hacer eso. Tengo la intención de averiguar qué le ha ocurrido a esta ciudad desde que me marché, qué le ha ocurrido a Abel, a Tora. Es por vuestro bien. Nuestro bien. ¿Cómo podéis avanzar si no recordáis?—.

Ahora me mira, más serena. —¿Por qué supones que sabes lo que más nos conviene? Vienes aquí, apareces de la nada, con el polvo de las montañas en el abrigo y esa forma de hablar anticuada, y aseguras haber sido el alguacil de esta ciudad, haber fundado incluso este

asentamiento. Cuentas todas estas historias. No te tengo miedo. Atribuyo tus excentricidades a, bueno, un carácter excéntrico, algo de lo que esta ciudad carece, sí. Somos ciudadanos serios que se ocupan de sus cosas, pero a nadie le gusta contar historias. Eso es lo que me gusta de ti. Pero sigues insistiendo con eso. ¿Por qué no admites la derrota, dices que te has equivocado, dices que durante estos diez años que dices que has estado fuera te ocurrió algo que no eres capaz de recordar, algo que cambió quién eres? Dices que te desterraron, pero ¿no es posible que seas simplemente un marinero que se perdió, que estuvo a punto de ahogarse en un naufragio y que luego despertó, aun siendo sensato en otras cosas, creyendo que en el pasado había sido un guerrero, un gran hombre, un asesino?—. Se detiene, un poco sin aliento.

—Bran… Hasta tu nombre podría ser inventado. El mismo que el de la ciudad. ¿Eres huérfano? Puede que te trajeran aquí, desprovisto de recuerdos y de historias, oculto en las sombras y esperaste hasta que una historia llegó hasta ti, hasta que supiste quién eras. Bran, el ciudadano. El hombre de la ciudad. Dices que somos nosotros los que te hemos olvidado a propósito, los que te hemos borrado, pero ¿estás seguro de que no eres tú el que está inventándose todo esto? ¿Estás seguro de que la historia que cuentas es cierta?

—Estás siendo ridícula —digo.

—Sí. Quizá—. Hace una pausa. —Pero eres incapaz de dar una explicación razonable a por qué una ciudad entera ha conspirado para ocultar la existencia de dos hombres, una mujer y toda una historia.

—Aún no soy capaz de explicar por qué habéis decidido hacer esto. Por eso me gustaría que me ayudaras.

—¿Qué respuesta quieres conseguir, Bran? ¿Qué respuesta podemos darte? No puedes conocernos de nuevo—. Cierra los ojos durante un segundo, como si hubiera metido la pata.

—Has dicho «de nuevo». Me conoces.

—No quería decir eso. No te conozco.

—Soy Bran, vuestro primer alguacil.

—No te conozco.

—Soy Bran.

Niega con la cabeza. —No—.

Aflojo la presión, le doy un empujón y me aparto.

—Tal vez deberías irte.

Cruzo la puerta. No miro atrás.

Me dirijo a la casa de Abel. Camino por las calles oscuras. Hay unas pocas luces encendidas. Es más tarde de lo que pensaba. La luz de la luna crea sombras desde los tejados. Algo se mueve en lo alto de

uno de ellos. Alzo la vista rápido. No puedo ver nada. Doy una vuelta completa. Nada. Recuerdo la isla, las cabezas mirándome fijamente desde lo alto de los acantilados.

Bajo la vista y lo veo. Una figura, no puedo verle la cara. Retrocede a un portal. Lo llamo. Echo a correr hacia él. Una puerta se abre a su espalda y desaparece.

Me lanzo contra la puerta. La golpeo con ambas manos. Doy un paso atrás y le meto una patada.

Como ratones. Se mantienen en las sombras. Huyen de lo que no comprenden.

Esta vez tengo mi cuchillo. Se desliza con facilidad. Lo giro y noto cómo el metal cede. Resulta fácil. La cerradura está pulida. No es como esas cerraduras que hace mucho tiempo que no se abren. Entro en casa de Abel y espero hasta que mis ojos se adaptan a la penumbra. Hay polvo por todas partes. Toda la estancia está gris por ello, y la luz de la luna la hace aún más gris.

Me oigo a mí mismo gritando: —¿Hola?—. No sé si espero una respuesta.

A medida que me acostumbro a la oscuridad, empiezo a distinguir objetos, objetos que reconozco. De una pared cuelga una funda de espada que pertenecía a Abel. Se la regalé después de que destacara en una batalla. Detrás de las líneas enemigas, puso a salvo a un pequeño grupo de soldados y, sobre la marcha, capturó un puesto de vigilancia. Un acto de máxima nobleza en una época en la que una sola derrota más podía haber significado el final para nosotros. Recuerdo el momento en el que la aceptó. No sonreía. Me miró mientras se la entregaba. La expresión en sus ojos era casi hostil, pero lo más probable era que fuera simple determinación. Las sonrisas en los buenos momentos no eran lo suyo.

Tengo la sensación de que ha ocurrido algo en esta habitación. Las cosas están fuera de su sitio. Hay un cajón abierto. Abel era un hombre muy ordenado. Por eso trabajábamos bien juntos. Éramos parecidos en ese sentido. Nada escapaba a su atención. Es por eso que, siendo la casa de Abel, algo tiene que haber sucedido. Es un caos. Pero es la casa de Abel. Con las pertenencias de Abel.

Sobre la mesa hay uno de los libros de contabilidad que elaboré. Lo abro. Está en blanco, salvo por una inscripción: «Propiedad de Bran. Devuélvase a la oficina del alguacil de Bran a voluntad». Yo mismo encargué aquella inscripción. En términos reales significaba poco, pero era una de las piedras angulares del asentamiento, una de las maneras de reestablecer el gobierno de la ley. Como gesto, lo significaba todo. Cierro el libro. Mis dedos dejan marcas en el polvo.

Lamento la ausencia de una fecha en el libro de contabilidad, porque habría dado pistas sobre el momento de la desaparición de Abel y la ausencia de escritura, ya fuera mía o de Abel, me habría ayudado a probar mi historia.

Voy a la cocina. Los armarios están vacíos, y la habitación también, salvo por una pequeña mesa y una silla acostada de lado. La cocina comunica con el dormitorio. Está casi a oscuras, la única ventana que hay tiene las persianas bajadas. La única luz que entra procede de las rendijas entre las tablas. En el centro de la habitación hay una estructura de madera de una cama y un baúl a los pies de la cama. Abro la tapa. Dentro, arrugada en un rincón, encuentro una chaqueta. Mi corazón se acelera. La sacudo. Es una chaqueta militar. Han arrancado la insignia, pero puedo adivinar, por el número de rasgaduras, que pertenecía a mi mano derecha. Puedo imaginarla tal como era. Busco el nombre en el bolsillo delantero. También lo han arrancado.

La cama está deshecha. Las sábanas están arrugadas. Las levanto, las sacudo. Me llevo una manta a la cara. Puedo olerla. Respiro profundamente. Huele a ella. Al jabón de sus manos. A su pelo. Me acuesto.

Duermo como si estuviera bajo la influencia de una droga. Cuando despierto ya está clareando. Cojo la chaqueta y me dirijo a la cocina. Algo llama mi atención allí, en el suelo. Algo medio escondido bajo el aparador. Un trozo de papel doblado por la mitad. Lo abro.

Y es ella.

No un simple olor, un perfume, algo que un fantasma dejaría tras de sí. Es su letra. Aunque hayan pasado diez años, lo sé. La conozco. Reza, apenas unas pocas palabras: «Querido Bran, debes entenderlo». Esa línea está tachada. Continúa: «Hay un abismo entre lo que hemos sido y lo que queremos ser».

Le doy la vuelta. No hay nada más. Acaba ahí.

Me quedo quieto y la vuelvo a leer. Y vuelvo a hacerlo. Cada vez, las palabras forman las mismas frases. Cada vez, acaba demasiado pronto.

Salgo de la casa, me sumerjo en la luz de las primeras horas del día y cierro la puerta detrás de mí. No intento cerrarla con llave.

10

Me acerco a la oficina del alguacil. Veo a un hombre en la entrada del callejón cuando me marcho del refugio. Para cuando llego a la carretera, ya ha desaparecido. Me están vigilando. No llamo a la puerta. En vez de eso, giro el picaporte. La puerta está abierta. Subo las escaleras hacia la oficina del alguacil.

Está sentado en su mesa. Alza la vista cuando entro. Parece que no le sorprende verme.

Me siento en la silla de enfrente. Reparo en otro hombre dentro de la habitación. Está sentado en la esquina, detrás de mi hombro derecho. Me giro. Aunque no lo vi muy bien, creo que es el hombre que me arrolló cuando corría detrás del juez. No me mira a los ojos.

—¿Qué quiere, Bran? —comienza el alguacil.

—Buenos días —digo. Espero.

Al final me devuelve el saludo.

—No voy a fingir que entiendo su forma de tratarme, pero parece que puede que necesite algo de tiempo para adaptarse, para reflexionar. Soy un hombre paciente, pero quiero respuestas de usted. Aunque piense que ya no tengo derechos aquí, yo creo que sí. Tengo derecho a estar preocupado por cómo mi pueblo está echándose a perder.

El alguacil se apoya en el respaldo de su asiento, pero no responde.

—Tengo tres cuestiones que plantearle. En primer lugar, me gustaría conocer el paradero de Abel, el segundo alguacil de Bran, el que se quedó al cargo cuando me fui, así como el paradero de Tora. Era la mujer que ayudó a crear nuestro plan de comidas. Podrían estar juntos, si eso ayuda, aunque sospecho que puede que ya lo sepa. Sospecho que sabe muy bien dónde están.

Sigue sin decir nada.

—Segundo, quiero saber el motivo de esta farsa tan elaborada. ¿Por qué todos fingís que no me conocéis? ¿Que no me veis? ¿Por qué fingís ser lo que no sois? Usted, por ejemplo. No es el alguacil. Usted no es el líder de nadie. Representa el papel de alguacil, pero no forma parte de su esencia. No es un alguacil de raza.

Hago una pausa. Unos segundos después, comenta: —Ha

mencionado tres cosas—.

—Sí—. Mi tono cambia. Esto no me resulta tan fácil. —Quiero que haga algo. Es más una petición que una pregunta—. Vuelvo a hacer una pausa.

—Encontré a un hombre en mi isla. Este hombre no debería haber estado allí. Significa que el equilibrio se ha alterado. Significa que tienen que volver a lidiar con el pasado. Significa que ahora estoy aquí. Que estoy aquí pidiéndole, rogándole, que usted, que el asentamiento, vuelvan a mirarme, que miren lo que he hecho. Y que me maten o me liberen.

—Usted es libre.

Esquivo sus ojos, miro por la ventana. Desde aquí puedo ver los tejados de las casas, las torres de vigilancia de las puertas y, más allá, azules en la distancia, las montañas. Al otro lado de ella, al otro lado de la llanura, del océano, está la isla, derritiéndose bajo la lluvia.

—¿Qué quiere de nosotros, Bran?

Me vuelvo hacia él. No contesto a la pregunta. En vez de eso, digo: —Estoy reuniendo pruebas. Pruebas de que lo que digo es cierto—.

—¿Y en qué consisten?

—He visto al juez. El que me condenó. Supe por sus ojos que me había reconocido. Otros también. Tiene bien escondidos a mis amigos y a mis conocidos más cercanos, pero conozco a mucha gente. Tarde o temprano saldrán. No es una ciudad de fantasmas. La gente no puede quedarse en las sombras para siempre.

—Tiene que haber más.

—Tengo una carta dirigida a mí. Tengo una chaqueta que pertenecía a Abel. He encontrado restos humanos. Le he sacado una confesión a Elba—. Esto último es una exageración y observo al alguacil con atención a ver si reacciona.

—¿Elba? —pregunta, el rostro aún inexpresivo.

—Exacto. No creo que sea quien dice ser. Igual que usted no es el auténtico alguacil. Puede que fuera una amiga de Tora. La niña, que no es suya, parece confiar en Elba, aunque esté un poco molesta con ella. Pero no es quien dice ser. Y usted. He intentado ubicarlo. Me resulta familiar. Era un trabajador de una de mis oficinas, ¿verdad? Un administrador.

—A veces solía organizar obras de teatro en el patio de la ciudad para entretenernos.

A medida que lo digo, me doy cuenta de que es cierto. Lo he recordado. Al principio creía que era un general, pero no lo es. Un hombre insignificante hasta ahora, que desempeña el papel de alguacil.

—Me están siguiendo—. No tiene expresión. —En el huerto de

frutales, anoche, esta mañana—.

Esta vez sí que habla. —Tiene usted una gran imaginación. ¿Quién querría seguirlo?

—En la cabaña había un montón de sacos. Parecía un cadáver. Un cuerpo—.

—¿Un montón de sacos? ¿O sea que no era un hombre hueco? ¿Un hombre saco? —se burla.

—¿Cree que es apropiado guardar efigies en un lugar tan solemne? Las marcas en la pared. ¿No le dan escalofríos? ¿No le hacen arrepentirse de todo?—. Me detengo.

—Mejor efigies, mejor algo falso, que cuerpos de carne y hueso.

—¿Entonces admite que sabe lo que ocurrió allí?

—¿Qué ocurrió allí?

—Usted sabe lo que hicimos. Usted es heredero de ello. Sois hijos de ello, el hijo bastardo de un padre al que intenta olvidar.

Su rostro no expresa ninguna emoción. —¿Y usted? ¿Usted es mi padre?—.

Ignoro esta pregunta. —¿Qué habéis hecho con ellos?—.

—¿Con quiénes?

—¿Dónde está todo el mundo?

Extiende los brazos, las palmas hacia arriba.

—¿Qué habéis hecho con Abel y con Tora? ¿Están orquestando esto o también son víctimas de ello? ¿Los habéis matado? ¿Encerrado? ¿Quién está dirigiendo esto?

—Ya sabe quién está dirigiendo esto—. Habla con suavidad.

—¿Quién?

—Yo. Yo soy el alguacil.

—No lo es.

—Soy el alguacil de Bran. Usted es un vagabundo. Ha salido de la nada. Nos preguntamos de dónde había venido. Cruzó las montañas. Pero ¿antes de eso? Habla de islas. Habla de una tierra donde llueve sin descanso. Habla de un hombre al que nadie ha visto. ¿Se lo ha inventado? Lo miramos, desconocido, lo vemos. Pide que lo recordemos. Viene aquí pidiendo… ¿Cómo era? ¿Que lo matemos o lo liberemos? Abusa de nuestra hospitalidad con sus ridículas exigencias.

Puede que haya subestimado a este hombre. Habla despacio, pero con firmeza.

Me levanto deprisa y, antes de que el hombre del rincón pueda moverse, levanto a Jura por la camisa. Es un hombre grande, pero yo estoy fuerte. —Os las veréis conmigo—.

El otro hombre ya está de pie. Suelto a Jura. Coloco las dos manos sobre la mesa y me inclino hacia él. —Os las veréis conmigo—.

Abandono la sala y cierro la puerta a mi espalda.

No vuelve a abrirse. Camino por el pasillo hacia la sala desde cuya ventana creo haber visto a alguien mirándome.

Llego a la puerta. Pego la oreja a ella. No puedo oír nada. O puedo oír algo, pero no estoy seguro de qué es. Cuando acercas una caracola a tu oído puedes sentir el océano. ¿Escucho una respiración? Llamo suavemente. Vuelvo a escuchar. La misma respiración. Pruebo con el picaporte. La puerta está cerrada. La empujo. Es sólida. Me arrodillo y me agacho. El espacio entre la puerta y el suelo es pequeño. Dentro está oscuro. Pero puedo ver dos sombras aún más oscuras. Es como si hubiera alguien al otro lado, a unos pocos pasos de mí. Las sombras no se mueven. El pasillo está en silencio.

—Hola —susurro.

Ni un movimiento. Ni una respuesta.

—Tora. Soy yo.

Me pongo de pie. Coloco las palmas en la puerta y me acerco, presiono la mejilla contra ella. Está tibia. La temperatura de la sangre.

—Soy yo. Bran. He vuelto.

No suena nada ahí dentro.

Oigo pasos provenientes de más allá del pasillo. Avanzo y pruebo con el picaporte de la puerta de la siguiente sala. Me sorprendo cuando se abre. Cierro la puerta a mi espalda con sigilo. La llave está en la cerradura y la giro.

Los pasos se detienen, primero delante de la puerta de la sala de al lado, luego junto a mi puerta. El picaporte gira despacio. Luego se marchan, se alejan por el pasillo.

Miro a mi alrededor. Las paredes están casi ocultas. Las tapa un revoltijo de cajas, muebles y tablas. Parece que se usa solo como lugar de almacenaje. Empiezo a mover algunas tablas. Encuentro una pequeña caja de madera. La sacudo, produce un sonido como de sonajero. La abro y dentro descubro un juguete infantil, un hombrecillo hecho con palitos unidos con un cordel. Tal vez sea una mujer, es imposible saberlo. Lo meto en el bolsillo de mi abrigo para dárselo a Amhara la próxima vez que la vea. Aparto un tablón grande para ver qué hay detrás de él. Hay algo apoyado contra la pared. Resbala hasta alcanzarme. Siento un cosquilleo en la nuca. Los colores están apagados, algunas partes de la pintura están empezando a desconcharse, pero no cabe duda de lo que es, de quién es. Soy yo. Estoy en una postura de tres cuartos, pero miro al artista directamente. El retrato que solía estar detrás de mi mesa. El mismo cuadro. Parezco más fiero de lo que recordaba. Llevo un uniforme militar. Hay algo escrito en letras negras debajo de la pintura. Tampoco me acuerdo de eso y no puedo descifrar lo que dice. Ahí

está. Esta es la prueba que los obligará a enfrentarse a mí. Observo las letras atentamente, pero sigo sin poder descifrarlo.

Me llevo el cuadro y me acerco a la pared que separa las dos salas. La golpeo. Un sonido de movimiento. Es tenue. El sonido que haría un ratón.

—Volveré a por ti.

No sé si se me puede oír. Hablo más alto. —Volveré a por ti. Lo prometo—.

No hay nadie en el pasillo. Regreso a la oficina del alguacil. La puerta está cerrada con llave. No veo a nadie más en el edificio.

Fuera, sin embargo, el hombre de la oficina está en uno de los extremos del patio. Aunque he envuelto el retrato y no puede ver lo que es, no cabe duda de que me he llevado algo. Pero no me sigue. Contempla como me marcho.

Veo a Amhara en la calle. Viste la túnica roja. Va un poco por delante, corriendo de aquí para allá, dentro y fuera de mi vista, por las calles y los callejones. Se detiene y se gira, mira en mi dirección. Alzo una mano. Su color rojo se perfila contra un edificio blanco.

Voy hacia ella. A medida que me acerco, sus compañeros emergen de las sombras, de las calles, y caminan hacia mí, flotan a mi alrededor. Sus ojos son inexpresivos. Están cerca y me alcanzan. Uno de ellos me agarra del brazo, otro me tira del abrigo. Guardan silencio, se agolpan a mi alrededor. Amhara no se ha movido. Es más alta que los demás. —Dejadlo —dice. Apartan la mirada y se marchan, desapareciendo de nuevo por las calles. Amhara se queda, alza los ojos hacia mí. Me coge de la mano y la aprieta. Tiene mis ojos. El mundo parece mucho más pequeño en este momento. Todo se detiene. Abro la boca para hablar, pero ella se da la vuelta y desaparece. Me acuerdo del juguete que llevo en el bolsillo demasiado tarde.

Coloco el retrato en el refugio, lo cubro con la lona. Andalus parece no reparar en lo que he traído.

—Tengo pruebas —le digo.

Se apoya contra la estructura de madera del refugio.

—Pruebas de que todo lo que digo es verdad. Pruebas de que tú y yo somos la base sobre la que se ha construido este asentamiento. Nuestros asentamientos.

Contemplo sus ojos.

—Y sigues sin hablar. No entiendo tu juego.

—Pruebas. Pero quiero más. Voy a encontrar más.

Empiezo por la primera casa desde la puerta de la ciudad. Iré calle

por calle, llamando a todas las puertas, esperando una respuesta de todo el mundo. Veré si reconozco a la persona que abra la puerta. Me aseguraré de que no puedan cerrarme la puerta. Haré las mismas preguntas a todos, independientemente de si los conozco o no. «¿Dónde están Tora y Abel?». Preguntaré esto, aunque sospecho que ya sé la respuesta. Y: «Me recuerdas, ¿verdad?». Si me miran a los ojos y dicen que sí, les sonreiré, les daré las gracias y me marcharé. Pero no lo dirán. No dirán la verdad.

Hay cerca de unas mil viviendas en la ciudad. Hago los cálculos en mi cabeza. Mil casas, cinco minutos cada una. Catorce o quince horas al día. Podría tardar una semana. Y no todas las casas estarían ocupadas cuando llegara a ellas. Tendré que volver una y otra vez. Pero puede que la primera casa que pise tenga una respuesta para mí. El ocupante de la primera se apartará a un lado, me invitará a entrar. Hará que me siente, me cogerá de la mano, me contará la verdad.

En teoría, todas las casas tienen la misma probabilidad de ser la buena. Una entre mil. Pero, sin duda, solo la primera casa tiene esa probabilidad. La última casa, la casa buena, tiene una probabilidad de uno de ser la casa correcta. ¿Tiene una casa que no es la correcta alguna posibilidad de ser la correcta? Entonces sabría cuál es la última casa.

Puede que, cuando llame a una puerta, una vieja señale la carretera y una casa y diga: —Ahí, ahí es donde encontrarás tu respuesta—. Una llamada en esa puerta obtiene la respuesta «No, aquí no, pero sí en esa casa de ahí», señalando una tercera. Y etcétera. Con cada paso, me acerco y me alejo de la verdad.

Me siento en los escalones de la primera casa durante unos minutos. Hundo la cabeza entre mis manos. Tengo la frente áspera, cubierta de arena, como si el polvo de la ciudad estuviera enterrándome poco a poco.

La casa a mi espalda está en silencio. Llamo a la puerta. Miro por la ventana. Pruebo con el picaporte. Finjo que me voy y me quedo en el último escalón, observando, escuchando.

Todas las casas me dan resultados similares. A veces hay movimiento dentro. A veces no. Las puertas nunca se abren.

Cuando la casa es de alguien a quien conozco, grito su nombre. Espero el eco. Grito otra vez.

Paso horas haciendo esto. El sol va bajando. Continúo. Durante un rato, no soy consciente del hambre que tengo.

Sigo haciéndolo hasta que la luna está en lo alto del cielo.

En la última casa, intento abalanzarme contra la puerta. Una y otra vez. Siento cómo se me queda la piel en carne viva. Abro la boca como en un grito, pero no sé si emito algún sonido.

Y entonces, paro. Regreso al ayuntamiento.

Pero no puedo entrar. Voy hasta la oficina del alguacil a la luz de la luna. Está cerrada con llave. Saco el cuchillo para forzar la cerradura. Oigo una tos a mi derecha. Es el hombre de la oficina. Me vuelvo hacia él. Echo a andar cuchillo en mano. Da un paso atrás. Me detengo. Bajo el cuchillo. Nos miramos el uno al otro durante lo que parecen minutos.

No es momento de eso, todavía no.

Mientras salgo del patio, miro hacia la ventana. Antes de que pueda ver quién es, una figura corre la cortina. Se mece un poco y luego se queda quieta.

11

Por la mañana, gateo para salir del refugio y casi choco contra el alguacil, que está plantado allí fuera, esperándome. Está solo.

—¿Sí? —digo.

—Esta noche. Esta noche solucionaremos las cosas. Venga al ayuntamiento al anochecer.

Lo miro fijamente. —¿Qué quiere decir?—.

—Que esta noche sabremos qué pasará con usted.

—¿Y Andalus?

—Andalus. Sí. Ya sé lo que es.

—Ya sabe lo que es.

—También es parte de su juego. Tráigalo si puede.

—No soy yo el que está jugando a un juego.

—¿Está seguro, Bran?

Dicho esto, se vuelve y se marcha. Al doblar la esquina, el otro hombre aparece. Está en medio de la carretera, se sujeta las manos por detrás.

Vuelvo a meterme en el refugio. Le hablo a Andalus: —Sé que puedes hablar. Necesito que lo hagas ahora—.

—Empiezo a pensar que eres la causa de este vacío. Si hubiera regresado solo, no habrían vacilado en mandarme de vuelta, quizá con una flecha entre los omóplatos. Pero en cuanto vieron a Bran y a Andalus en la cima de la montaña entraron en pánico. Empezaron a temer el reinicio de la guerra, el regreso del pasado. Y ahora no salen de casa y lo discuten entre ellos.

—Este alguacil no es quien dice ser. Era un oficial menor. No creo que esté orquestando esto. Creo que está sustituyendo a alguien. Esta noche tiene pensado comunicarnos una decisión sobre nosotros. No pueden mantener el engaño para siempre. Estoy encontrando continuamente pruebas que respaldan mi historia. Si me dejan solo el tiempo suficiente, tendré evidencias arrolladoras de que todo esto —muevo los brazos en arco— es una elaborada farsa.

—Pero sería mucho más fácil si pudiera contar con tu apoyo. ¿Hablarás? ¿Vendrás conmigo? Esta noche se sellará nuestro destino.

No creo que esto pueda alargarse durante mucho más tiempo. La gente se cansará de estar encerrada en casa. Pronto, alguien le prenderá fuego a este refugio, vendrán por la noche armados con cuchillos solo para deshacerse de nosotros. Esta noche reconocerán quiénes somos y lo que hemos hecho o nos obligarán a librar una batalla que será difícil de ganar. ¿Me ayudarás?

Andalus comienza a balancearse sobre sus talones. Las manos por delante, mira hacia el suelo, el rostro inexpresivo, no habla.

No me sorprende.

—Yo tampoco he hablado como es debido, Andalus. Lo que tengo que decir es complicado. No he pedido lo que quiero de verdad. Yo tampoco puedo hablar. ¿Y por qué?

—Pero esta noche lo haré. Tengo que hacerlo. Tienes que ayudarme.

—Habla.

—Habla.

—Habla.

No lo hace. Me levanto, respiro hondo, me acerco a él. Lo cojo por el abrigo que sigue llevando y lo acerco a mí. Sus párpados se abren de golpe. Hablo en voz baja. —No durarás otra semana más en este lugar. Vendrán a por ti. Conozco a esta gente, sé de qué son capaces. Vendrán a por ti, te sacarán de tu agujero, te rebanarán la garganta y te enterrarán en una tumba poco profunda al otro lado de las murallas. Los más débiles son los más peligrosos. Soy tu única esperanza—. Lo suelto, empujándolo hacia abajo al mismo tiempo.

Mueve los labios. Me inclino sobre él. —¿Qué? ¿Qué intentas decir?—.

Nada.

Le doy una patada fuerte en la pierna.

Noto cómo me contempla marchar.

Camino rápido, voy directo hacia el hombre del callejón. Se aparta a un lado en el último segundo.

Me siento aturdido y me dirijo hacia las cocinas para comer algo. No hay rastro de Elba. No pregunto por ella. No hay nadie comiendo.

En cuanto he acabado, voy a su piso. No hay nadie en casa. Pruebo con el picaporte. La puerta está cerrada. Pienso en dejar el juguete, pero no estoy seguro de que Amhara vaya a recibirlo. Quiero colocarlo en sus manos. Empiezo a bajar las escaleras. A medida que lo hago, que paso junto a los hierbajos en las grietas y la madera astillada del pasamanos, siento algo y tengo que detenerme. Oigo a Tora. Paro a mitad de una zancada y giro la cabeza, escucho el sonido de nuevo. Miro el lugar del que ha venido. Pero sé, lo he sabido de inmediato, que no es Tora. Los recuerdos me han traído su voz. Ella esperándome

en la puerta con una sonrisa en los labios. Una sonrisa esta vez. Deseando verme. Un momento hace veinte años en el que la hice feliz. Y me golpea. Puedo verla. Está ahí y lo único que nos separa son dos décadas. No parece nada. Pero es demasiado.

Veo una figura en la esquina de la calle. Camino hacia él y se desvanece.

Vuelvo a las casas. Ahora eso es lo único que me queda por hacer. Buscar más pruebas. Esta noche pediré lo que he venido buscando. Encontraré una manera de liberar a Tora. Ahora no puedo hacerlo. Hay demasiada luz. Simplemente espero tener una oportunidad más tarde. Puede que lo que pida lo cambie todo. O puede que no.

Voy siguiendo el sol. A medida que se mueve encima de mi cabeza, yo me muevo por la ciudad. Llamo a una puerta tras otra. Una y otra vez, permanecen cerradas.

Me doy cuenta de que estoy completamente solo en la calle. Los niños se han ido. Me vuelvo. Echo un vistazo a la parte superior de las casas. Observo cómo las nubes cruzan la línea que trazan los tejados. Arrastro un pie por la arena. Solo hay silencio. Si hay alguien siguiéndome, están ocultándose muy bien. Giro una y otra vez con los brazos extendidos, la cara mirando hacia el cielo. Siento la brisa por debajo de los brazos. Edificios grises. Luz del sol. Sombra. El polvo forma remolinos.

Una puerta tras otra.

Al anochecer, una se abre.

El hombre es ciego.

Y sé quién es.

Era uno de los oficiales de mi administración. Dirigía el departamento de permisos de labranza. Lo miro fijamente.

—¿Quién es?

Alargo la mano hacia él. Lo estrecho entre mis brazos. —Gracias —digo. —Gracias—.

Ahora forcejea. —No—. Apenas se oye su voz.

—Soy yo, Bran. Me conoces. Éramos amigos.

—No—. Forcejea. Es como un pez antes de que lo golpee contra una roca.

—Bran.

—No. Vendrán a por mí. Por favor.

—Me conoces. ¿Cómo te atreves a negarlo? Te convertí en lo que eres—. Hablo con suavidad.

Puedo sentir el latido de su corazón a través de su pecho. Sus costillas parecen frágiles. Si lo apretara con la fuerza suficiente, creo que se las rompería.

Pego mi rostro al suyo. Tengo la cara húmeda, la boca contra el puente de su nariz, mis dientes notan el sabor de su carne. Respiro sobre sus ojos ciegos.

Lo aparto de un empujón. Se desploma. Gimotea.

De vuelta en el refugio, descubro que Andalus se ha ido. No me sorprende. Camino por varias calles que hay alrededor del callejón, pero no hay rastro de él. No volveré a buscarlo, ya no. Lo más probable es que no me sirva para nada.

Ya se ha puesto el sol cuando me adentro en el patio del ayuntamiento. En el centro está el alguacil, vestido con una extraña túnica larga y blanca. —Adelante —dice. —Los demás ya están aquí. Podemos empezar—.

Lo sigo hasta el auditorio, donde tuvimos nuestra discusión sobre los nombres de la pared. Sentada a la mesa que hay en medio de la sala está Elba, que me da la espalda. El hombre que ha estado vigilándome está plantado en un rincón de la sala. Hay tres sillas vacías en la mesa. El alguacil extiende la mano hacia una de ellas, un gesto para que tome asiento.

Se acerca para hablar con el hombre, supongo que es un soldado. —Hola —le susurro a Elba. —Siento lo de la otra noche. Mi comportamiento fue inapropiado en esas circunstancias—.

No me mira pero dice: —No deberías disculparte por ser quien eres —.

No tengo ocasión de responder, Jura regresa y se sienta a la mesa.

—¿Dónde está su amigo? —pregunta.

—No he podido encontrarlo. Debe de haberse ido de paseo. Probablemente no habría sido buena compañía. No es muy hablador.

—Eso dice usted—. Jura pone las manos sobre la mesa, pero no comenta nada más.

—¿Y bien? —pregunto.

Me sonríe. —Tenemos mucho de lo que hablar.

—Así es. ¿Por qué me ha convocado aquí? Dijo que había tomado una decisión. ¿De qué se trata?

—Paciencia, Bran, paciencia. Primero tenemos que esperar al otro miembro de nuestra fiesta.

—¿Quién?—. Pero ya lo sé.

—Un hombre que quiere hablar con usted. Intentamos convencerlo de que no lo hiciera. Pero es su decisión. Esta es su ciudad.

Siento cómo me hormiguea la piel de la nuca. —¿Quién?—.

Oigo pasos a mi espalda. No quiero girarme.

Siento una mano sobre mi hombro. La miro. Blanca, cuidada, con las uñas limpias.

—Hola, Bran.

Balbuceo. No es así como quiero sonar. —Abel—.

Se sienta enfrente de mí. Nos miramos el uno al otro. El viejo guerrero y su amigo, su rival. Medio sonríe. Es alto. Sus extremidades se desbordan de la silla, de la mesa. Reparo en las arrugas en su cara, las canas en su pelo, la palidez de su piel.

Cuántos años hace que conozco a este hombre. Todas las cosas por las que hemos pasado, todas las cosas que hemos visto. En este momento, viéndolo, me siento atontado.

La sala se queda a oscuras. Nadie ha encendido velas. Elba se levanta, lo hace y vuelve a sentarse.

Él habla primero.

—Quiero oír tu historia, Bran. Quiero oír por qué estás aquí.

—Hola, Abel. Amigo—. Lo miro a los ojos. Más claros de lo que recordaba.

Abel me mira. No parpadea. Insiste: —Quiero oír tu historia.

—Al igual que yo quiero oír la tuya. Tengo muchas preguntas.

—Eso me han contado. Has venido a nosotros con historias fantásticas, llamándonos asesinos. Afirmas que has cruzado mares para llegar hasta aquí, eres un superviviente, un vagabundo.

Siento un escalofrío. —¿Tú también vas a seguir con el juego?

—Creo que no sé a qué te refieres.

—Me conoces.

No dice nada durante un rato. —¿Qué es lo que quieres?—.

—Si te lo digo, ¿los juegos pararán? ¿Aceptarás lo que soy en realidad?

Abel no hace ningún movimiento.

Me sujeto a la mesa. —¿Qué está pasando? He venido con una historia verosímil sobre Axum. Todos sabéis quién soy. Pero ninguno lo admitirá. Todos permanecéis fuera de mi camino, no me miráis a los ojos. Es como si intentarais convencerme de que no existo. De que nunca he existido—.

La media sonrisa vuelve, pero sigue sin decir nada.

Me inclino hacia atrás. —Muy bien. Podemos jugar a tu juego durante un rato más. Ahora tengo más pruebas de quién soy.

—¿Más?

He traído mi bolsa. He metido dentro la chaqueta y la carta. He dejado el retrato en el refugio.

—Le hablé a tu ayudante de esto —hago un gesto en dirección a Jura y coloco los objetos sobre la mesa.

Abel coge la carta y la lee. La sonrisa vuelve a desaparecer.

—Una prenda de ropa y una carta que podrías haber escrito tú

mismo. Apenas prueba nada.

—No es mi letra. La encontré en tu casa.

—Eso dices tú.

—Ambos sabemos quién la escribió. ¿Por qué iba a inventarme esto?

No responde a eso, pero dice: —Has irrumpido en muchos sitios. Debes de pensar que somos unas personas muy indulgentes. Tal vez pienses que somos unos vagos. Y sumisos. Como los perros—.

Lo miro fijamente. —También he encontrado mi retrato—.

Parece casi sorprendido durante un instante. —¿Retrato?

—Mi retrato. Un retrato que me pintaron cuando era más joven, cuando era alguacil.

—Cuando eras alguacil—. Mi viejo amigo parece haber adoptado la costumbre de repetir todo lo que digo. Puede que eso le dé tiempo para pensar. —¿Un retrato tuyo?

—Sí.

—Qué raro. ¿Dónde lo has encontrado? ¿Estaba en la cabaña del huerto de frutales?

Miro a Abel preguntándome si se trata de una broma. —No importa dónde lo haya encontrado. Existe, y eso es lo que importa, lo que debería importarte.

—¿Y cómo es ese retrato?

Hago todo lo posible para no sonreír. —Es como yo, por supuesto. Solo que más joven—.

Abel se explica, lo he desestabilizado: —Me refiero a… Quiero decir, ¿cómo te pintaron? ¿Cómo era la pose? ¿En qué condiciones estaba la pintura? Háblame más de ese retrato tuyo.

—Llevo uniforme. Un perfil tres cuartos. Los colores están apagados, pero se puede ver que estoy retratado como un líder.

—¿Apagados?

—Sí, lo pintaron hace mucho tiempo, pero eso da igual. Está en buenas condiciones.

—¿Y estás seguro de que eres tú?

—Por supuesto que estoy seguro. Soy yo, claro como el agua. Hay una inscripción debajo del retrato. Es cierto que está más borroso que la pintura, pero si se mira de cerca se puede distinguir un nombre, mi nombre.

—¿Qué te hace estar tan seguro? Dices que se parece a ti, ¿pero eres tú? ¿Eras tú? ¿Cuándo dirías que lo pintaron?

—Puede que hace quince o veinte años. No es tiempo suficiente para que tu argumento sea válido. Era el retrato que solía colgar sobre mi mesa, tu mesa ahora. Hay una zona más oscura donde estaba

colgado. Puede que lo hayas sustituido por uno de ti mismo. Me acusaste de vanidad.

Ignora esto. —Pero sigue siendo mucho tiempo. Es tiempo suficiente para que cambie el aspecto.

—¿Para que cambie el cuadro? Los cuadros no cambian. Por eso se hacen por encargo.

—Exacto. Pero tú has cambiado, no cabe duda. Antes tenías un aspecto y puede que ahora tengas otro. Dices que has vivido en una isla. ¿Tenías un espejo? ¿Te has visto últimamente? ¿Te reconocerías a ti mismo? Puedes enseñarme el cuadro. Puedes decirme «Aquí estoy, mírame, puedes ver que soy yo». Y, aun así, ¿cómo puedo ver que eres tú? ¿Cómo puedo yo, que no te conozco, reconocerte en un cuadro borroso de hace veinte años y siendo más joven? No te conozco. Dices que te conoces a ti mismo, pero yo no lo sé, nadie me lo ha demostrado. El cuadro no sirve. Tienes que buscar en otra parte y encontrar otra prueba.

Golpeo la mesa. Le grito. —¡Puede que me desprecies, alguacil Abel! Puede que me desprecies, pero no puedes renegar de mí. Tú no. Me traicionaste. Dos veces. Me desterraste. Estuve lejos durante años. Y sobreviví. Esperabas que no lo hiciera. Sobreviví. Viví. Pensé. Diez años solo con los recuerdos. Unos recuerdos como fantasmas. Fantasmas por todas partes—. Me detengo.

—Y entonces vengo aquí poniendo en peligro mi vida. No solo por el viaje, me arriesgo a morir simplemente por estar aquí. Os traigo a un hombre, un hombre cuya presencia supone un peligro para el asentamiento que me arrebataste, y lo niegas todo. No ofreces nada.

Abro la boca para continuar, pero antes de que pueda hacerlo Abel pregunta suavemente: —¿Qué quieres de nosotros?—.

Me levanto de la mesa enseguida.

—Quiero…—. Respiro rápido. No miro a Elba, que me observa fijamente. —Quiero un nuevo juicio. Quiero ser juzgado otra vez a la luz de los acontecimientos actuales y los de hace diez años. No quiero vengarme de ti. No quiero volver a ser alguacil. No busco volver a acusaros de participar en los asesinatos de los que me hicisteis responsable. Quiero que mi legado sea reevaluado, que mis crímenes se reconozcan como lo que fueron realmente, así como mis esfuerzos por traer a un general enemigo ante las autoridades del asentamiento corriendo un riesgo personal. Quiero que se me permita vivir con mi pueblo, con las personas que ayudé a crear. Si eso no es posible, dadme un final. La muerte, por lo menos, trae redención. No me neguéis un final—.

Silencio.

—Quiero saber qué ha sido de mis amigos y colegas. Quiero saber

si Tora sigue viva, la mujer a la que amé—. Miro a Elba, pero ella sigue mirando la mesa fijamente.

—No me importa si me quiso lo suficiente, sigo queriendo saber qué ha sido de ella. Y…—. Aquí hago una pausa y siento cómo me tiembla un poco la voz. —Y quiero que todos los ejecutados sean recordados. No hay un monumento dedicado a su sacrificio. Los cientos de personas que tuvimos que matar deben ser recordadas también. Fueron novecientas diecisiete, Abel. Novecientas diecisiete. Perdonadme, por favor. Necesito que me perdonéis. Por favor. Vienen a mí por las noches. No puedo quitármelos de encima. Los veo cuando cierro los ojos. Cuando los abro, se esconden detrás de los árboles, en lo alto de los acantilados, en las sombras. Veo sus caras todo el tiempo, las de algunos de ellos. Otras están vacías. Son solo piel. He buscado sus nombres una y otra vez, pero no puedo. No puedo. Por favor—.

La mandíbula de Abel forma una línea firme. —¿Quieres que te juzguemos de nuevo? ¿Cómo puede hacerse eso? Con un juicio basta, ¿no te parece? Un juicio determina lo que está bien y lo que está mal. Para empezar, si el juicio no fue correcto, entonces no hubo juicio. No podemos juzgarte de nuevo. Pides algo imposible—.

Me quedo callado durante un rato. —¿Admites que sabes quién soy? ¿Admites que hace diez años se celebró un juicio, en esta misma sala, en el que los ciudadanos de este lugar me desterraron de por vida a los confines del territorio de Bran?

—No lo admito en absoluto. Nada. No ocurrió nada.

—¿Nada? Pues mira lo que ha salido de esa nada —digo señalándome a mí mismo. Ahora vuelvo a gritar. —De alguna forma he aparecido de la nada, nadie admitirá que me ha conocido, y además sé mucho sobre esta ciudad. Claro que me reconoces. Puedo verlo en tus ojos. Simplemente te da miedo aceptarlo. Te da miedo por lo que significaría para el paraíso que has construido. El paraíso que has construido sobre los huesos de los muertos—.

Ahora estoy sin aliento. —A pesar de todos tus esfuerzos, he reunido pruebas de mi pasado, y lo más obvio ha sido un retrato mío. Te niegas a admitirlo por miedo a que se te haya pasado algo, por miedo a que el pasado que enterraste haya resurgido. Vengo aquí buscando un perdón sin el que no puedo vivir—. Mi voz tiembla de nuevo, sigo adelante: —Pero no me mirarás a los ojos y dejarás que me explique, no dejarás que diga lo que tengo que decir.

—Ya has contado tu historia, anciano. Nos has hecho perder mucho tiempo, a mí y a todos, contando tu historia. Te hemos dado caridad y amistad, pero no es suficiente para ti. Te hemos dado refugio y comida, pero no es suficiente. Te hemos permitido formar parte del presente y del futuro de esta ciudad, pero tampoco es

suficiente. Además de eso, también pides perdón. ¿Por qué? ¿Por la historia de tu pasado? ¿Un pasado que implica a esta ciudad? ¿Perdonarte? ¿Por qué íbamos a perdonarte si eso nos convierte en culpables? No has tenido eso en cuenta, ¿verdad? Y, de hecho, ¿cómo podemos perdonarte si no sabemos quién eres? Si no sabemos quién eres, no podemos perdonarte por los crímenes de los que dices que tú y todos nosotros somos culpables—. Abel ha alzado la voz.

—Y tu amigo, el general —sigue—. No dejas de hablar de ese general que nos has traído. ¿Dónde está? ¿Está en esta mesa? No lo veo. Nunca lo he visto. ¿Un general que no habla? No conocemos a ningún Andalus. Él tampoco existe para nosotros. Él y los axumitas desaparecieron.

Ahora grita, se inclina hacia mí y me grita. —¡Enséñamelo! ¡Enséñame tus pruebas! ¿Por qué no está en esta mesa, con o sin voz? ¿Es uno de tus fantasmas, una de tus historias, de tus mentiras?—.

Se detiene. Respira con fuerza. La sala está en silencio.

Sigo, con calma. —No sabíamos lo que estábamos haciendo. Es importante que se me absuelva. No tengo vida sin una redención. Me habéis condenado a algo más allá del dolor. Vosotros también tenéis que expiarlo—. Respiro hondo.

—Abel, lo peor fueron los niños. Los enfermos, uno que nació sin una mano, otro que nació con retraso mental. Había un niño de siete años. Fui a su celda por la noche, mientras dormía. Me senté a los pies de su cama y lloré. ¿Por qué no pude decirlo antes? ¿Por qué no pude admitirlo? Al alba, salí de su celda, me fui a la oficina y ordené que fuera ahorcado ese mismo día, por la tarde. Puede que recuerdes que tuvieron que llevarlo porque estaba demasiado débil para caminar. Puede que recuerdes que su padre irrumpió en mi oficina, me atacó y los soldados me defendieron. Lo golpearon con tanta fuerza, tan fuerte, tantas veces, que tuvimos que ahorcarlo al día siguiente de ahorcar a su hijo. Los soldados se lo llevaron fuera y cerraron la puerta. Saqué mi cuchillo, me lo coloqué en el cuello. Pensé en lo que le estaba ocurriendo, a él y a su hijo. Pensé en el deber. Pensé en el futuro. Y aparté el cuchillo.

Elba mira hacia otro lado, se lleva una mano a la boca.

—¿Por qué lo hicimos, Abel? ¿Por qué no dejamos que el chico muriera solo, a su manera?

Abel se queda callado durante un rato. Me mira, luego baja los ojos hacia la mesa. —A veces, el mayor pecado es no ser capaz de ser algo en exclusiva, por completo. ¿Ese es tu problema, Bran? En alguna parte de ti hay un buen hombre, pero las ideas te preocupan demasiado—.

—Perdóname o ejecútame. No puedo volver a los fantasmas.

Éramos amigos. Esto te lo pido a ti.

Estoy hablando demasiado. No tenía intención de perder el control.

Con un tono de voz más suave, Abel dice: —No somos gente insensible. Mi buena amiga Elba —la señala con la cabeza— dice que has entablado una relación con su hija. Dice que le gustas a pesar de tus extrañas maneras. Te ofreceremos otra vida. Con una condición—.

Lo miro. —Sabes que es mi hija—.

Su rostro se ensombrece y dobla los dedos, pero me ignora. Sigue: —Con la condición, bajo pena de muerte, de que abandones estas historias para siempre, de que abandones este intento de arrastrarnos contigo, de que aceptes lo que somos ahora, no lo que dices que éramos.

—¿Por qué?

—Te lo he dicho. Es un mundo nuevo. No lo empezaremos siendo unos asesinos.

—¿Quién soy si no soy quien digo ser?

El alguacil me mira con dureza. Suspira y Elba mira hacia otro lado. Se queda callado durante un rato. Ninguno de los dos hablamos. Al final dice: —No te recordaremos—.

Dicho esto, se levanta de la mesa y camina hacia la puerta. Por encima del hombro, dice: —Tienes hasta mañana para decidirte—.

Me quedo solo con Elba. La miro. Está callada. Me siento con la cabeza entre las manos. Finalmente, alzo los ojos de nuevo y la descubro mirándome.

—¿Por qué haces que todo el mundo se enfade?

Ignoro esto. Sin mirarla, pregunto: —Lo que he dicho de Amhara. Es verdad, ¿no?—.

Guarda silencio.

—Lo es, ¿verdad? Es la hija que tuve con Tora. Tiene la edad exacta. Tiene mis ojos. Puede que la concibiéramos la última noche que pasamos juntos. Antes de que ella se pasara completamente al bando de Abel. Y tú eres una amiga de Tora y no la madre de la niña.

—Es tuya si quieres que lo sea. Aquí tienes un papel que desempeñar. Esta vez puedes ser un padre. La condición sigue ahí.

Suspiro.

Estira los brazos sobre la mesa y coge mis manos entre las suyas. —Déjalo ya. Abandona tu búsqueda. Abandona tus historias sobre el pasado—.

—¿Por qué dices «esta vez» si no me crees, si no sabes si mi historia es cierta? ¿Por qué no puedes admitirlo?

Menea la cabeza. —Estoy segura de que hay cosas más importantes que tu culpa—.

Bajo la vista hacia la mesa. —Gracias —digo. —Eres muy amable y

sé que tienes buenas intenciones—. Hago una pausa. —Si me lo permites, me gustaría enseñarte algo que iba a enseñarte antes—.

—¿El qué?

—Tenemos que marcharnos. Está a poca distancia de aquí—. Me levanto. —Ven—. Le tiendo mi mano.

La noche es fría. Elba tirita y le echo un brazo por encima. La conduzco por el callejón.

—¿A dónde vamos? —pregunta. Parece asustada.

No respondo, pero vuelvo a cogerla de la mano. Ella se refrena un poco y acabo caminando ligeramente por delante, agarrándola de la mano.

—Me estás haciendo daño.

—Tienes que venir aquí. Tienes que venir conmigo.

—Dime qué es lo que quieres enseñarme.

—No. Primero tienes que verlo. Tienes que verlo y darme tu opinión.

—¿Ver qué? Está oscuro. Negro. No hay luna. ¿Qué es lo que tengo que ver?

Ella tira y su mano resbala de la mía. Me vuelvo y la cojo por el brazo. Es suave, más fino de lo que había imaginado. Los huesos de un pájaro. La miro. Tiene el rostro gris. Gris como la luz. Tiro de ella. Tropieza. La levanto. Es muy ligera en mis brazos. No pesa nada. La levanto como si se tratara de un saco, la vuelvo a colocar en el suelo, de pie. Mis dedos se hunden en su carne. Su boca no se mueve, cuelga abierta a la luz. La conduzco por el callejón, mi mano sobre su piel, una piel que es como papel.

—¿Qué estás haciendo? Por favor.

Somos como unos amantes en una danza. La pego a mí.

La giro, sigo sujetándola por los brazos. Retiro la lona del refugio y tanteo el retrato. Ella se escurre y echa a correr. Doy tres pasos, la atrapo. Su brazo a su espalda. —Ya lo verás. Ahora lo verás—.

Aparto el resto de la lona y ahí está. La pintura, de alguna forma, reluce. Un brillo que proviene de la piel, de los ojos. La sujeto con una mano, la agarro con firmeza. Estiro el brazo y cojo el retrato.

—Mira —susurro. —Mira al hombre que tienes ante ti—.

Puedo ver su cara de lado. —¿Qué? —se vuelve un poco. Su voz es débil.

—¿Qué ves?

—Nada.

—¿Qué ves?—. Mi voz cambia. No es la mía.

—Nada—. La sujeto por la mandíbula, aprieto. —¿Por qué no ves

nada? Mírame. ¿Por qué no ves nada? ¿No hay nada que ver? ¿Nada que temer? ¿De tu alguacil? Le tienes miedo. Le tienes miedo a esa gente y a su indiferencia por el pasado. Puedo verlo en ti. Puedo ver miedo en ti. Toda la ciudad tiene miedo. No salen de sus casas por miedo a lo que les podría pasar si me reconocieran—.

La sacudo. Cierra los ojos. Vuelvo a sacudirla. Su cabeza va de un lado a otro a medida que la muevo. Hay una lágrima. Sujeto su cara entre mis manos. Le limpio la lágrima y crea surcos en el polvo de mis manos, en el polvo de su cara.

—Vete entonces—. La voz, más profunda, sigue sin ser la mía. —Vete—. La aparto de un empujón.

En la entrada, se vuelve hacia mí. Apenas puedo verla. Una nube gris. Habla con suavidad. Hago un esfuerzo por oírla. —Me dijo que eras así. Lo sentía todo por ti: amor, odio, miedo. Todo. Era imposible amarte incondicionalmente. Tú. Tú fuiste el que no vio nada. El que no vería nada—.

Se gira de nuevo. Se aleja de mí flotando, se desliza en la oscuridad.

No tengo tiempo que perder. Cojo un palo grueso del suelo y me aseguro de que llevo el cuchillo encima. Corro hasta el ayuntamiento. Me detengo en la entrada del patio y me escurro por las sombras. Hay un guardia en la puerta. No quiero que me vea. Camino siguiendo la circunferencia, sin abandonar las sombras. Funciona. Estoy casi encima de él cuando repara en mí. Levanta las manos, pero yo ya he ejecutado el movimiento y se desploma con el primer golpe. Corro escaleras arriba.

Estoy sin aliento cuando llego a la puerta. —Tora —grito. Lo grito tres veces. Me apoyo en la puerta, pego la oreja a ella. Y oigo una respuesta. Una palabra. Es suave. Solo una palabra. —Bran—. Pero esta vez sé que es ella.

—Tora—. Apenas puedo articularlo. La he encontrado.

Entonces hay movimiento al otro lado de la puerta, personas forcejeando quizá. Corro y trato de derribar la puerta con el hombro. No cede. Uso el cuchillo para intentar forzar la cerradura, pero no lo consigo. Cojo el palo y empiezo a golpear la puerta. Los golpes rebotan. Es mucho más robusta que las demás. Es como si hubiera algo empujando desde el otro lado, rechazando mis golpes. Pego la oreja a la madera, pero el ruido se ha detenido. —¿Tora?—.

Nada.

—Volveré. Voy a buscar un hacha.

Corro escaleras abajo, cruzo la puerta. El hombre ha desaparecido.

No llego muy lejos. En la entrada del patio hay varios hombres.

Llevan lanzas y una cuerda.

Ha llegado mi hora.

El hombre al que he golpeado está entre ellos. Se acerca a mí, me agarra por el cuello. Al principio con suavidad, luego aprieta con fuerza. No me resisto. Él no dice nada, solo parpadea. Da un paso a un lado y me hace una señal para que me mueva.

Me llevan a una celda, la misma en la que estuve hace diez años. Las paredes son de piedra. Cierran la puerta a mi espalda y me quedo completamente a oscuras. Me siento contra la pared, las rodillas contra el pecho. Inclino la cabeza hacia atrás, abro los ojos. Observo cómo las formas flotan ante mí, cómo aparecen por los rincones de mi visión. Cuando me vuelvo hacia ellas, se desvanecen. Se forman una y otra vez en la luz negra. Dejo que vengan a mí y no las aparto.

Más tarde, me he vuelto hacia la pared. Oigo cómo se abre el postigo de madera de la puerta y la voz de Elba. —Bran—.

Un minuto después, me levanto y me acerco a ella.

Nos quedamos en silencio. Solo nos miramos el uno al otro.

—Aún hay tiempo —dice.

Aparto mis ojos de los suyos. —Amhara—. No sé lo que quiero decir. —Tora—.

Levanta un poco la voz. —Bran. No sabes lo que ocurrirá si te vas —.

Alargo el brazo hacia el postigo y sujeto su cara con mi mano. Aprieto ligeramente y esta vez se inclina hacia mí. Una figura a su espalda, en la oscuridad, se acerca a ella y la aparta. Contemplo cómo la oscuridad la engulle. Se desvanece.

Nadie más aparece. No pego ojo. No me dan de comer y no bebo nada. Espero lo que está por llegar.

La puerta se abre casi un día después. Dos soldados me cogen por los brazos y me sacan de allí. Las celdas están en la parte trasera del complejo administrativo. Salgo del patio. Está anocheciendo.

Y ahora aparecen. Todo mi pueblo ha salido de sus casas. Se colocan en línea en las calles, algunos del brazo de otros, otros cogiendo de las manos a niños. Algunos me miran, otros miran hacia el suelo. Todos sus rostros son inexpresivos. Las puertas de las casas están abiertas.

Silencio. Cientos de personas y está más en silencio que nunca. Avanzo despacio. Los soldados, que me empujan por detrás, me dejan claro que me dirijo hacia las puertas.

Busco rostros familiares en la multitud. Veo muchos. No veo ni a Tora ni a Elba. Pero entreveo a Amhara. Un instante solo. Me observa mordiéndose el labio. Ninguna de las personas a las que conozco me

saluda. A medida que paso junto a ellos, la multitud me rodea por la espalda y me sigue hacia las puertas.

Recuerdo cómo me sentí cuando entré en la ciudad hace unos pocos días. En ese momento imaginé una muchedumbre apartándose para dejarme paso, clavándome los ojos en la espalda al pasar. Ahora puedo verla.

A medida que me acerco a la salida, veo a Abel plantado en las puertas, flanqueadas por pilares de madera. Me tiende una mano, me agarra por los brazos, se inclina y me besa ambas mejillas. Está despidiéndose. No dice nada. Hace un gesto con la cabeza a uno de los soldados, que me empuja hacia adelante. Salimos de la ciudad, Abel me acompaña.

—¿Por qué?

Abel se detiene. Me coge del brazo y me aparta, fuera del alcance del oído de los soldados. —Seguro que lo sabes —susurra.

Tengo ganas de echarme a reír. —¿Por qué no me ejecutasteis al principio? —le pregunto.

—No habría sido lo correcto.

No digo nada. Es demasiado tarde. De repente, me doy cuenta de que no quiero morir. Y de que tengo miedo de volver a la isla. No quiero volver allí.

—¿A dónde me lleváis? —pregunto de repente. Abel no dice nada.

—Vais a ahorcarme —digo. —Vais a ahorcarme en el huerto de frutales, junto a la cabaña. De eso estoy seguro. Estáis demasiado asustados como para darme un juicio público, un nuevo juicio —me corrijo a mí mismo— porque teméis al pasado. Tenéis miedo de lo que no puede deshacerse. Al parecer, he educado a un sucesor y a una comunidad que se avergüenzan de sus orígenes. Miradme bien, porque estoy dentro de todos vosotros—. Lo grito para que toda la multitud pueda oírlo.

Abel me coge por la camisa. Susurra: —Hablas de paraísos, de buenas formas, de una raza humana que fue poderosa en el pasado, ¿y ahora quieres destrozarlo? Dices que tememos al pasado, pero ¿qué hay del futuro? ¿Qué es lo que quieres, Bran? ¿Lo sabes?—.

No digo nada.

Se ríe. —Al principio me pillaste desprevenido cuando reapareciste. Ahora me toca solucionar algunas cosas. Puede que hiciera mal no matándote en cuanto te vimos subiendo la montaña. Pero no puedes matar a los fantasmas, al menos no públicamente—.

Me deja marchar y vuelve a susurrar: —Alguien imaginado. ¿Qué se siente al no ser de verdad?—. No es una pregunta. Me da una palmada en el hombro. Su mano se queda allí durante un segundo.

La retira y echa a andar hacia la ciudad.

—¡Espera! —grito. —Mi hija. Amhara. ¿Qué le habéis contado de mí?—.

Abel para y se vuelve hacia mí. —Tu hija no sabe nada de ti, Bran, y nunca lo hará. Ahora forma parte de nuestro futuro—. Se gira de nuevo y se aleja.

Lo contemplo irse. Ahora ya está lejos, camina de vuelta a la ciudad. Solo me acompañan los dos soldados.

Y entonces la veo. Allí, entre la gente, dos filas atrás, iluminada por las antorchas. Es ella. Tiene que serlo. Alguien a quien conozco muy bien, alguien que ha sido una parte importante de mi vida: una amiga, una amante, una traidora. —¡Tora! ¡Tora! —grito lo más alto que puedo. Las caras de ese mar de gente me miran fijamente y sé que es ella. Está lejos, pero tiene que serlo. ¿Hay personas sujetándola por detrás? Grito otra vez y ahora intento echar a correr. Trato de pasar a través los soldados, me cierran el paso. Forcejeo para soltarme de sus garras y me dirijo hacia la ciudad, pero uno de ellos me pone la zancadilla y su bota sobre mi espalda, noto el sabor del polvo en mi boca. Me retuerzo hasta liberarme y consigo incorporarme de nuevo, pero uno de los soldados me agarra por la garganta, dirige el puño hacia mí y eso es todo lo que recuerdo.

12

Recobro el conocimiento al alba. La boca me sabe a sangre y polvo y no puedo respirar por la nariz. Tengo el ojo hinchado y rasguños por todo el lateral de la cara. Miro hacia atrás, hacia la ciudad, y puedo divisarla en la distancia. El rastro de huellas en la arena llega hasta donde estoy yo. Me doy cuenta de que me han arrastrado a casi una milla de la ciudad. Aunque apenas puedo verlo, creo que ya han cerrado las puertas y la gente se ha ido.

Un rato después, reparo en que hay más huellas aparte de las mías y las de los dos soldados, también proceden de la ciudad. Son frescas. Debe de haber pasado gente a mi lado durante la noche. Uno de los rastros es una especie de surco. Como si hubieran arrastrado a alguien. Atado. Lo sigo.

No recuerdo el momento en el que reparé en ellos.

Aparecen en la blanca luz del mediodía, no de repente, sino como por osmosis. Un espejismo. Me fallan las piernas, me desplomo.

No hablo. No pienso.

Entonces me levanto y echo a correr. Empiezo a correr en dirección al árbol, en el que nos detuvimos Andalus y yo, bajo el cual Tora y yo pasamos esas horas juntos hace años.

Andalus está bajo el árbol. Troto hasta él. Me da la espalda, pero no es a él a quien miro. Me detengo unos metros antes. Tiene la vista clavada en lo alto del árbol. Igual que yo.

Contempla el cuerpo colgado de las ramas muertas del árbol.

Un sonido escapa de mi garganta.

Tora. Mi Tora. Tiene el mismo aspecto que tenía hace años, la última vez que la vi en la playa, contemplándome, la brisa salada meciendo su pelo.

Lo único que puedo oír ahora son las olas, como las del océano al otro lado de las montañas.

Tiene una gota de sangre en el extremo de la boca. Un labio mordido. Un puñetazo. El vómito le ha subido por la garganta.

Lo siento. Lo siento.

Se balancea despacio en la rama.

Andalus sigue quieto. Ahora parece estar difuminándose.

Busco mi cuchillo. No lo llevo encima.

Alcanzo las piernas de Tora. Me aferro a ellas. Las huelo. Aún están tibias. Huelen a ella. Como a carne viva. Alzo los ojos para verla. El sol, que se filtra por las ramas, tapa su cara. Ha muerto hace apenas unas horas.

Emito otro sonido.

Cojo una piedra. Trepo al árbol y corto la cuerda con la piedra. Me lleva mucho tiempo. Su cuerpo cae al suelo. El vestido de Tora le cubre la cara, sus piernas están desnudas, muertas.

Andalus no se mueve.

Bajo del árbol y me acerco a él. Pongo mi mano sobre su hombro.

Y entonces lo golpeo. Todavía tengo en la mano la piedra que he usado para soltar a Tora. Levanto el brazo y lo golpeo en la sien. Lo ve venir. No forcejea. Observo sus ojos en el momento en el que lo derribo con la mano. Observo sus ojos, y se abren más pero no grita, no dice nada. Lo golpeo una y otra vez. Algunos golpes dan de lleno en la sangre, como una piedra cayendo dentro de un estanque. Mis golpes fallan en general. Fallo cada vez más. Un rato después, ya no hay sonidos. Nada. Y no hay nada en mis brazos, nada en mis pies. Simplemente nada.

Caigo de rodillas de nuevo. Luego me echo boca arriba. Resoplo. Me tapo la cara con el brazo.

Me quedo allí acostado durante un buen rato.

Me levanto.

Me levanto y me alejo. Camino durante horas.

Y luego regreso.

Regreso junto al árbol, junto al cuerpo. Solo hay uno. Donde tendría que estar el de Andalus no hay nada. No hay sangre. No hay cuerpo. Nada.

Ahora lo entiendo. Lo que era.

O ya lo había entendido, pero no sabía que lo hubiera hecho. No lo había admitido.

Raspo el polvo hasta hacer un agujero. La coloco sobre él. La cubro con rocas, empezando por sus pies. Contemplo su cara cada vez que coloco una piedra sobre ella. No me doy prisa. Parece estar en paz. Tiene la piel gris, tirante. Parece estar muerta. Un bicho repta de su boca. La entierro hacia arriba, desnuda, abierta a la tierra. Es nuestra costumbre.

Me acuesto a su lado. La noche se acerca y me envuelvo con el

abrigo. Siento cómo los escarabajos me rozan las orejas. Duermo a ratos, tiritando. Escarbo en la tierra con una mano. Está tibia. Me duermo con una mano enterrada y el polvo se cierne sobre mí.

Los veo por la mañana. Son veinte, treinta. Están lejos. Centellean. Desaparecen, reaparecen. Llevan palos, garrotes, lanzas.

Echo a correr.

Los veo cada vez que miro por encima de mi hombro. No me atrevo a detenerme ni a pensar. Cojo fruta de los árboles mientras paso trotando. Bebo todo lo que puedo en los arroyos. Los cuerpos oscuros del horizonte me persiguen. En lo alto de la montaña, los veo dispersos en la llanura inferior. Desde abajo, los veo en la cima, perfilados todos ellos en un cielo blanco.

Duermo. Tengo que hacerlo. Pero solo durante unos pocos minutos cada vez. Duermo en cuclillas.

Corro.

Corro hasta que llego a la costa y me hago a la mar.

Los observo alineados en la orilla. Se quedan allí quietos. No me hacen ningún gesto. Puedo verles los ojos.

Los miro hasta que desaparecen por el horizonte.

Han pasado trece días desde que llegué.

13

Es como volver a casa. No puedo negarlo. Quiero decir que la isla se aproxima entre la neblina a medida que me acerco. Pero no se mueve. Una mañana, temprano, flota en la superficie de mi visión mientras estoy echado en mi balsa casi inmóvil.

Un hogar que deseé no volver a ver jamás.

Ha sido una travesía dura, unos momentos difíciles. Partí con poca agua, sin coger nada de comida. Conseguí toda la fruta que pude. He comido una por día. Las últimas estaban arrugadas. Había dejado un pez en la balsa. Estaba cubierto de moho. A los tres días de abandonar la costa, empezó a llover. Eso me salvó la vida. Recogí agua usando la vela. Até un sedal en el lateral de la balsa. Un día, el anzuelo desnudo atrajo a un pez.

No me di cuenta de si había pasado de nuevo sobre las ruinas y la estatua. Estaba completamente ensimismado.

Puse rumbo al este. No esperaba dar con la isla. Incluso con una brújula, encontrar una pequeña porción de tierra en este océano inmenso es un milagro. Según parece, la isla me ha devuelto a casa.

Siento cómo mi corazón late más rápido a medida que me acerco. Pienso en las ciénagas, en las turberas, en el bosque. Pienso en su silencio, roto solo de vez en cuando por una gaviota. Pienso en mi cueva, ahora vacía.

Me aproximo por el lateral de los acantilados. Su derrumbamiento no se ha detenido mientras he estado fuera. Se han deslizado grandes franjas de roca y de barro en las aguas. Veo la enorme roca blanca sobre la arena.

La lluvia tampoco se ha detenido. Es ligera, muy ligera. No sé muy bien si es lluvia o bruma.

Desembarco en el mismo punto del que partí hace ocho semanas.

Lo primero que hago es buscar raíces. Las como crudas.

Es como si alguien más hubiera estado aquí. Un hacha y una pala apoyadas contra la pared de la cueva. Mi recipiente para el agua al aire libre, rebosante. Marcas en los juncos. Marcas en la roca. Las cosas están donde las dejé, pero parece que ha pasado tanto tiempo

que podría haber sido un desconocido el que hizo todas esas cosas.

La cueva huele. Lo noto en los rincones, bajo las hierbas, en los peces, en los tubérculos pudriéndose, en un cuenco de gachas. No me pregunto por qué están ahí. Vuelvo a pensar en el fantasma de Andalus. Retiro la comida. Ya he acabado con él.

Encuentro algunas de mis viejas notas. Sin un fuego casi constante, han absorbido humedad y están húmedas al tacto, aunque aún se pueden leer. Pienso en todas mis tareas: recoger comida, cavar turba, hacer anotaciones. Durante un tiempo breve, pensé que podía no acabar mis días en esta isla que se hunde. Pero no iba a ser así. Ahora tengo que averiguar cuándo llegará el final, si mi ausencia lo ha acelerado o lo ha retrasado. Me apoyo en la pared. Siento cómo se me cierra la garganta.

Me doy cuenta de que me cuesta acordarme de Elba. Es a Tora a quien recuerdo. Su pelo negro, una piel tan translúcida que llegaba a ser gris. Unos ojos tan oscuros en los que a veces resultaba imposible distinguir las pupilas. Es a ella a quien recuerdo, en quien pienso. En ella viva, quiero decir. Intento no pensar en la otra. Me acompaña ahora más que nunca.

La recuerdo de pie en la orilla, mirándome. La recuerdo en las puertas de la ciudad mientras me sujetaban unos soldados corpulentos, justo antes de que me dieran un puñetazo en la cara. Puedo sentir su miedo. Me pone enfermo.

Y recuerdo a Abel. Recuerdo la noche antes de que me arrestaran por primera vez. Recuerdo mi mano alrededor de su garganta. Su voz ronca, sus duras palabras, el nudo en mi estómago. Recuerdo sus palabras y cómo me di cuenta de que había sido él, de que todo había sido cosa suya. Lo recuerdo hundido en la silla mientras me marchaba, mirándome con unos ojos centelleantes, triunfales.

Sigo haciendo un esfuerzo por verle el sentido, por verle la justicia.

Lo recuerdo en el auditorio hace tres semanas. La misma expresión en un rostro más viejo. La ira, la rectitud, las respuestas incompletas. Vuelvo a pensar en los vistazos de Jura hacia un lado, las puertas cerradas, las miradas caídas, las sombras en las calles. Abel moviendo los hilos todo el tiempo.

Un hombre con una visión de un nuevo mundo. Lo preparé bien. Un nuevo mundo sin espacio para el antiguo, sin espacio para las sombras.

¿Qué desencadenó la orden de matar a Tora? ¿En qué momento se decidió, con mi regreso, su carta, esa palabra para mí al otro lado de la puerta cerrada, su compasión por mí o simplemente fue mi

presencia, mi negativa a desaparecer?

Me pregunto cómo ocurrió. ¿Se acercó a ella una muchedumbre con las antorchas llameantes y las intenciones claras? ¿Le gritaron? ¿Y qué es lo que le hicieron? La concubina del hombre odiado. ¿Le pegaron un puñetazo? ¿La amenazaron? ¿Gritó cuando la ahorcaron? No lo creo. Creo que debió de mirarlos con odio. Valiente hasta el final.

Puede que pidiera ir conmigo.

Un nuevo mundo, empezando con un asesinato al igual que el antiguo. El pecado arraigado.

Se equivocaba. Los fantasmas se pueden matar.

Vuelvo al campo de piedras. Me coloco en el centro con ellas a mi alrededor. Se alzan de nuevo. Estoy en medio de una niebla de muertos. Es aquí a donde pertenecen ahora. Estoy en casa.

Pienso en la ciudad. Ahora duerme, puedo sentirlo. Puedo oír a los grillos, oler el humo, saborear las naranjas. Puedo ver a Amhara correr por las calles, desapareciendo en las sombras, Elba detrás de ella, llamándola. Veo a Elba sentada, dándome la espalda, encorvada sobre una mesa. Su amiga está enterrada. Las cortinas están echadas, la casa me resulta extraña.

Veo los cuerpos en sus tumbas, sus huesos ya amarillos.

¿Qué le han contado a Amhara sobre su madre?

Elba sentada a la mesa, día tras día, llorando en silencio.

Hay demasiados muertos.

Amhara corre por las calles, su madre bajo tierra, el fantasma de su padre cuidando de ella. El padre que nunca conoció. Aunque sospechaba algo, creo. Su forma de mirarme cuando me cogió de la mano.

Corre por las calles, corre deprisa a lo largo de las murallas de la ciudad, una y otra vez. Tantea grietas en la muralla, ignora las astillas. Las calles por las que corre y más allá de las murallas, las llanuras, los mares: un pequeño mundo empapado de sangre. Sucio. Pero es algo. Ella le da sentido. Puede que sea más de lo que merecemos. Más de lo que merezco.

La veo de nuevo. Esta vez estoy con ella. Con ella y con su madre. Estamos en las grandes llanuras, más allá de las puerta de Bran. Nos pilla una ventisca. Agachamos la cabeza. Conduzco a mi mujer y a nuestra hija hacia un barranco, fuera de lo peor de la ventisca. Las envuelvo con mis brazos y caliento sus manos con mi aliento. Las protejo del frío.

Una brisa repentina. Vuelvo a estar en la isla, empapado de la cabeza a los pies.

Vuelvo al bosque. Está tan en silencio como siempre. Tan en silencio como recuerdo. La gravilla cubre el suelo, que sigue de color amarillo y oliendo a pino, como si hubiera estado aquí hace un rato. Miro a mi espalda, por encima de mi hombro. La última vez que lo hice, recuerdo ver a Andalus sentado allí, sobre el tocón de un árbol, mirándome, mirando mi espalda. Paso la mano por la corteza. Está pegajosa de resina.

Podría navegar hasta Axum. Buscarlo. Contar mi historia allí. Pero sé que no ocurrirá. No pueden darme lo que quiero.

Tardo unas pocas horas en cortar la madera con la que secar la cueva. Organizo mis posesiones en las repisas de piedra. Capturo un pez y arrastro la barca hasta la orilla. No sé qué hacer con ella. No la necesito para pescar y no voy a ir a ninguna parte. Pero aún no quiero desarmarla. Hay algo en ello, significa algo que no puedo afrontar. Por ahora, se quedará en la playa.

Me despierto varias veces a lo largo de la noche. Por la mañana como pescado frío mientras afilo mi cuchillo. La pala ha acumulado un poco de herrumbre. Aquí, las cosas se desgastan rápido.

Empujo la puerta para abrirla y me golpea una ráfaga fría. La isla es más fría de lo que recordaba. Me arrebujo en el abrigo y bajo por la colina.

Huelo la hierba, siento sus húmedas hebras frotándose contra mi piel, empapándome. Me coloco la pala al hombro. La suave lluvia chorea por el mango y se escurre por mi espalda. Tirito.

Pienso cuando estoy allí fuera, cuando estoy en el mar de hierba. Me doy cuenta de por qué nunca he cultivado nada, por qué nunca he cultivado los brotes y las raíces para garantizar un suministro más abundante. No pensaba quedarme allí para siempre. Durante los diez años de exilio, siempre pensé que volvería. Simplemente no lo sabía. La inevitabilidad de la culpa.

Enseguida me pongo a trabajar cortando turba. El agua que corre por mi espalda cambia de la lluvia al sudor. Me quito el abrigo, dejo la pala sobre la ciénaga. Observó cómo mi piel exhala vapor. Siento una opresión en el pecho. He tardado poco tiempo en perder mi fuerza y mi buen estado físico. Me miro los antebrazos. Las venas sobresalen. Veo la misma piel, las mismas manchas, las mismas cicatrices que llevan conmigo tantos años.

Algo ocurre entonces, y siento como si me moviera a cámara lenta en ese momento. He levantado la pala por encima de mis hombros. Sé exactamente dónde tengo que cortar. La dirijo contra la turba, el agua de la pala me salpica en la cara, en los ojos, y el filo atraviesa el agua

y algo que enseguida sé que no es turba. Arrojo la pala sobre el terreno seco y me arrodillo. Meto las dos manos en el agua, palpo alrededor, lo cojo con las manos y lo arrastro hasta sacarlo, el agua resbala por él a cántaros, por su frente, por sus ojos y sus fosas nasales, el barro resbala por sus mejillas. Sale entero y así de fácil. Rebusco dentro del agua. Una de mis manos encuentra una cabeza, la otra un brazo, tiro de él y el torso sale a la superficie, libre, como un niño ahogado, drenando agua todo él. El cuerpo tiene demasiada agua.

Lo dejo sobre la hierba. Mi corazón late con fuerza. El cuerpo está entero. La pala le ha rebanado parte del hombro, pero todo está ahí: las extremidades, las manos, la cabeza. El cuerpo es marrón, del color de la turba. Tiene pelo, de un color rojizo y marrón, también del color de la turba. Alrededor de su cuello lleva algún tipo de soga.

Contemplo al hombre. Solo se oye el sonido de las gaviotas. Y entonces se mueve. O al menos lo hace su ojo. Uno de sus párpados se entreabre. Me levanto de un salto y oigo un grito que solo puede haber salido de mí, pero en ese momento no soy consciente de que he sido yo. El párpado revela un globo ocular de un blanco amarillento con un iris negro. Observa la lluvia. Me descubro a mí mismo mirando la cara de cerca y moviendo la mano delante de ella. Estúpido, me digo a mí mismo. Es solo la acción de la lluvia, el trauma de ser extraído del lodo, el nuevo ángulo de la cabeza. El otro párpado sigue cerrado, aparentemente pegado a la mejilla. Mientras sigo mirándolo, veo algo más. Hay una fina línea que cruza su garganta de lado a lado.

Me pregunto cómo murió este hombre. ¿La horca o el cuchillo? Tal vez primero la horca y luego el cuchillo por si acaso, o al revés. Observo su cuello de cerca. Es difícil saberlo. La soga es fina, poco sólida, podría pasar por un collar, algo decorativo en vez de un arma mortal. Pero incluso lo más mínimo puede matar a un hombre.

Me inclino hacia él y olisqueo el cuerpo. Apenas soy consciente de lo que estoy haciendo. Huele a turba. Huele a tierra, a agua, a limo, a barro. Huele a la isla.

Ahora no sé qué hacer con él.

Alargo el brazo hacia su cara y trato de cerrarle el párpado. No se mueve. No quiero ser demasiado brusco con él. Coloco la mano sobre su frente. Cojo su mano entre las mías. Está fría al tacto y las extremidades no se mueven. Me acerco a su boca y paso los dedos por sus dientes. Noto algo ahí dentro, algo que no es su lengua. Pensando que es un trozo de madera, lo suelto y lo cojo. Lo observo bajo la luz. Es la punta de un dedo. Examino sus manos. No es uno de los suyos. Lo imagino forcejeando. La mano de un hombre le alcanza el cuello, pero no tiene el cuidado suficiente. El cuerpo, con rabia, con miedo, atrapa un dedo con los dientes y lo muerde. El hombre coge su

cuchillo y dibuja la línea que cruza la garganta de la víctima, liberando su dedo, pero no antes de haber perdido una parte de él. El asesino se aprieta la mano contra el pecho.

Así que no soy el primero.

Levanto el cuerpo. Me sorprende lo poco que pesa. Es más ligero de lo que sería la misma cantidad de turba. Me meto en la ciénaga y lo dejo marchar. Se hunde en el agua poco a poco. Primero las piernas y los brazos, luego el pecho. Al final, la cabeza con un único ojo abierto, mirando, desaparece. Hay burbujas durante unos pocos segundos. A continuación, el agua recupera su calma. Algo me toca la pierna, quizá el cuerpo buscando su lugar, y salto fuera del agua tan rápido como puedo. No hay razón para tenerle miedo a un cuerpo que yace muerto desde hace miles de años, me digo a mí mismo. Pero allí fuera, en medio del silencio, hay razones suficientes.

Recojo la turba que he cortado y mi pala. No es tanta cantidad como habría deseado, pero no tengo ganas de seguir con el trabajo. Emprendo el camino de vuelta a la cueva. Un minuto después, me giro y miro en dirección a la ciénaga. Sigue en calma. Una gaviota se ha posado cerca de donde estaba trabajando y pica el suelo.

Durante el camino de vuelta, me descubro mirando por encima de mi hombro cada dos por tres. No sé qué es lo que espero ver.

Mientras subo por la colina, rumbo a la cueva, vuelvo a mirar atrás. Ahora queda lejos. Me protejo los ojos de la lluvia. Está oscureciendo. No puedo ver la ciénaga, pero sé dónde está.

En la cueva, avivo el fuego y me siento sin dejar de tiritar. Toso de vez en cuando por culpa del humo. Me acuesto en la cama, medio despierto, medio dormido. Y ya sea despierto o soñando, mi mente está repleta de imágenes del cuerpo y de su muerte. Ahora hay un grupo de hombres, un grupo de diez hombres conduciendo a la víctima, con una cuerda atada alrededor de su cuello, por un camino en dirección a la turbera. Hay un pueblo en la isla. Lo conducen por el camino, lo hacen arrodillarse. Dicen palabras, cantan, hay una pelea. Acaba de la misma forma.

Lo conducen fuera, aunque en realidad es él el que se va. La cabeza alta, vestido con túnicas ceremoniales, orgulloso de su destino. Sus súbditos lo siguen de buena gana, impresionados por la valentía de ese hombre, de ese hombre dios. Para ellos no es un asesinato, sino un sacrificio para que resurja, para protegerlos a distancia, para convertirse en uno de los espíritus ancestrales que salen de las ciénagas cada noche y colocan una nube protectora sobre la ciudad. Algunos dicen que los oyen susurrar entre ellos. Siente pánico a última hora, cuando lo sujetan bajo el agua, cuando siente el cuchillo en la garganta. Su valentía mancillada en ese último momento. La gente en silencio, preguntándose lo que significa. Nunca les había pasado algo

así: uno de los elegidos negándose a marchar con calma, negándose a cumplir con su deber divino.

Un asesino. Un caníbal. Arrastrado fuera de los bosques donde había estado escondiéndose. Golpeado. Escupido. Su rostro contraído por la ira, por el miedo. Sus crímenes eran atroces, incluso para esa época. Una venganza de última hora antes de sucumbir a las aguas. ¿Lo clavaron al suelo con estacas para evitar que resurgiera? Qué parecido es el destino de asesinos y de dioses.

Su cara aparece ante mí. Sonríe, sin miedo ni alegría. Un ojo cerrado, el otro abierto.

Ahora yace bajo las aguas de la isla, respirando lodo, sus heridas cerradas por el barro y el tiempo.

No estoy solo. Él es el auténtico hombre de la isla. Yo solo soy uno de tantos. Ha habido otros. Habrá más. Esto no acaba conmigo.

Por la mañana, estoy acostado en mi cama de juncos, completamente despierto pero inmóvil. Pienso en el asentamiento. Pienso en Elba, en Amhara, mi hija. Pienso en la promesa de una vida. ¿Tan malo es tener que ignorar públicamente tu pasado, vivir como otra persona? Renacer con otra forma: desconocida, vacía. Podría tener sus ventajas.

Entreveo una sombra bajo la puerta y muevo la cabeza rápidamente. No aparece de nuevo y fuera todo está en silencio. Una gaviota, pienso, o una nube más gris de lo normal. Pero es mi señal. Me incorporo de la cama tiritando.

Salgo de la cueva sin rumbo fijo y bajo la colina. Lo único que sé es que no quiero volver a las turberas, junto al hombre de la ciénaga.

Varias horas después, me encuentro en lo alto de los acantilados contemplando el mar rojo a mis pies. La marea está baja y la playa se extiende a lo lejos. Los acantilados se han deteriorado mucho desde que volví hace unas semanas. He perdido más isla de la que debería haber perdido. Según parece, el ritmo de erosión ha aumentado y mi isla está desapareciendo deprisa. Me doy cuenta de que esta idea no me molesta demasiado.

Sobre la arena, sobre esa negra arena, veo la roca, blanca y enorme, allí, inmóvil. Me siento en la hierba. O, mejor dicho, me arrodillo. Primero me arrodillo y luego me echo a un lado para sentarme. La contemplo. La observo, no pienso en nada. Me siento superado. Veo esa masa blanca sobre la arena negra y me siento en la hierba para contemplarla. Luego me echo boca arriba. Sigue ahí cuando vuelvo a sentarme. Cierro los ojos.

14

Una sombra se desliza por el barro, bajo mis pies, amorfa. Forma una cabeza, un ojo blanquecino, brazos. Me alcanza, la boca abierta. Pego un salto, librándome de ella.

La roca blanca sigue ahí. Me doy cuenta de tengo que ir hasta ella.

La roca está húmeda y huele a mar. Hay algas adheridas a su base. A su alrededor hay piedras más pequeñas hundidas parcialmente en la arena. Puede que sean partes de un todo. Al entrecerrar los ojos, se oscurece y parecen dedos. La roca es un cuerpo en la arena. Pienso en el mito del hombre recubierto de piedra. Esta roca, si se mira muy de cerca, si uno desea verlo, tiene un rostro grabado en ella, una cara que no puede hablar, paralizada para siempre.

Al final, no es Andalus. La frágil imagen de él se ha desvanecido.

Me siento sobre la arena, la espalda contra la roca. Cojo varias piedrecillas, las dejo caer a través de mis dedos. Estoy rodeado de piedras negras arrojadas por los acantilados deshechos. Y esta blanca, extraña, fuera de lugar. Una alucinación.

Vuelvo a pensar en los muertos. En los novecientos diecisiete. Arrastrados como los acantilados con la lluvia.

Regreso a la cueva en medio de la lluvia, la hierba húmeda, la luz gris. Una gaviota me sigue volando por encima de mi cabeza. Miro atrás durante todo el camino, no hacia el horizonte, sino directamente a mi espalda, hacia el suelo, hacia el barro. Veo cómo mis propias huellas dejan una leve marca en el barrizal. Se llenan de agua. Mis pies se deslizan por el barro y, al levantarlos, se oye un sonido de succión y el barro los atrapa. Durante un instante, permanezco de pie sobre el barro. Siento cómo se me hunde el pie, cómo el barro se desliza por mis dedos. Imagino algo frío debajo de ellos: una piedra, una urna, una cara. Imagino una mano abriéndose paso por la tierra para intentar tocarme. Levanto los pies y sigo andando. Unos pocos pasos después, las marcas han desaparecido por completo. Me paro de nuevo. Vuelvo a hundirme. Esta vez echo a correr. Corro por el barro hasta que piso hierba y dejo de hundirme. Me agacho para recuperar el aliento. No tendría que estar tiritando de esta forma.

En la cueva, enciendo el fuego y me siento delante de él, no me

importa el humo. Permanezco allí sentado hasta que mi ropa empieza a desprender vapor. Cualquier desconocido tendría la impresión de que me estoy derritiendo. Pero aquí no hay manera de secarse. No del todo. Si la parte frontal queda seca, la trasera sigue húmeda. Si me doy la vuelta, el aire húmedo empieza a hacer su trabajo de nuevo. No hay forma de mantener el agua alejada. Me acurruco en el lecho de juncos y cierro los ojos.

Me despierto en medio de la noche con un golpe en la puerta, un golpeteo ruidoso y continuo. Me levanto, confuso aún por el sueño, y voy hasta la puerta. Estoy asustado y no sé qué es lo que espero —¿un desconocido? ¿un amigo?— pero lo hago de todas formas. Aunque no tengo por qué estar asustado. El viento se ha levantado y la puerta golpea contra la piedra. No hay nadie fuera. Aun así, me encuentro a mí mismo saludando a la oscuridad. Hablar me resulta extraño.

El viento es nuevo. No suele ponerse así. Solo una o dos veces durante los años que he estado aquí.

Al día siguiente, continúa. Sigo echado en mi cama quemando madera, turba, todo lo que tengo. Toso por culpa del humo. No como nada por segundo día consecutivo.

Me quedo plantado frente a la pared de los días durante horas. Tengo una piedra en la mano. No añado nada a la pared. Dejo caer la piedra.

Esa noche ocurre de nuevo. Oigo cómo la puerta da golpes con el viento. Suena como si alguien estuviera llamando. Voy hasta la puerta, la abro y digo hola. Cuando lo hago, el viento parece suavizarse.

Por la mañana, cojo mi caña de pescar y camino hasta la orilla. Me coloco de forma que tengo los acantilados todo lo enfrente que me es posible. Incluso así, tengo que mirar el sedal en el agua de vez en cuando y no puedo quitarme de encima la sensación de estar siendo vigilado, vigilado por alguien agazapado, que echa algún que otro vistazo desde lo alto de los acantilados, la boca cerca de la hierba, susurrándole algo quizá, susurrándome a mí, diciéndome algo, no sé qué. Es un idioma que no entiendo.

Capturo un pez pequeño, vuelvo a la cueva y lo cocino en las brasas del fuego.

Después de dos días atendiendo el fuego casi de forma continua, he agotado mi suministro de madera y de turba. Sé que tengo que hacer algo. Me incorporo y salgo hacha en mano. Dejo atrás la pala. No estoy preparado para volver a las turberas. Aún no. Pero volveré. Sé que volveré. Pero, por ahora, el hombre tendrá que esperar.

De camino allí, la marcha me resulta difícil y me doy cuenta de que estoy quedándome sin aliento. La falta de comida, me digo a mí

mismo. No recuerdo que fuera tan complicado. Parece que el suelo se traga mis pies, aunque camine por la hierba. Los miro. Cuando hago presión, el agua sube a la superficie. Trozos de hierba y de barro nadan por encima de mis pies. De nuevo, me descubro mirando atrás, esperando que la tierra se alce como si hubiera molestado a una especie de criatura del tamaño de un hombre. Sigue sin haber nada cada vez que miro.

Llego al bosque. El suelo de esta zona es ligeramente más alto que el de las llanuras de alrededor.

Ya no es un bosque. Un anillo de ciento veinticinco árboles larguiruchos. A su alrededor, una alfombra marrón de agujas. Los árboles apenas llegan a los doce pies de altura. Si se hace bien, puedo derribarlos con solo veinte movimientos de hacha cada uno.

Es un lugar de oscuridad. Son los árboles los que la provocan.

De pie, en medio del círculo de árboles, en cada una de las direcciones en las que miro hay un escondite potencial a mi espalda. Si miro hacia adelante, hacia el norte, hacia los acantilados, siento algo moviéndose detrás de mí. Si miro hacia el sur, hacia las turberas, la figura se mueve hacia el norte.

Las formas detrás de mis párpados estarán siempre conmigo.

Vuelvo a mirarme los pies. Si esta sensación de una presencia extraña no es producto de mi imaginación, entonces tiene que haber movimiento bajo la tierra. Podría haber una red de túneles entrecruzando el bosque con entradas ocultas. O puede que atraviesen toda la isla. Un legado de la época del humo. ¿Me bastaría con cavar para encontrar un túnel, una red, todo un laberinto de caminos, un asentamiento, una ciudad incluso? ¿Hay un mundo bajo mis pies? Uno en el que las criaturas se escabullen del animal terrestre que sienten por encima de ellos. Esperan el momento perfecto para atravesar el limo, el musgo, la tierra, y arrastrarlo hacia abajo. Puede que los túneles estén llenos de agua. Puede que camine sobre una isla porosa, una isla cuyo caparazón está formado por elementos sólidos.

Cojo mi hacha, la levanto por encima de mi cabeza y la descargo sobre la tierra con todas las fuerzas de las que dispongo. Siento cómo se abre paso a través de hojas, tierra y luego algo más sólido. Escarbo frenéticamente con las manos, pero solo es una raíz. He cortado una raíz, un corte limpio. La herida supura savia.

Sé lo que tengo que hacer, lo que quiero hacer. Cojo mi hacha y me pongo a trabajar con el primer árbol. Empiezo rápido, pero mis manos resbalan del mango y el hacha sale volando cuando muevo el brazo. Me incorporo y veo algo por el rabillo del ojo. Un destello blanco moviéndose entre los árboles. Grito, pero solo oigo el eco de mi voz. Me he levantado rápido y me cuesta respirar. Empiezo a ver puntos nadando y tengo que sentarme en medio de los pinos. Miro el

rincón donde he imaginado la figura, pero no hay nada.

Sigo. Esta vez lo hago despacio, de forma metódica. Echo un vistazo a mi alrededor de vez en cuando. Cuando el árbol cae, no comienzo a recortar las hojas y las ramas. En vez de eso, empiezo con el siguiente árbol. Y en cuanto he derribado ese, sigo con el siguiente y el siguiente. Trabajo durante toda la noche. No sé cómo aguanto tanto. Para el día siguiente, a media tarde, todos los árboles están ya en el suelo. Quito las ramas de uno y me llevo toda la madera que soy capaz de abarcar.

Corro por la hierba con mi carga. Solo noto la pesadez en el pecho cuando estoy de vuelta en la cueva.

Despierto en plena noche helado hasta los huesos. Le echo más leña al fuego y me acuesto sobre la hierba mojada. Me arrebujo en mi abrigo. Cierro los ojos y pienso en Tora. Las palabras amables, las sonrisas. También pienso en Amhara, corriendo, riendo, desapareciendo a la vuelta de las esquinas en un asentamiento abandonado. Me quedo dormido recordando el cálido cuerpo de Tora contra el mío, su cabeza sobre mi hombro, su respiración en mi cuello. Esto es lo que veo, lo que siento, cuando me quedo dormido.

Hoy llueve a cántaros. Me quito la ropa y corro bajo la lluvia. Bajo la colina corriendo, los brazos pegados a ambos lados del cuerpo para mantener el equilibrio. Tropiezo, me caigo y vuelvo a levantarme, vuelvo a correr. Vuelvo a ser un niño. Unos pocos minutos después, ya no tengo frío. Corro por las llanuras y allí me resulta más difícil. Mis pies empiezan a hundirse, siento como si me moviera a cámara lenta y me descubro volando por el aire. Aterrizo boca abajo en el barro y no puedo impedirlo, mis brazos son inútiles. Estoy echado sobre el barro y noto cómo lo aspiro por la garganta. Me doy la vuelta, tengo arcadas y me acuesto de espaldas. Lucho por contener la respiración. Tengo brazos y piernas abiertos. Y entonces me doy cuenta: me estoy hundiendo.

Mientras me hundo, siento esas manos. Empujan mi carne, buscando algo a lo que agarrarse. Me sujetan los dedos, las manos, los arrastran bajo el barro y tratan de tirarme del pelo, pero sacudo la cabeza. Cada vez están más desesperados, pero sus manos resbalan de mis extremidades húmedas y me doy la vuelta una y otra vez.

Ahora estoy cubierto de barro, aunque cada vez que me doy la vuelta, la lluvia retira parte de él. Debo de ser todo un espectáculo: blanco por arriba, marrón por debajo. Un hombre disolviéndose.

Tomo asiento y miro a mi alrededor. Los pastos se extienden hasta el infinito. Echo un vistazo al lugar donde estaba tirado. El barro se mueve como si estuviera vivo. Está volviendo a su lugar. Eso es lo único que sé. Aun así, me incorporo rápido y comienzo a alejarme de

allí.

Me acerco a las turberas. Me detengo a poca distancia, me pongo de cuclillas. No se mueve nada. Solo veo hierba, barro, agua.

Estoy mareado. Veo puntos negros. Cierro los ojos y el mundo gira. La falta de comida. El frío.

Cuando los abro, está plantado ante mí: el hombro fuera de la articulación, una mandíbula sin dientes y colgando abierta, unos mechones de pelo rojo meciéndose con la brisa.

Y luego desaparece, y de nuevo solo veo barro, agua y el lúgubre cielo sobre mi cabeza.

Grito. Acerco la cara al suelo y grito con todas las fuerzas de las que dispongo. No grito una palabra. Es un sonido, un grito profundo y gutural. El sonido de una bestia en su cueva, acosada por los hombres.

15

El hombre está sentado en una cueva. Tiene la cabeza entre sus manos. No lo hace por desesperación, simplemente piensa. Sus amigos están sentados en torno a él, esperando que hable. Al rato dice: —Es el final. Nuestro sacrificio salvará todo lo que conocemos. Aunque no estaréis ahí para verlo, el dolor que voy a infligir rodeará nuestro asentamiento como un cinturón, protegerá a nuestros hijos de la hambruna—.

Los hombres sentados a su alrededor también agachan la cabeza. —No me olvidéis. Tendré que vivir con esto para siempre. Me habéis elegido para hacer esto. He aceptado vuestra voluntad—. Los hombres asienten. —Debemos irnos—.

Salen de la cueva en fila única y caminan hacia la ciénaga en medio de una luz débil. Una vez allí, se alinean, se ponen de rodillas e inclinan la cabeza. El elegido desenvaina una espada. Uno por uno, coloca la mano sobre la frente de cada hombre, le besa la mejilla y le rebana la garganta. Algunos tiemblan. Ninguno emite un solo sonido.

Hace rodar los cuerpos hasta la ciénaga y los atraviesa con estacas. Es la costumbre. En cuanto ha acabado con los seis, el elegido se sienta sobre una roca, llora. Está rojo, salpicado de sangre.

Está sentado sobre una roca, en la húmeda llanura, y llora. Le sorprende su propia reacción. No es capaz de señalar con precisión el momento en el que dejó de creer. Lo único que sabe es que ya no cree.

Camina despacio de vuelta al pueblo, el cuchillo, aún en su mano, ligeramente pegajoso.

Parece que los dioses escuchan. Las cosas mejoran para sus habitantes. Mueren menos. Él contempla cómo cocina su mujer. Contempla cómo juega su hija. Se alegra por ellas. Pero ha dejado de creer. Resulta difícil tocarlas con sus manos cuando lo único que puede ver es sangre en ellas. A veces cree que habría sido mejor para todos morir en lugar de cargar con este sacrificio en la esencia de todo lo que son, de todo en lo que se han convertido. Un sacrificio que ha llegado a considerar un asesinato.

Aunque él no es creyente, los demás sí. Pero ¿es porque las creencias no resisten la muerte de un ser querido? ¿O es otra cosa?

En el pueblo, la gente empieza a evitar sus ojos. Lo rehúyen. Las puertas se cierran cuando él se acerca. Lo excluyen. No los culpa. Siente que ha matado a sus amigos para nada. No quiere vivir así, rodeado de fantasmas, porque sabe que nunca lo abandonarán.

Así que no opone resistencia cuando la gente acude a su cabaña por la noche. Sabe por qué han venido. Él asumirá su carga. Camina por delante de ellos, tiritando, hasta llegar a la ciénaga. Cuando llega su hora, sufre un momento de pánico.

Pero entonces, mientras muere, piensa en su mujer y en su hija. Piensa en los años venideros y, por primera vez desde los asesinatos, sonríe. No importa que no sepan la verdad. Los ve por las calles, corriendo, riendo, su hija creciendo hasta convertirse en una joven y con una luz del sol tan brillante que la imagen empieza a difuminarse poco a poco.

Habría permanecido en silencio si hubiera llegado mi hora. Si el juez hubiera decidido ejecutarme, simplemente habría colocado las manos a mi espalda esperando a que me esposaran. Habría mirado al juez a los ojos y no habría pronunciado una sola palabra. A los grandes hombres les corresponde irse a la tumba en silencio.

Pero no iba a ser así.

Vuelvo a pensar en Tora en la playa. Sin expresión, cerca de Abel, pero sin tocarlo. Interpreto, interpreté, su ausencia de expresión como dolor. Pienso en ella en el momento de mi segunda partida. Asustada, sacada a rastras de su buhardilla, empujada por calles desiertas, las lágrimas resbalando por su cara, arrastrada por la marea de gente en las puertas y siendo escupida.

Debió de sentir algo de consuelo al verme mirándola, echando a correr, antes de que me dieran patadas y golpes. Debió de ver perdón. Debió de ver que la perdonaba en aquella mirada. Aunque estaba lejos, sé que debió de haberlo visto.

Haberme dicho una palabra, haber dicho mi nombre, no sirve de redención, pero lo llevo conmigo.

No existe redención para algunas cosas. La soledad de un error irreparable, imperdonable.

Ahora lo sé.

Estoy de vuelta en la isla. Camino por campos de barro y hierba. Hace frío y tirito, la lluvia me ha calado hasta los huesos. Cada paso es una lucha. Mis pies se hunden en el barro, que los absorbe y los agarra. Si me detengo, me hundo. No puedo parar ni pensar. Avanzo por la isla con el paso refrenado, y todo el rato miro cómo se mece la hierba por encima de mi hombro, esperando las ondas en la tierra.

Puedo sentir cómo nada a través del barro. Los ojos y la boca abiertos, el barro fluyendo dentro de él, saliendo por la hendidura de su garganta, como si fueran branquias. Ha tenido siglos para aprender a respirar debajo de la tierra. Nada detrás de mí, son brazadas largas y lentas pero poderosas. Nada entre rocas y raíces, sigue la ondulación del terreno. Siempre me alcanza, me alcanza y me agarra el pie. Levanto el talón justo a tiempo. Pierde terreno cuando se salta una brazada. Recupera terreno y vuelve a alcanzarme. Levanto el pie otra vez. Intento correr, escapar de él, dejarlo atrás. Él nunca se cansa. Pero yo sí. Estoy jadeando. Siento que me hundo más con cada paso y levantar mis extremidades se convierte en una lucha. No sé por dónde voy. Camino y camino y camino. Camino durante la noche. De noche, me pierdo y acabo adentrándome en la ciénaga, tengo un ataque de pánico y me debato dentro el agua embarrada, la trago. Me oigo gritar. Me oigo llorar. Salgo de la turbera a rastras y ahora echo a correr, vuelvo a correr, y me encuentro de vuelta en mi cueva. Me siento en un rincón, la espalda contra la pared, me sujeto las rodillas contra el pecho, vigilo la entrada. Aquí me siento más seguro y mi respiración vuelve a la normalidad poco a poco. No puedo dejar de tiritar.

Vuelvo allí por la mañana.

Me pongo en cuclillas, deslizo los dedos por el barro. Paso horas sentado. Dejo de sentir las piernas. Me balanceo hacia adelante y hacia atrás. Hablo en voz baja conmigo mismo. Espero. Pienso y espero.

Por la tarde, me pongo de pie. Me desplomo al instante porque no siento las piernas, pero me incorporo de nuevo y tropiezo en el agua. Hay una fina capa de hielo en la superficie. Respiro con fuerza. Meto la mano en el agua. Me llega hasta la cintura. Extiendo el brazo y palpo a mi alrededor, entonces mi pie pisa su brazo, aguanto la respiración y me sumerjo en el agua. Abro los ojos pero no puedo ver nada. Lo sujeto, un brazo bajo su espalda, el otro bajo sus piernas, y lo saco del agua. A medida que lo levanto, siento una presión en el pecho. Lo libero de la tierra y puedo oír cómo el agua se escurre de él, cómo la va drenando, caen hojas, ramitas y agua de su boca. No puedo ver. Noto el barro en los ojos. Parpadeo varias veces y el mundo vuelve a aparecer, una imagen borrosa y gris. No sé si llueve o es el agua que tengo en los ojos, pero esa imagen, sea cual sea, me aterroriza y me siento más asustado que nunca. De pie, con un cuerpo en mis brazos, atragantándome con el limo, helado y con un gemido que proviene de mi pecho y que no puedo controlar. Me pesa el pecho. Miro al hombre, el fantasma, el cuerpo. Las cuencas de sus ojos me devuelven la mirada, la mandíbula marrón, los mechones de pelo,

las ramitas asomando por su boca. Miro la isla y el color gris está por todas partes, en el atardecer, en la lluvia, en la hierba, en el hielo. Nunca había tenido tanto frío.

Me lo llevo a la cueva. Una vez allí, lo tiendo sobre la paja. Me pongo a trabajar con el hacha y una piedra, cortando y afilando algunas ramas. Entierro el extremo de la más robusta a una profundidad de unos dos pies. La sujeto con otras ramas. A medida que se acerca el atardecer, coloco al hombre en ella y lo ato: los brazos, el torso, el cuello y los pies. Lo vuelvo hacia el mar. Contemplo su cara. Tiene los ojos cerrados. Parece estar en paz. No hay venganza en él. Si alguien se acerca a la isla, esto es con lo que quiero que se encuentre. Al final, cuando mi gente venga a ver qué ha sido de mí, cuando vengan para llevarme con ellos, quiero que sepan que pensé en ellos hasta el final. Quiero que sepan que lo hice por ellos y que no hay mayor demostración de amor que un hombre que está dispuesto a sacrificarse por su pueblo. Y lo hice por una persona en particular, una mujer que no me amó tanto como yo a ella. Pero no importa. Me dio todo lo que siempre quise.

En la base de las ramas, coloco el hombrecillo de mimbre que he llevado conmigo durante todo este tiempo, el juguete para Amhara.

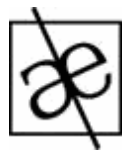
Ya no tengo miedo. Está amaneciendo. Mi mundo se acaba, se detiene antes de lo que había calculado. Haber cometido ese error es admisible.

Al final, me hundiré en las aguas, mis ojos y mi boca se abrirán al limo. Me convertiré en un nuevo hombre de la isla. Esperaré años, siglos, hasta que alguien encuentre mi cuerpo. Se contarán historias sobre mí. Puede que acaben bien. Viviré una vez más. O puede que solo de una parte, una sombra de lo que fui. Un relato sobre mí.

Fuera de la cueva, el cuerpo en las ramas se balancea con el aire. Cualquier desconocido, aproximándose por la ruta de los acantilados desde mis zonas de pesca, pensaría incluso que está vivo.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Andrew McIntosh por las charlas sobre el manuscrito, por su visión y sus ánimos. Muchísimas gracias a mis padres y a mis hermanos por las primeras lecturas y por su apoyo, y a Dan Hopkin por sus consejos. Sue Armstrong me ayudó mucho a mejorar el manuscrito después de elaborar el primer borrador, y le estoy agradecido por ello, así como por el apoyo que tantos amigos y familiares me han prestado. Gracias a Umuzi por su entusiasmo por la novela. Finalmente, un agradecimiento especial a mi mujer Tabatha, que es quien más me ha ayudado en todo esto, además de en otras tantas cosas.

ESTA EDICIÓN, PRIMERA, DE *MARCAS EN LA PARED* SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID EN LA IMPRENTA DE GRÁFICAS COFÁS, S.A. EN ENERO DE 2018

www.armaeniaeditorial.com